

REVISTA DE HISTORIA MILITAR



FRANCISCO VILLAMARTIN, ESCRITOR MILITAR

NUESTRA PORTADA:

**Busto del Comandante Villamartín,
del escultor Roberto Rubio Rosell**

(Museo del Ejército - Madrid)

SERVICIO HISTORICO MILITAR

REVISTA
DE
HISTORIA MILITAR

FRANCISCO VILLAMARTIN, ESCRITOR MILITAR

Año XXVII

1983

Núm. Extra

DIRECTOR: Excmo. Sr. D. Víctor Espinós Orlando, General de
Brigada de Infantería. D. E. M.

REDACTOR JEFE: D. Julián Juste González-Benard, Coronel de
Artillería. D. E. M.

REDACTORES DE HONOR: D. Juan Priego López, Coronel de
Estado Mayor; D. José Manuel Martínez Bande, Coronel de
Artillería, y D. José María Gárate Córdoba, Coronel de Infantería.

REDACTORES: D. Ricardo Serrador Añino, Coronel de Infantería
D. E. M.; D. José Gómez de Salazar Arroyo, Coronel de Infan-
tería D. E. M.; D. Jaime de Uriarte Guitian, Coronel de Infante-
ría; D. Fernando Redondo Díaz, Teniente Coronel de Infantería.

ADMINISTRADOR:

D. Hermenegildo Tomé Barrado, Coronel de Artillería.

SECRETARIO DE REDACCION:

D. José Ayala Jiménez, Capitán de Infantería.

* * *

S U M A R I O

	<i>Páginas</i>
Presentación	7
<i>Primer coloquio: Villamartín en la España de su tiempo</i>	
Villamartín, su tiempo y el nuestro, por JOSÉ MARÍA GARCÍA ESCUDERO	11
La España militar de Villamartín, por ANTONIO MACÍA SERRANO.	23
Las ideas de Villamartín sobre el pensamiento militar en su tiempo, por MIGUEL ALONSO BAQUER	31
<i>Segundo coloquio: Villamartín en el pensamiento y en la acción</i>	
El dilema moral de Villamartín, por MIGUEL CUARTERO LARREA.	49
La ética militar de Villamartín, por FEDERICO TRILLO-FIGUEROA MARTÍNEZ CONDE	59
Autocrítica de las «Nociones de Arte Militar», por FERNANDO REDONDO DÍAZ	75
Las ideas políticas de Villamartín, por MARIANO AGUILAR OLIVENCIA	95
Villamartín, escritor romántico, por LUIS LÓPEZ ANGLADA	109
<i>Conclusiones</i>	
Discurso de clausura, por el TENIENTE GENERAL EXCMO. SR. D. MANUEL DÍEZ-ALEGRÍA Y GUTIÉRREZ	125
<i>Ensayos críticos premiados</i>	
Villamartín y su tiempo, por JUAN ANTONIO DE LA LAMA CERECEDA.	147
Francisco Villamartín, la Academia de Ciencias y la Ciencia de la Guerra, por JOAQUÍN DE BERENGUER Y DE LOS ARCOS	175

A NUESTROS LECTORES

El 150 aniversario del nacimiento de Villamartín se celebró con el debido relieve, en la conmemoración organizada por la Comisión Española de Historia Militar. Un concurso de estudios críticos sobre su pensamiento y su obra, en el que participaron distinguidos investigadores militares; dos coloquios con intervención de ocho ilustres personalidades de la cultura militar, y un discurso magistral de clausura por don Manuel Díez-Alegría, Teniente General y Académico de la Historia, fueron los hitos básicos de los actos celebrados en el Paraninfo del Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional.

Este Servicio Histórico Militar, fiel a su carácter y trayectoria, ha querido sumarse a esta celebración por lo que recoge en este número especial, el contenido de los estudios, coloquios y conferencias, desarrolladas en las sesiones de trabajo de la celebración.

* * *

Esta Revista invita a colaborar en ella a los escritores militares y civiles, españoles y extranjeros, que se interesen por los temas históricos relacionados con la institución militar y la profesión de las armas. En sus páginas encontrarán acogida los trabajos que versen sobre el pensamiento militar a lo largo de la historia, deontología y orgánica militar, instituciones, acontecimientos bélicos, personalidades militares destacadas, usos y costumbres del pasado, particularmente si contienen enseñanzas o antecedentes provechosos para el militar de hoy y el estudioso de la historia.

Los artículos y documentos de esta Revista no pueden ser traducidos ni reproducidos sin la autorización previa y escrita del Servicio Histórico Militar. La revista declina en los autores la total responsabilidad de sus opiniones.

R. H. M. NUMERO EXTRA

Depósito legal: M. 7.667 - 1958

SESQUICENTENARIO DE VILLAMARTÍN

PRESENTACION

Palabras pronunciadas por el almirante D. Faustino
Rubalcaba Troncoso, Director del CESEDEN
y Presidente de la Comisión Española de Historia Militar

La figura del comandante don Francisco Villamartín es, con la del marqués de Santa Cruz de Marcenado, una de las más brillantes de nuestro pensamiento militar que, por esa rara idiosincrasia española, sólo fue celebrada cuando Napoleón III alabó la obra de Villamartín y Federico de Prusia, la de Marcenado.

El 27 de julio de 1983 se cumplía el 150 aniversario del nacimiento de Francisco Villamartín y se encargó a la Comisión Española de Historia Militar, organizar unos actos conmemorativos. Había que valorar el pensamiento y la obra de Villamartín y aún su personalidad militar ejemplar, incluso con el alma partida entre dos deberes. Convenía revisar su mérito en aquellos días y en los nuestros, en España y en el mundo, limpio de barrocas aureolas ocasionales, fijándolo por las coordenadas de tiempo y espacio, pero también por las de su múltiple atención: a la filosofía de la guerra, al arte y la ciencia militares, a la ética castrense, a la psicología del soldado español y a la historia militar comparada.

Todo ello tiene una importante trascendencia nacional, por lo que supone Villamartín como intelectual militar, como representante de la nutrida y poco divulgada pléyade de pensadores, tratadistas, maestros y escritores militares de todos los tiempos, incluso en el aspecto más general y popular, porque Villamartín era un escritor claro, llano y elegante.

El caso tiene brillantes antecedentes, como el marqués de Santa Cruz de Marcenado, el más universal, cuyo centenario celebraremos el año próximo, y también constantes continuadores; los más re-

cientes, representados en esta ocasión por oficiales como el capitán Trillo-Figueroa, ponente en los coloquios, y el teniente coronel Berenguer, premiado en nuestro concurso. En las generaciones intermedias destacan tratadistas que bien merecen el reconocimiento nacional, lo que hubiera tenido materialización en estos actos si la premura del tiempo no lo impidiese.

Las circunstancias obligaron a limitar los actos a un concurso de ensayos críticos sobre el pensamiento y la obra de Villamartín, cuyos premios se han hecho públicos, y unos coloquios de ocho prestigiosos especialistas del tema, consagrados entre la intelectualidad española, cuyas síntesis se publican aquí. Cerraremos estos actos con el broche de oro del discurso de don Manuel Díez-Alegría, máximo exponente actual de esa simbiosis entre las armas y las letras que representó Villamartín, pues a su condición de teniente general del Ejército une la de miembro de número de las Reales Academias de la Lengua y la de Ciencias Morales y Políticas.

Sabemos de la intención que tuvo Su Majestad el Rey, de honrar esta sesión conmemorativa y darle la máxima brillantez con su asistencia. No es extraño, pues nos consta su entusiasmo por la cultura en su extensión más amplia. Su augusto abuelo, el Rey Don Alfonso XIII, presidió espontáneamente el homenaje a Villamartín en 1925 y, espontáneamente también, pronunció un discurso que comenzaba así:

«Como Rey y como español, recojo gustoso el espíritu que anima este hermoso acto de confraternidad del Ejército, la Marina y el Pueblo, para honrar a un español de hoy...».

El mismo sentido tuvieron los actos y estudios aquí publicados.

* * *

PRIMER COLOQUIO

Villamartín en la España
de su tiempo

VILLAMARTIN, SU TIEMPO Y EL NUESTRO

Por José María GARCIA ESCUDERO
Consejero togado del Aire

Durante muchos años las *Nociones de arte militar*, del Comandante de Infantería don Francisco Villamartín, han sido el manantial en el que sucesivas generaciones militares han bebido los grandes conceptos de la institución castrense. ¿Qué vigencia conservan hoy, cuando los valores fundamentales de dicha institución, y la institución misma, y su finalidad, la guerra, son zarandeados por un mundo que menosprecia esos valores, niega la utilidad de la institución que los sirve, y se resiste a reconocer la inevitabilidad de la guerra, para la que han nacido y en la que tienen su justificación los Ejércitos? Pretendo contestar examinando sucesivamente los dos grandes conceptos, que son: el *para qué* del Ejército (la guerra) y el *cómo* (la disciplina).

Naturalmente, no se trata de un estudio de los problemas expuestos. Mi ponencia quiere ser más bien el marco que llenen luego las ponencias posteriores, pero que empiece poniendo de relieve la actualidad de la obra de Villamartín.

La guerra. Se discute hoy su licitud en cualquier caso y desde el mismo cristianismo se pone en tela de juicio la distinción tradicional entre guerras justas e injustas, complementada con la humanización de los conflictos mediante el Derecho de la guerra. Tras la Segunda Guerra Mundial, ese esquema, relativamente controlado por la moral, parece haber saltado en pedazos; se le niega,

(*) Las referencias sin otra indicación que el número corresponden a las páginas de las *Nociones de arte militar*, de Villamartín, que cito con arreglo a la edición de *Obras Selectas*, publicada a expensas del Ministerio de la Guerra, en Madrid, por Sucesores de Rivadeneyra en 1883, con la biografía del autor por don Luis Vidart, y un apéndice a las *Nociones* original de don Arturo Cotarelo.

o, mejor dicho, se dice que lo niegan los mismos medios bélicos, cuyo poder destructivo es de tal magnitud que hace imposible la doctrina de la guerra justa, porque ¿habrá alguna causa cuya defensa armada no produzca daños en proporción incalculablemente superior a los hipotéticos beneficios?

La historia enseña, que a cada innovación en los medios de agresión ha seguido una reacción moral parecida, hasta que la realidad ha demostrado la posibilidad de control y réplica a tales medios o ha presentado un nuevo concepto de la guerra dentro del cual se puede reproducir el esquema tradicional. Aun en el caso de que esta vez no fuera así, ello no supondría el fin del planteamiento inicialmente expuesto, sino su desplazamiento al terreno de la guerra convencional. Evidentemente, éste es el campo en que se mueve Villamartín (otro no era posible en su tiempo), para desarrollar una teoría apoyada en tres principios, a saber:

1.º La guerra obedece a la necesidad de utilizar la fuerza *para que las naciones se hagan justicia por su mano, puesto que no hay un poder en la tierra superior a ellas donde remitir sus quejas*. Estas pueden consistir en la *defensa de legítimos intereses o demanda de satisfacción por injurias graves* (50)*. Villamartín cita a Francisco de Vitoria, a Suárez y a Baltasar de Ayala, y presenta las batallas como *proceso de un Estado a otro* (199)*.

2.º La exigencia de no acudir a ese procedimiento hasta agotar los medios persuasivos (52)*.

3.º Como consecuencia de esa característica de satisfacción del propio derecho, de la que debe estar ausente la idea de odio, la humanización de los procedimientos bélicos, obedeciendo al *principio absoluto, del que jamás deben separarse los Gobiernos ni los Ejércitos: que no se debe hacer más daño que el estrictamente necesario para conseguir la victoria*. El valor —aconseja Villamartín— para el combate, y después del triunfo, la humanidad (51, 64)*. Solamente exceptúa la que llama *guerra nacional* (la de independencia), que a su juicio tiene que ser lo que con vocabulario de nuestra época habría llamado guerra total. *Una guerra nacional —dice— tiene que ser a muerte; esto es muy triste, pero es necesario* (42)*.

Hay una parte del pensamiento de Villamartín con la que no es posible coincidir: la que hace de la lucha el *principio constitutivo de todo lo creado* (17)* y de la guerra el motor del progre-

so (19)*; *civilizadora*, la llama (21)*. A cuenta de ello se ha visto en él poco menos que un marxista; pero en su época esa exaltación del hecho bélico estaba en el aire, y ha proseguido y no precisamente en medios marxistas. No una interpretación económica, sino una interpretación bélica de la historia es, por ejemplo, el famoso ensayo de Ortega publicado en *El espectador*, para el que probablemente no llega utilizar a Villamartín, pero sí fuentes que Villamartín conoció. Toda esta parte del pensamiento de nuestro autor debe ser consignada a la exageración retórica y a la sociología propias de su tiempo. Pero donde difícilmente puede objetársele es en su presentación de la violencia como *hecho natural* (18)* y elemento constitutivo, no ya de la vida, sino del Derecho mismo; aun en la hipótesis de una autoridad mundial única, ese elemento se mantendría en forma de ejército o policía internacional. Cuando la cuestión se plantea de esta manera, es claro que ya no se trata de oponer argumentos a argumentos, sino hechos a ilusiones.

El segundo punto que me propuse examinar se refiere al *cómo* de la guerra, es decir, al Ejército como institución especializada, constituida por una cadena jerárquica de mandos que tienen la seguridad de que sus órdenes van a ser obedecidas por hombres educados precisamente para obedecer.

La disciplina es para Villamartín el concepto central de la institución: *la virtud que por sí sola circunscribe todas las otras*, que es el *complemento de todas ellas* (55)*. Se ha discutido esta posición central que Villamartín concede a la disciplina; para mí es indiscutible: pues aunque, naturalmente, el militar necesita otras virtudes y la disciplina no es exclusiva del Ejército, ninguna de las otras cualifica al militar como ésta, distinguiéndole del simple guerrero para hacerle propiamente militar, y no hay institución que la exija en grado tan elevado. Hay Ejército cuando hay disciplina y sin disciplina no hay Ejército. El artículo 10 de las Reales Ordenanzas define las fuerzas armadas como *institución disciplinada, jerarquizada y unida, características indispensables para conseguir la máxima eficacia en su acción*.

¿No debemos preguntar si ciertas objeciones a la guerra se deben, más que a lo que el Ejército tiene de violencia, a lo que exige de servicio? Alfredo de Vigny encontraba que la disciplina era *admirablemente sabia bajo sus pies, pero absurda sobre su cabeza*, y se preguntaba si el Ejército no alcanzaría una belleza *más sobria y más moderna si se resignara a ser el educador de la nación y renunciara a los juegos costosos y poco honorables de la guerra*.

Jorge Vigón hizo la oportuna disección de una actitud que ha hecho escuela, por lo mismo que responde a un estado de ánimo muy de nuestro tiempo. Hay despego hacia la autoridad en todas sus manifestaciones. A un período de primacía de las ideas de jerarquía y subordinación de los individuos a principios trascendentes a ellos, ha sucedido otro en que, no ya aquellos valores, sino los últimos fundamentos de la sociedad son menospreciados. No se trata solamente de una reacción civil contra la pasada militarización de la sociedad, sino de la negación de los principios sin los que ninguna sociedad es concebible y en los que hasta ahora coincidían en última instancia las ideologías en conflicto. De ahí las respuestas, no simplemente teóricas, de los que en la línea de Vigny pretenden que el Ejército *se haga perdonar*, desmilitarizándolo: poniendo en primer plano la imagen del Ejército ilustrado y educador, escuela, taller y hogar, lo que es sin duda muy encomiable, pero no es la finalidad del Ejército, o introduciendo en el concepto de disciplina una racionalización de órdenes y obediencias imposible de aplicar so pena de destruir la institución.

Ahora bien, sin llegar a la quimera de un Ejército sin autoridad o en el que la legitimación del mando provenga del libre consenso de la base, es posible una respuesta a las exigencias de la actualidad que, por lo referente al mando, acentúe la idea de servicio que siempre ha tenido, pero que no se practica cuando se ejerce en provecho propio con menoscabo de los derechos y la dignidad del inferior (la tentación de *servirse de* en vez de *servir a*) y, en cuanto a la obediencia, que extreme los mecanismos de su racionalización, de modo que el inferior sepa por qué obedece, no cada orden concreta, sino en lo concerniente a la justificación general de la obediencia; a ello contribuirá el cultivo de los valores afectivos gracias a los cuales se deja de percibir la orden como algo ajeno que se nos impone y el dualismo mando-obediencia es absorbido por el sentido de la institución en que ambos se integran.

Toda la obra de Villamartín está penetrada por ese sentido racional de la disciplina, que no se confunde con la debilitación sensiblera (nada más lejos del pensamiento del autor), sino con la práctica digna y conveniente cuando se trata de mandar a hombres libres. Todo ello lo expresa Villamartín con la oposición entre el *soldado máquina* y el *soldado inteligencia* (144). *La aplicación del conocimiento de los hombres, el saber manera*, como decían nuestros oficiales del Ejército de Africa, son características que apa-

recen en todas y en cada una de las páginas de Villamartín y hacen su libro más actual que cuando hace un siglo se publicó.

A este concepto racionalizado de la disciplina hacia dentro de la institución, ¿qué concepto de la disciplina corresponde desde la institución hacia fuera, es decir, en su relación con el poder civil? Llegados a este punto, debemos salirnos de las *Nociones de arte militar* para que nos conteste la propia vida de Villamartín.

Hay acontecimientos en la historia de los hombres que les obligan a definirse en un instante mejor que podrían hacerlo en el transcurso de toda su existencia. Las circunstancias son en esos casos como el fogonazo a cuya luz se nos revela el hombre y frecuentemente éste se descubre a sí mismo. Es el caso del comandante Villamartín en la batalla de Alcolea, donde la victoria del Ejército del General Serrano sobre el que mandaba el Marqués de Novaliches, dio el triunfo a la revolución de septiembre —la llamada *Gloriosa*— y obligó a Isabel II a abandonar el país.

Hasta ese momento todo robustece la convicción sobre el liberalismo de Villamartín, que ha ganado sus dos primeros ascensos, a teniente y a capitán, combatiendo contra las turbas, pero defendiendo los movimientos liberales de 1854 y 1856, cuya carrera militar se ha desarrollado durante aquel anticipo de la Restauración que fue la *Unión Liberal* y que en sus *Nociones de arte militar*, ofrece inequívocas muestras de talante liberal en su concepto humanitarista de la guerra, en su racionalización de la disciplina y en su misma idea general de la historia. Se ha mencionado repetidamente su relación con Pí Margall y su amistad con el socialista Fernando Garrido, pero, al menos ateniéndonos al Villamartín de las *Nociones*, no se pueden sacar de esos hechos conclusiones excesivas. Las referencias al catolicismo son frecuentes y hasta fervorosas en su libro (53-54, 504, 505)*; si acepta la revolución es *sin bendecirla ni anatematizarla, sino como aceptamos en la historia todo, convencidos de que, porque ha sucedido, ha debido suceder* (248)* y no por un fatalismo ciego, sino providencialista, como corresponde a quien escribe que la historia es *la corriente de los sucesos impulsados por la mano de Dios* (125-126)*; al exclusivismo de las clases sociales, Villamartín opone su armonía (75)*, y no pueden ser más significativas su alabanza del siglo xvi (218)* y de Felipe II (en el *Manual de viajeros. San Lorenzo de El Escorial*). De su mismo elogio del federalismo, que en su época tenía un gusto extremista, procede observar que el enfoque es exclusi-

vamente militar y se refiere a la ventaja que supuso para la resistencia a Napoleón, en términos análogos a los que emplea Menéndez Pelayo para alabar el federalismo instintivo, a la española, que caracterizó aquella briosa reacción nacional. Todo ello hace prever que, cuando fracasa la *Unión Liberal* y sobreviene la reacción de los últimos años del reinado de Isabel II —los años del valleinclanescos *Ruedo ibérico*—, y contra Isabel van a irse alineando prácticamente todos, y con ella, solamente queda la caballerescas fidelidad, casi de otros tiempos, de Cheste, Concha y Novaliches, Villamartín va a estar del lado de allá.

Y con el pensamiento, del lado de allá estaba, asegura Vidart; pero añadiendo inmediatamente que la persona de Villamartín se quedó del lado de acá.

Medió sin lugar a duda una razón de lealtad personal. *Les ha de unir a su jefe —había escrito de los ayundantes de campo—, no la subordinación, sino el afecto*; aceptar sin esta condición el puesto sería un *engaño bastardo* (476)*; y él era ayudante del Marqués de Novaliches. Estuvo, pues, a su lado en la batalla y cuidándole, cuando el general fue herido, después de la batalla. Pero pienso que algo más que razones personales le decidió. Contrariando sus convicciones políticas, se jugó la carrera y arriesgó la vida por su sentido de la disciplina y con esa decisión nos ha dado su mejor y más honrosa definición.

Decisiones como la suya ha habido otras hasta llegar a nuestra historia más reciente: son eminentemente respetables. Como lo son las de quienes, invocando una norma no escrita, pero que consideraron preferente, asumieron la actitud opuesta en aquellos *casos-límite, enormemente restringidos ciertamente*, a que se refirió el teniente general Manuel Díez-Alegría en su conferencia sobre *Defensa y sociedad* (Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, Madrid, 1968, pág. 43). No se puede desconocer la existencia de esos *casos-límite*, como no se puede negar en política el hecho revolucionario, por muy partidarios de la legalidad y de la evolución que seamos, aunque, naturalmente, ni este hecho ni esos casos puedan tener cobijo en las leyes; es a la jurisdicción de otro tribunal, el de la historia, al que se acogen, para la absolución o la condena. Pero téngase en cuenta el riesgo de unas decisiones fundadas en la apreciación de circunstancias necesariamente complejas, a menudo imposibles de apreciar por los que no están colocados en la cúspide de los acontecimientos y que, para empezar, tienen que saltar sobre el principio constitutivo de los Ejércitos, que es la disciplina. Sólo

la evidencia puede ser criterio en esos casos y la evidencia, que es ver las cosas con meridiana claridad y sin sombra de duda, no es cosa de todos los días, sino rarísima. Evidente es, en cambio, que los daños de la insubordinación sobrepasarán normalmente a los de obedecer una orden o acatar una situación injusta o equivocada. La obediencia debe ser, por consiguiente, la regla, que por esto debe eximir y ha eximido siempre de responsabilidad a los que se han atendido a ella, especialmente en los grados inferiores. Lo cual no quiere decir que en ciertas ocasiones esa obediencia no pueda ser extraordinariamente incómoda y, como pudo ser el caso de Villamartín, subjetivamente heroica, cuando se aprecian las circunstancias que podrían apoyar, pero no suficientemente, la insubordinación, o se considera que nunca, por ninguna clase de circunstancias, la desobediencia se puede justificar.

Por añadidura, en tiempos de Villamartín saltarse la legalidad era corriente, lo cual quiere decir que no se trataba de *casos-límite*, sino sencillamente de una intromisión militar crónica en la esfera política. Sigue insuperada la explicación de Balmes sobre su causa: no es decir la fuerza ni la ambición del poder militar, sino la debilidad del poder civil, la cual crea un vacío que obliga en cierto modo (porque también la física política tiene horror al vacío) a que el poder militar lo llene. Hay más; porque, incluso juzgada políticamente, esa intervención no fue mala. No hay más que ver lo halagüeñamente que la juzga Castelar desde el punto de vista liberal, que fue el de la generalidad de esas intervenciones hasta 1874, o el aplauso con que a partir de esta fecha las acogen los conservadores. En uno y otro caso, el Ejército intervino siempre templando y moderando, ya fuese al radicalismo de la derecha, ya al de la izquierda. Pero no por ello esa actuación deja de constituir una grave anomalía, propia únicamente de sociedades políticamente inmaduras, como son hoy tantas del tercer mundo, en que las fuerzas armadas constituyen el único factor de cohesión a la vez que de dominación, y como tenemos la esperanza de que no sea ya nuestra sociedad. Cuando Villamartín proclama que el Gobierno no puede estar sometido a la espada —pero tampoco a la toga, ni a la Banca, ni al clero— (64) *, se está adelantando a las posibilidades de la sociedad española de su tiempo y situándose en el nuestro.

Después de los conceptos generales de guerra y Ejército, me parecen de gran interés las páginas de las *Nociones* que se refieren directamente a España.

En primer lugar, están las referentes a la guerra civil, que lamentablemente fue la *especialidad* española durante el siglo XIX, y no tan sólo en él. Villamartín da una explicación muy ochocentista de esa clase de guerras, que son, dice, la consecuencia de la obstinación en dar a una obra humana las características de la eterna e inmutable en contra de la evolución de los tiempos (34) *, por lo que se produce el conflicto entre la sociedad vieja, que se resiste, y la nueva, que avanza (611-612) *. Deplora especialmente los males de tales guerras (*en todas estas luchas, hay el mismo vencido, la patria —35—*) * y hace una serie de recomendaciones humanitarias que son al mismo tiempo una lección prodigiosa de psicología y de sentido político: *cada partido debe aminorar los males de la guerra; concitar los odios, más que sobre el partido enemigo, sobre los extranjeros que influyan; no apelar nunca al auxilio material de extraños, pero sí al apoyo moral de las simpatías; dirigir las operaciones no tanto cumpliendo las reglas de la estrategia y de la táctica, como las razones morales de la guerra; procurar terminarla pronto, fomentando las relaciones entre ambos bandos* (35-36) *. Por esta razón hace una alabanza ardiente de la paz de Vergara (602-603) *.

En definitiva, fiel a su optimismo histórico y al planteamiento expuesto, cree que *en medio de tantos males como las guerras civiles arrastran consigo, purifican la atmósfera política y dan a las revoluciones una marcha lenta, pero decisiva* (36) *. Habla ahí el hombre de ideas liberales que ve con satisfacción cómo el choque de ideologías opuestas se resuelve en una diagonal evolutiva y templada, que asume la parte de razón de cada beligerante, permitiendo que la marcha hacia adelante continúe, pero con la prudencia necesaria.

La pintura del caudillo militar que hace en la página 471 * de sus *Nociones* desborda el marco de la obra. Es tan encomiástica que el propio autor acaba preguntándose dónde puede encontrarse un hombre de tal excelsas y variadas dotes; como es imposible encontrarlo, el general en jefe necesita un Estado Mayor que le complete. En realidad, el caudillo de Villamartín (figura colosal en la que nada es insignificante, todo es intachable, consagrado en cuerpo y alma a una causa y a un pueblo; *no es un hombre, es una idea viva*) anticipa la figura del *cirujano de hierro*, del Mesías político, del hombre providencial, en la que a partir del regeneracionismo el pueblo español depositará su esperanza de redención política. Aunque es seguro que nuestro liberal y legalista Villa-

martín se habría espantado ante la sola idea de que su libro pudiese haber anticipado tal posibilidad.

La segunda parte de aplicación a España se refiere a la espléndida lección de psicología que son sus observaciones sobre la que llama *guerra española* (10) * y el modo de ser del soldado español, valeroso, pero indolente; que *si no se le exige un máximum de fuerzas, no da ninguna* (286) *; que *se bate mejor en difíciles empresas que en las fáciles, porque su amor propio se crece con los grandes obstáculos y su indolencia le hace retroceder ante los pequeños* (44-45) *; sobrio, estoico, tenaz, altivo, a veces en exceso; que alterna la pereza con enérgicas sacudidas (108) *; al que *le es más intolerable la vanidad que la dureza de carácter*, y en los hombres que le manden y en todo exige *la esencia descarnada, la verdad desnuda... No quiere otra elocuencia que la de los hechos* (111) *, y *ama lo grande, aunque sea en el delito, y odia la bajeza* (112) *. Insiste en que *el enemigo mayor que debemos combatir... es la indolencia* (115) *; *la indolencia y la sobra de confianza* (117) *.

«Sentados o peleando», decía Estrabón que estaban siempre los españoles. En el libro de Villamartín, exclusivamente recordado por los militares, hay sin embargo un excelente estudio del modo de ser nacional y hasta un programa de acción política. Leyendo esta parte, es constante el recuerdo del admirable prólogo de don Ramón Menéndez Pidal a su monumental *Historia de España*. Pero volvamos a lo militar. Hilario Martín, en su estudio de las Reales Ordenanzas, recuerda el *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar a mejor y antiguo estado*, que el gran Duque de Alba encargó escribir a Sancho de Londoño: *son españoles —dice Londoño—, que aman más la honra que la vida, y temen menos la muerte que la infamia. Tienen de suyo voluntad a las armas, destreza y habilidad en ellas. Están en los peligros tan en sí como fuera de ellos, de manera, que en sabiendo obedecer, guardar orden y lugar, sabrán cuanto es necesario en tierra y en mar. Bien se ve en cuál medida, para reducirlos a disciplina (que en la vida política como en la militar, es su permanente necesidad), son de aplicación las Nociones de Villamartín.*

Hacen sus cualidades a los españoles especialmente aptos para las resistencias numantinas, o como la de la nación entera frente a Napoleón, en la que España «representó la pasión de Europa; In-

glatterra, el pensamiento» (293) *. La conclusión final de nuestro autor es de *fe ciega en el porvenir de esta nación, porvenir tanto más risueño cuanto mayor, cuanto más peligrosa sea la crisis que le anuncie* (118) *.

¿Hasta dónde llegó la evolución de las ideas de Villamartín? Sólo podremos contestar a esta pregunta el día en que conozcamos la totalidad de su producción durante los últimos años de su vida; sabemos de su existencia, pero no más salvo los anticipos trascendentales que sobre estudio de la guerra francoprusiana y sobre las colaboraciones de Villamartín en el periódico *La Discusión* hacen dos de los ponentes de esta conmemoración. Con todas las reservas a que ello obliga, me atengo en esta ponencia al Villamartín conocido hasta ahora y contenido fundamentalmente en las *Nociones*.

Escribió su grande y casi única obra en 1861, mientras prestaba servicio en el Regimiento de Infantería de Toledo número 351, de guarnición en Madrid. *Hemos luchado para escribir y publicar estos artículos —confiesa— con el sueño en las guardias, con el cansancio en las jornadas, con el fastidio en las navegaciones y sobre todo con la pobreza en medios materiales, obstáculos de esos que impacientan el ánimo más constante y conmueven la fe más arraigada, pero que, una vez vencidos, dan la medida de la fuerza de voluntad del autor, inspirándole un legítimo orgullo, no por la obra en sí misma, sino por la lucha con esos obstáculos* (610). La consagración de la obra le vino del elogio que, ante el Rey consorte don Francisco de Asís y sus acompañantes, hizo el Emperador Napoleón III refiriéndose a Villamartín como *el escritor militar del siglo y el profeta de la guerra*. Por ella le fue concedido el ascenso a comandante.

Su decisión de Alcolea, selló su carrera militar. Ascendido a teniente coronel en el campo de batalla, la revolución triunfante no le reconoció el ascenso y en la situación de reemplazo quedó hasta su muerte, el 16 de julio de 1872. Tenía treinta y ocho años.

Vivió lo bastante para ver el fracaso de la «*gloriosa*»; poco antes de su muerte, en mayo de 1872, renacía la guerra civil; pocos meses después, abdicaba don Amadeo, se proclamaba la República y la revolución se precipitaba por el despeñadero en el que la detuvo el pronunciamiento de Sagunto.

Con la Restauración vino el reconocimiento de los méritos de Villamartín. Destacan entre sus apologistas Luis Vidart, que prolo-

gó con su biografía la edición oficial de sus obras; Muñiz y Terro-
nes, que, en su libro *Concepto del mando y deber de la obediencia. Cartas a Alfonso XIII*, cita profusamente a Villamartín, al que llama *maestro de las verdades* (ob. cit., 2.^a ed., Madrid, 1893, tomo I, pág. 534), y Alberto Colao Sánchez con su discurso *Villamartín, un militar filósofo y escritor*, pronunciado el 27 de noviembre de 1980 en la Academia «Alfonso X el Sabio», de Murcia.

En el prólogo de sus *Nociones de arte militar*, Villamartín dice que *este libro es más bien un proyecto que un hecho consumado, es el índice, por decirlo así, de los estudios del autor* (9)*, lo cual, como en el caso de Balmes, nos hace imaginar con melancolía lo que habría dado de sí el autor si hubiese podido llegar a la plenitud de sus años y de su ciencia.

* * *

LA ESPAÑA MILITAR DE VILLAMARTIN

Por Antonio MACIA SERRANO
General de Brigada de Infantería
(Mutilado Permanente)

Cuatro frases para empezar.—La Guerra de la Independencia.—¿Dónde está el Estado?—Villamartín.—Nacimiento y sucesos.—La guerra carlista.—Zumalacárregui.—El abrazo de Vergara.—La regencia de Espartero.—*El Guirigay*.—Las coplas.—Destierro y vuelta de Espartero, 1848.—Villamartín en Toledo.—Subteniente.—Teniente por *la Vicalvarada*, 1854.—Capitán por herido, 1856.—En Cuba, 1857-1860.—*Nociones de Arte Militar*.—*El poema a la Virgen de la Caridad*.—*El Tuerto Rey*.—Con el Marqués del Duero.—Consejo de Redención y Enganches.—Napoleón III y la Academia de Ciencias.—Caballero de la Orden de Carlos III.—Comandante.—Jefe del Detall de la Escuela de Tiro.—Ayudante del General Pavía.—*La Gloriosa*.—La batalla de Alcolea, 1868.—A reemplazo.—La carta reveladora.—La ascensión de Prim.—Amadeo I.—«En la calle del Turco».—Muerte y gloria de Villamartín.—Los antiguos ideales.—Lo que nos queda del XVIII.—La busca del Estado, las provincias, la Guardia Civil, el liberalismo...—La conjunción de Pueblo y Ejército en Villamartín.—La cruel paradoja.

Dice el comandante don Francisco Villamartín Ruiz, en las *Nociones del Arte Militar: Nuestra historia, la más inexplicable de todas*. Esta frase de difícil interpretación, nos da la clave de su propia vida y obra, y de la misma España en que vivió.

Caasi coincide con aquellas otras del Duque de Wellington: *Estos españoles hacen sus ejércitos con una cosa que llaman entusiasmo. Yo no sé lo que es eso; pero sé que ese entusiasmo no produce armamento, ni vestuario, ni nada. España es el único país donde dos y dos no son cuatro. Qué difícil es entender exactamente a los españoles.*

Y no es así, aunque no es fácil demostrar cómo un país que reveló tanta vitalidad y hasta una gran capacidad organizadora

aún muy entrado el pasado siglo, no haya sido lo suficientemente competente para fundamentar una gran cohesión estatal, y que en ocasiones, sobre todo bélicas, rebasa con mucho las de otras naciones. Esta fue la sorpresa de la Guerra de la Independencia que tan perplejo dejó a Wellington. Cómo una nación con una monarquía en el destierro, un ejército vetusto y anticuado y un pueblo desmandado, fuera capaz de plantarle cara a Napoleón, coadyuvar a la victoria y hacer de España una nación única del Bruch a Bailén, desde San Marcial a Cádiz.

Este ejército, con todos los resabios de su gloriosa antigüedad y sin tener ningún matiz político; de tenerlo era su completa obediencia al Rey, es en el que va a convivir el comandante Villamartín en la España inquietante que limita los treinta y nueve años de su vida, y ya en un tornasol de acatamiento. Ese ejército, en su apariencia casi igual al anterior, en el fondo ha cambiado rotundamente. Se siente llamado a ocupar unos vacíos o a sustituir una gobernación inadecuada a la situación.

El Comandante Villamartín nace en Cartagena el 23 de julio de 1833 del matrimonio del Capitán de Infantería Bruno Villamartín y doña Segunda Ruiz. Cartagena es ciudad abierta a los horizontes de mar y tierra. Es rotunda en el tiempo, marinera, levantisca, imprime personalidad en sus nativos. *La Peñica* es el nombre intimista que le da la marinería de la Armada, quizá porque en ese triángulo que sustentan sus bases; Cartagena, montes sin leña, mar sin pescado... dice la cantinela, se vea en contraposición de la galanura de San Fernando o el primor suave de El Ferrol con su lluvia retozante de melancolía.

Cuando nace Villamartín, España está regida por la Reina María Cristina, viuda de Fernando VII; madre de Isabel, heredera del trono, y de la Infanta Luisa Fernanda. Al año siguiente, 1834, estalla la primera guerra carlista; se promulga el Estatuto Real; la matanza de los frailes en Madrid, Zaragoza y Barcelona; muere Zumalacárregui, sus campañas fueron motivo de estudio en la Escuela de Guerra de Alemania; disolución de las Ordenes religiosas; la expedición del general carlista Miguel Gómez que llega hasta la misma Andalucía y perseguido por Alaix, Rodil, Narváez y el mismo Espartero, consiguió regresar indemne a las Provincias Vascongadas; motín de La Granja, restablecimiento de la Constitución del 12, luego la de 1837; fin de la guerra, el abrazo de Vergara... y en las Cortes, por un incidente, otro abrazo entre Olózaga y el General Alaix que imitaron los demás diputados. El festivo y

lacerante Abenamar, Santos López Pelegrín, según Balmes, biografía del General Espartero, *con no menos gracia que verdad* escribió:

*Lloraban los diputados,
lloraban las galerías,
lloró la mesa y los bancos,
lloró del trono la silla,
los taquígrafos lloraban
y lloraban las cuartillas
y por llorar, toda España
a su tiempo lloraría.*

Y así llega el fin de la regencia de la Reina Gobernadora: por la nueva ley municipal y un artículo en *El Guirigay*, alusivo al matrimonio morganático de la Reina con el guardia de Corps Fernando Muñoz, tres meses después de enterrar a su marido el Rey Fernando VII. Durante estos siete años de la regencia y matrimonio ha tenido cuatro hijos y acaba de dar a luz al quinto, y lo quiere pasar, como los otros, por Barcelona a Marsella. Este matrimonio la imposibilita para la regencia. Tiene que renunciar a ella. En la calle le cantan los conservadores:

*Decían los liberales
que Cristina no paría
y ha parido más «muñoces»
que liberales había.*

La regencia ya es de Espartero. Cristina sale para el destierro. Vuelven a Madrid la Reina y la Infanta acompañadas de Espartero. Cuando a la noche refulgen las antorchas y le cantan serenatas, también el General tiene su copla, le cantan ésta:

*Cuando comenzó el diluvio
todos estaban alegres
y unos a otros se decían:
¡Qué buen año va a ser este!*

Era el 1840. Con la regencia de Espartero acontece *la batalla de la escalera*. Caen varios generales, entre ellos Diego de León. Después la mayoría de Isabel, que adelantan prudentemente los generales, en tanto el regente marcha al destierro. Narváez en el poder, creación de la Guardia Civil, las bodas reales de la Reina y la Infanta...

En 1848, el año que Espartero vuelve del exilio: el joven de quince años Francisco Villamartín Ruiz, ingresa en el Colegio Militar de Toledo. Con él va este serial de acontecimientos de guerra e intrigas, política y gobernación, heroicidades y traiciones: La vida con toda su carga humana de grandeza y miserias, que en cercanos años se transparentarán en sus escritos. Toledo le tonifica en su vocación militar. A los dos años sale del Colegio con la graduación de Subteniente, cumplidos los diecisiete de edad y transcurriendo el año 1850.

En el año 1854, es destinado al Regimiento Gerona, de guarnición en Madrid; llega «La Vicalvarada» que con el *Manifiesto de Manzanares* que sitúa a Espartero con O'Donnell en el poder.

Por orden y gracia de «La Vicalvarada» se le asciende a teniente cuando cumplía los diecinueve. Dos años después, en 1856, cuando se termina con tumultos el mandato de Espartero, fue herido en una pierna defendiendo el cuartel de San Pablo en Barcelona, lo que le valió el ascenso a capitán.

Son años de relativa calma cuando el flamante capitán embarca para Cuba en 1857 para volver en 1860, el año de la guerra de Africa, de la que ya queda en un primer plano el General Prim. Es en el año 1862 cuando a sus expensas publica las *Nociones del Arte Militar*. Posiblemente antes había escrito, siempre se empieza por la poesía, un poema a la Virgen de la Caridad, patrona de Cartagena, felizmente encontrado por Fernández Araujo; y también, todos los españoles la llevan debajo del brazo, escribió una obra teatral que se perdió o está perdida, aunque se conoce el elogio de Núñez de Arce. Su título: *El Tuerto Rey*. Se supone una feroz sátira, que recogería el sentido de esas coplas de su tiempo, tan redondas y que pinchan. Aunque nada se sabe de ella, basta con el título para adivinar lo que quería decir siguiendo la paremia popular: «En el país de los ciegos, *el tuerto rey*».

Pasó destinado al batallón de Arapiles y luego, al Consejo de Redenciones y Enganches. En estos años colabora con el general Gutiérrez de la Concha, Marqués del Duero. Es el espacio de su mayor fecundidad literaria. Publica, hay que ganarse un sobresuelo para seguir viviendo, prácticamente en todos los diarios y revistas militares y civiles de todo y como todos los escritores españoles. Así da a la imprenta la *Historia de la Orden Militar de San Fernando* y el *Manual de Viajeros. San Lorenzo del Escorial*. En este año, cuando acaba el gobierno de la Unión Liberal, pu-

blica el folleto *Napoleón III y la Academia de Ciencias*, reivindicando la categoría científica del arte de la guerra que la Academia de Ciencias de Francia negaba, simplemente, para no hacer académico a Napoleón.

Pasa luego a ser Jefe del detall de la Escuela de Tiro, cuando recibe el título de Caballero de la Orden de Carlos III y es ascendido a Comandante por la repercusión que tiene su obra en Francia.

Nombrado ayudante de órdenes del General Pavía, Marqués de Novaliches, combate junto a él, siendo herido en la batalla de Alcolea, donde triunfa «la Gloriosa» revolución de 1868, que destrona a Isabel II. Fiel a su General en la derrota, le sigue en su destierro a Avila, hasta que privado de su categoría de Capitán General por haberse negado a prestar el juramento político que decretaron las Cortes constituyentes, quedó en situación de reemplazo. Desde esta situación pudo reflexionar sobre la ascensión del General Prim, la figura estelar del siglo pasado.

Realmente, el General Prim, en dos años, supo dotar a España de una gobernación ejemplar. Impuso el orden, guió a la paz, hizo posible la libertad. Sabía lo que quería: Promulgó la nueva Constitución de 1869, la más liberal del siglo; profundamente monárquico y no dinástico, supo imponer su alternativa. Sabido es que cuando le propusieron una restauración a base del Príncipe Alfonso, se hizo célebre su frase de sus tres: «Jamás, jamás, jamás». Y que un diputado decía: «Tendremos Rey cuando don Juan quiera, el que quiera y como quiera». Prim fue, ante todo y sobre todos los Generales románticos del XIX, un gran estadista. Este fue el secreto de su triunfo.

Y así llegó Amadeo I en cuyo reinado relámpago, triste sombra de lo que fue, muere Villamartín el 16 de julio de 1872. Entre las muchas cartas que escribió y se perdieron, éste es un fragmento de la que remitió al Coronel Fernando Casamayor con motivo de la muerte de su única hija habida del matrimonio con doña Clotilde Lagoanere, digámoslo a la manera romántica, muy pronto le siguió a la tumba. Así dice:

El vacío de hoy ha descubierto otros, pues lo que antes no me dejaba ver mi niña con sus juegos, ahora lo veo. Veo mi pobreza, mis apuros, los atrasos que me ha proporcionado mi obra, la escasísima protección que se me ha dado, pues si bien por un rasgo espontáneo y noble del General Lemery, a

quien yo no conocía, se me dio la Cruz de Carlos III por influencia real, el Gobierno nada ha hecho; bien es verdad que *yo valgo poco para solicitar.*

Se preguntará: ¿Qué nos queda del siglo pasado? ¿Qué queda de Villamartín?

Se puede decir que frente a lo vario y transitorio que vemos en el siglo pasado, se advierte a todo un pueblo buscando un estado.

Los antiguos ideales: Dios, Patria y Rey se han trasmutado. Quedan permanentes la Patria y el Rey, que cubría todos los horizontes desde Amberes a Lima y desde Melilla a Cuzco, es ya sólo Rey de esa Patria: España. El de Dios queda y se repliega en la profundidad de las almas..., pero siempre, aun en los grandes descalabros de la Historia de España, siempre le quedaba lo que los franceses llaman «le triomphe du fantasin», «la redoutable infanterie de l'armée de l'Espagne», secuela por la que ese ejército se siente llamado en situaciones difíciles o de vacío a ocupar el poder. Toda la segunda mitad del siglo pasado es simplemente la lucha por encontrar un estado, y en ella, el ejército es el promotor.

Nos quedan, también, la división en provincias que, pese a los embates de las Cortes de 1879, persisten y permanecen en su acierto, no obstante sus arbitrarios límites. La Guardia Civil que, con todo honor y abnegación, representa para lo civil una responsabilidad militar y para lo militar la estabilidad del orden civil. Así también, un aire liberal de convivencia y la conjunción de la nación, el país y el pueblo con el ejército.

La figura, la obra clásica de Villamartín lo afirma. Ella es pareja, paralela en doctrina de pensamiento y palabra a la de Angel Ganivet con su *idearium Español*, en el que dice: «España es por esencia, porque así lo exige el espíritu de su territorio, un pueblo guerrero, no un pueblo militar.»

A un Jaime Balmes en su *Filosofía*: «La verdad es la realidad de las cosas.»

A Mariano José de Larra cuando nos dice burlándose de nuestra indolencia: «Vuelva usted mañana.» Y: «En España no pasa nada, al contrario: es España la que pasa por todo.» Y: «Escribir en España es llorar.»

O a Gustavo Adolfo Bécquer cuando pregunta: «De que pasé por el mundo, ¿quién se acordará de mí?»

Para llegar a nuestro tan olvidado comandante Villamartín:

«Yo valgo poco para solicitar...»

Es curioso: El que no se explicaba la Historia de España, resulta, que, sin Villamartín en lo militar; Ganivet en el ensayo, Balmes en la filosofía, Larra en el periodismo y Bécquer en la poesía, no se puede explicar el siglo pasado.

Nombres son éstos de hombres que, por cruel paradoja, fueron de corta vida e intensa obra, que ni hicieron ni quisieron hacer historia y están y quedarán por encima de la Historia.

A P E N D I C E

CRONOLOGIA DE LA ESPAÑA MILITAR DE VILLAMARTIN

1833 - 1872

- 23 julio 1833.—Nace Villamartín en Cartagena.—Regencia de María Cristina (1833-1840). Primera Guerra Carlista (1833-1840). Herida y muerte de Zumalacárregui (1835). Expedición del General Gómez (1835). Motín de La Granja (1836). Restablecimiento de la Constitución del 12 (1837). Convenio de Vergara (1839). Regencia de Espartero (1840). Batalla de La Escalera (1841). Fin de la Regencia de Espartero (1843). Levantamiento de Prim en Reus (1843). Mayoría de edad de Isabel II (1843). Serrano y Narváez al poder (1843). Revisión de la Constitución de 1837 (1845). Matrimonio de Isabel II (1846). Desavenencias del matrimonio (1847).
- 24 enero 1848.—Ingresa en el Colegio Militar de Toledo.—Narváez al poder. Reconcilia a los Reyes (1848). Regresa Espartero (1848).
- 4 julio 1850.—Subteniente de Infantería (17 años). Regimiento Gerona-Vitoria. Regimiento Saboya-Madrid. Regimiento Gerona-Madrid.
- 17 julio 1854.—Ascenso a Teniente (19 años).—La Vicalvarada. Manifiesto de Manzanares (1854). O'Donnell, con Espartero, al poder (1854).
- 18 a 22 julio 1856.—Herido en una pierna. Defiende San Pablo. Regimiento Gerona-Barcelona. Ascende a Capitán (23 años).
- 19 abril 1857.—Cuba. Santiago de las Vegas.—Nace Alfonso XII (1857). Unión Liberal (1858). Expedición Cochinchina (1858).
- 1860.—(27 años).—Guerra de Marruecos (1859-1860).
- 1861.—Regimiento Toledo 35 Madrid (28 años).—Incorporación República Dominicana (1861-1865).
- 1862.—*Nociones del Arte Militar* (29 años).—Prim en Méjico (1862).
- Marzo 1863.—Batallón Cazadores Arapiles, Madrid (30 años).—Fin de la Unión Liberal (1863). Fin Expedición Cochinchina (1863). Narváez al poder (1863).

Enero 1864.—Consejo de Redenciones y Enganches. Madrid (31 años) A las órdenes del Marqués del Duero. Napoleón III y la Academia de Ciencias. Historia de la O. de S. Fernando. San Lorenzo de El Escorial.

Mayo 1865.—Caballero de la O. de Carlos III. Comandante (32 años).—La Noche de San Daniel (1865). El grito de Méndez Núñez (1865). O'Donnell al poder (1865).

Febrero 1866.—Jefe del Detall de la Escuela de Tiro (33 años).—Sublevación del Cuartel de San Gil (1866). Primer muerto por Isabel II (1867).

Mayo 1868.—Ayudante de órdenes del Capitán General Manuel Pavía y Lacy, Marqués de Novaliches. Herido éste en la batalla se retira a Avila. Se le concede el empleo de Teniente Coronel que no le revalidan. En Avila con el Marqués (35 años).—Narváez al poder. Muere O'Donnell. Serrano con Montpensier. Prim en Valencia. Muere Narváez. González Bravo (1868). Batalla de Alcolea (1868).

11 febrero 1869.—A reemplazo (36 años).—Luchas de republicanos, carlistas y federales. Nueva Constitución.

1870.—Reemplazo (37 años).—Amadeo de Saboya, Rey de España (1870). Muerte de Prim (1870).

1871.—Reemplazo (38 años).—Amadeo en España (1871).

16 julio 1872.—Muere (39 años).—Segunda Guerra Carlista (1872).

* * *

LAS IDEAS DE VILLAMARTÍN SOBRE EL PENSAMIENTO MILITAR DE SU TIEMPO

Por Miguel ALONSO BAQUER
Teniente Coronel de Infantería (DEM)

«La geografía, la estadística y la historia son las tres antorchas de la guerra» ... «El talento y el estudio, en la guerra, vence por último al genio, que no es al fin otra cosa que el talento sublimado por la soberbia».

(Villamartín)

No es Villamartín autor que se detenga en la búsqueda del origen de las ideas a las que se fue acogiendo su propio pensamiento. Villamartín cita pocos nombres de amigos y aún menos de maestros. Sólo como historiador de campañas emite juicios de valor respecto al comportamiento de los generales en jefe de los ejércitos en presencia. Es difícil encontrar párrafos entrecomillados que digan al pie de la letra la doctrina de los tratadistas que Villamartín prefiere o admira.

No es este el caso de los tres escritores militares que, en vida o poco después de su muerte, se tomaron la molestia de poner en parangón los escritos de Villamartín y los de los tratadistas europeos más influyentes de su tiempo. Nos referimos al coronel Vallecillo, al comandante Vidart y al coronel Cotarelo. Estos tres publicistas españoles llenan sus comentarios con citas de una o más procedencias en un encomiable esfuerzo por inscribir a Villamartín en la estirpe de los clásicos en materia de temas militares.

El Coronel Vallecillo saludó con alborozo la aparición de *No-ciones del Arte Militar* con una serie de artículos que vieron la luz en septiembre de 1864, poco más de un año después de la edición del magnífico trabajo. Y hay que hacer constar que Villamartín

era un capitán de Infantería que contaba treinta años. El comandante de Artillería Luis Vidart, mucho más metido que Vallecillo en las corrientes filosóficas en boga, a los cuatro años de la muerte de Villamartín, en 1872, en una biografía de urgencia le colocó en la línea de los cinco grandes tratadistas que entonces privaban en Europa —el general británico Lloyd, el barón suizo Jomini, el general alemán Willisen, el mariscal francés Marmont y Clausewitz.

Tiene otro sentido la aportación de Arturo Cotarelo, coronel de la Comisión de Homenaje a Villamartín para la publicación de *Obras Selectas* en 1883, fecha en la que Villamartín hubiera cumplido cincuenta años. Cotarelo hace una extrapolación de un encuentro malogrado de Villamartín con los nuevos tratadistas europeos —en síntesis las de Moltke— que habían reflexionado sobre las campañas de 1864, 1866 y 1870. Lamenta que la muerte de Villamartín y lo fragmentario de su producción en esas mismas fechas impidiera el diálogo con Lewal, Rustow, Pierron y Verdy du Vernois «... oficiales pensadores, dignos émulos en el estudio razonado de cuestiones tan interesantes del que siendo modesto capitán del Regimiento de Infantería Toledo se colocó de una vez y para siempre entre los más ilustres publicistas de la época actual».

Vallecillo, Vidart y Cotarelo, nos han dado una imagen de Villamartín que no puede ocultar su visión como escritor malogrado. Piensan que su obra debía ser continuada en el sentido que Villamartín le había dado. Pero ninguno de los tres, como escritores militares, sabían moverse por el mismo plano de reflexiones generales y profundas por donde Villamartín se había movido con soltura. Vallecillo era un analista, un recopilador de normas, un comentarista en definitiva. Vidart, un intelectual sugerente y florido, obsesionado por imprimir en España un giro hacia el idealismo alemán no tanto de la ciencia militar como de la cultura general. Cotarelo, el más clásico de los tres, era un estudioso de tácticas, como el general Concha, Marqués del Duero. La perspectiva desde la que escriben Concha y Cotarelo, a la llegada a España de los ecos de las victorias nada románticas de Moltke, es la de una modificación a gran escala de los métodos de guerra por causa del perfeccionamiento continuo de las armas de fuego.

LAS LEYES DE LA GUERRA ESPAÑOLA

De las tres actitudes, la más próxima a Villamartín es la de Luis Vidart. Pero pueden ser desorientadoras las precisiones de este arti-

llero krausista, entusiasta de la conjunción del evolucionismo organicista de Herbert Spencer con el neokantismo de Zeller (un historiador alemán que recuperó la perspectiva idealista frente al materialismo del positivismo francés). Fueron escritas desde la conciencia de fracaso de la experiencia del sexenio revolucionario en plena Restauración canovista. Hay en ellas un confesado deseo de devolución al ámbito del progresismo —entre republicano y socialista— de la figura de Villamartín, fallecido a los treinta y nueve años en 1872. Y es que Vidart no puede tolerar que Villamartín, desprovisto de todo destino militar desde su actuación como Ayudante de Campo del Marqués de Novaliches en la batalla de Alcolea (año 1868) junto a los defensores del trono de Isabel II, pasara a la historia como un hombre de la Restauración.

En realidad, Villamartín pensaba por cuenta propia y elaboraba sus conclusiones sin apoyarlas en el testimonio de autoridad alguna, civil o militar, nacional o extranjera. Entre líneas puede leerse una mayor admiración por la escuela francesa de estrategia —no olvidemos que escribe una década por delante del desastre de Sedán de 1870— que por la escuela prusiana, a la que reconoce prestigio en el artículo donde era más delicado hacerlo, *Napoleón III y la Academia de Ciencias*, obra de 1864. Pero la clave de su afán no está aquí.

La razón profunda del esfuerzo erudito de Villamartín tiene un sentido más que nacionalista. Lo que Villamartín pretende —y así lo hace constar en la *Dedicatoria* de las *Nociones al Marqués del Duero*—, es descubrir las buenas o malas condiciones de nuestro carácter nacional «para dictar las leyes a que debe sujetarse la guerra española».

De la preocupación por el prestigio militar de España procede su aparente desinterés por las ideas de autor extranjero y su reincidencia en limitar al máximo la oferta de ejemplos de combates, batallas, operaciones o guerras habidas lejos de nuestras fronteras.

Ahora bien, el desinterés es aparente porque Villamartín se sabe militar europeo y como tal obligado a combinar su fundamental pretensión, «dictar las leyes a que debe sujetarse la guerra española» con estas otras dos finalidades:

- Señalar la influencia que en el Arte Militar tiene la forma de nuestra sociedad.
- Ver la utilidad que ofrecen para la guerra los últimos adelantos.

Estas dos finalidades son las que Villamartín podía compartir mejor con los tratadistas de su tiempo. La primera es la que le aproxima a Vidart. La segunda es la que interesó a Cotarelo. Pero respecto a las dos hay que hacer constar que el despertar de los centros militares de enseñanza europeos debe fecharse para Francia en 1876, creación de su Escuela Superior de Guerra, para Italia muy poco después, y con el mismo nombre, y para España en el período que separa la apertura de la Academia General de Toledo, 1882, y la fundación de nuestra Escuela Superior de Guerra en 1893, es decir, un período que Villamartín no pudo conocer.

De aquí que, en definitiva, Villamartín fuera considerado:

- 1) Como precursor de un cambio, y
- 2) Como ejemplo a favor de que tal cambio modernizador estuviera en línea con la tradición militar española.

Este es el sentido que tienen las reiteradas referencias de sus tres apologistas españoles, Vallecillo, Vidart y Cotarelo, a cuantos antecedentes sirvieran para acusar a los españoles de ignorantes respecto al mérito de las obras del Marqués de las Minas, de Santa Cruz de Marcenado, etc..., sin embargo, reconocido por Federico de Prusia, por Napoleón III, etc...

EL ABANDONO GRADUAL DEL ESPIRITU ROMANTICO

Era común entre los tratadistas de la década de los sesenta del siglo XIX la búsqueda de cuanto pudiera contribuir a desarrollar en la opinión las ventajas del *abandono gradual del espíritu romántico*, que atribuía al genio de la guerra el papel fundamental en las operaciones, y de la apertura de una *creciente confianza en los últimos adelantos*, muy particularmente, en las posibilidades del fenómeno moderno de la industrialización. El espíritu militar adecuado a los tiempos nuevos tenía que despegarse de las notas primitivas del espíritu guerrero y acercarse a las notas modernas de la organización industrial. En esto coincidían todos.

Así será el lenguaje de Cotarelo: «un progreso de la industria y del comercio; las líneas férreas tienen una aplicación directa en todo plan estratégico y en múltiples disposiciones tácticas; ya no basta de ningún modo para alcanzar la victoria una ofensiva impetuosa ni una defensa tenaz. Se necesita más, se requiere un estudio

previo de esos elementos bélicos»... «En estrategia, según indica acertadamente el General Lewal, existe hoy cierta limitación por consecuencia lógica de los progresos de la industria, del comercio... Con la táctica sucede lo contrario, progresa siempre, porque continuos son los adelantos en materia de armas de fuego».

Y también el de Vallecillo: «La guerra ya no la hacen, en esta nueva era que alcanzamos, los príncipes, sino los pueblos». Y no muy lejos están los criterios despersonalizadores de Vidart al referirse al espíritu de la obra suprema de Villamartín: «Busca la afirmación de principios permanentes y eternos, superiores al continuo mudar de los hechos históricos». «Toda la ciencia humana no se reduce a otra cosa sino a definir...». «Más que el estudio concreto del arte militar, hemos querido hacer el de sus relaciones con la política y las ciencias del siglo».

Pero el abandono del romanticismo por Villamartín no está claro, ni mucho menos. En la Dedicatoria de las *Nociones* al Marqués del Duero no insistirá tanto en la ciencia como en el arte militar. Mantiene este propósito como prioritario: «dar a las artes españolas el sello de nacionalidad que perdieron y ofrecer un curso completo de arte militar escrito para España». En su defensa de lo militar frente, al criterio de la Academia de Ciencias de Francia, se deslizará en la otra dirección: la científica.

La prioridad de lo artístico iba acompañada en Villamartín por esta afirmación: «En todas las artes entra como primer elemento la inspiración, el genio del artista». Y va seguida de esta consideración: «El progreso del arte militar tiene analogías profundas con el progreso de la sociedad». Y es que Villamartín abandona el romanticismo con nostalgia, no con entusiasmo. Cree que la guerra es el desarrollo de un principio sujeto a leyes inmutables que el hombre no conoce sino a medias. Al genio le reconoce un reconocimiento mayor por razón de sus dotes para la intuición. Pero, incluso respecto al hombre sobresaliente, tal como lo describe Villamartín con encendidas palabras, hay que ceder al fatalismo». «Fatalistas en historia, creemos que todo lo que ha sucedido ha debido suceder».

Villamartín le da motivos a Vallecillo para reconocer en él la superación del idealismo romántico gracias a estas dos frases:

- «Napoleón, última individualidad de otros siglos, sucumbió ante la España y la Rusia, primeras colectividades de los siglos del porvenir».

— «Nos hallamos en una nueva época de transición. Las guerras posteriores a 1815, no son más ensayos de la guerra del porvenir».

Pero una lectura más profunda nos revela que el alma de Villamartín sigue siendo romántica hasta sus últimos escritos en que juzga muy negativamente el estilo de las tres guerras de su inmediatez reflexiva, la de *Crimea*, la de *Italia* y la de *Secesión de los Estados Unidos*. Su modelo de guerra seguía siendo el de las campañas de Napoleón.

Villamartín no había abandonado el culto al individualismo por la esperanza en la fabricación en serie. «Hasta la decadencia de su ejército —escribe con evidente pena— no usaron los griegos máquinas de guerra». Como Cervantes, Villamartín, prefiere para el futuro un discurso sobre las armas y las letras, donde el valor personal brille por sí mismo frente al maquinismo.

Villamartín —que era un escritor muy joven— tiene sueños románticos que le impiden mirar con realismo las tres guerras de su tiempo que él mismo cita. Nada dice de la más romántica de todas, la de Prim y O'Donnell en el Norte de Africa, en la que no pudo estar presente. La guerra de Crimea le parece «de tanto lujo de medios y de tan pobres resultados». La guerra de Italia merece más aún su desprecio, porque es una lucha «en la que no se ha visto una victoria militar absoluta». Y la interminable guerra de los Estados Unidos le resulta una confrontación «en la que no se ve otra cosa que batallas sin resultado y marchas sin objeto».

No se interprete que Villamartín se ha refugiado definitivamente en la grandeza del pasado. Créase, más bien, que sigue pendiente de que los hombres del tiempo nuevo salgan de la mediocridad y logren conducir a los pueblos a la victoria de manera espectacular. Pero, con todo, se exige a sí mismo —tras afirmar que «la *geografía*, la *estadística* y la *historia* son las tres antorchas de la guerra»— no sobrepasar el nivel del talento, porque «el genio no es otra cosa que el talento sublimado por la soberbia».

LA CONFIANZA EN LA REFLEXION

Villamartín quería integrar su pensamiento en la etapa positiva, no metafísica, del progreso de la ciencia militar, como le reconoce Vallecillo. Pero no por la vía del crecimiento del potencial de guerra, sino por la del perfeccionamiento de los estudios militares. Llevaba en Infantería una carrera aceptable: a los treinta y dos

años era Comandante y a los treinta y cinco se quedó sin revalidar su ascenso a Teniente Coronel en el Puente de Alcolea por razones de orden político.

Pero no dudó en reconocer que España y su Ejército estaban atravesando una hora de máximo prestigio social para los tres Cuerpos Facultativos: Artillería, Ingenieros y Estado Mayor. Aunque su argumentación no fue del todo lógica y coherente, nos sirve como testimonio de su aprecio por el oficial que estudia la ciencia en la que, a juicio de Villamartín, se justifica cada uno de estos tres Cuerpos.

«La *geografía* y la *historia* es el estudio que domina, y esto nos da ingenieros y artillería, y la *estadística*, que olvidada desde los Césares, vuelve cuando vuelven los Estados, sirve de base a doctrinas estratégicas, eleva las marchas a la importancia que deben de tener y crea, por consiguiente, los Estados Mayores».

En realidad, con su canto a la estadística, ciencia del hombre de Estado, Villamartín revela su culto por la lógica gramatical. De *estadística* ha deducido Estado y de Estado, militarmente hablando, *Estado Mayor*. Es una postura más razonable que la de Vidart en su desesperado intento de apropiación de la clave cósmica que rige, entre otras cosas, a los ejércitos, por vía filosófico-naturalista.

Para Luis Vidart «la ciencia militar se fundamenta en la fisiología, la geología y la lingüística». Hay en Vidart una búsqueda de lo inmutable, de lo permanente, de lo universal en lo natural. No hay atención al hombre como un ser de conducta diferente a lo que contempla la geología como lo más firme de la naturaleza. Tanto lo corporal del hombre como su espíritu lo apoya Vidart, románticamente, en lo que el individuo no puede modificar, la biología y el idioma.

Para Villamartín la situación es más dramática y está menos determinanda por la ciencia cósmica. Quiere dejar a salvo la capacidad del hombre aislado para intervenir en la marcha de la humanidad hacia el progreso. Reconoce que «no hay profundo pensador que de la guerra haya escrito que no use las palabras Filosofía de la guerra, Metafísica de la guerra, Principios de la guerra, Ciencias Militares y otras que alejan de sí la idea de arte». Mas frente a ellos, Villamartín sostiene la posibilidad misma del arte de la guerra sin negar el carácter científico de algunas actividades de orden militar. Su obra es un intento de conciliación. Pero su contorno intelectual no le ayuda en absoluto para lograrlo.

Para Villamartín, como para Vidart, era científico «buscar la afirmación de principios permanentes y eternos, superiores al continuo mudar de los hechos históricos». Los dos están con la Naturaleza y enfrente de la Historia, a cuyos protagonistas prefieren verlos como seres limitados. Quieren que, por fin, se produzca el hallazgo del principio más verdadero y más seguro del «rayo de luz que atraviese el caos del saber humano», del «hecho primitivo que no sea producto de las fuerzas del hombre». «La guerra —escribe Villamartín— está en la naturaleza, es un hecho absoluto, es un efecto de una causa superior al hombre, consecuencia de un principio del Cosmos».

Vidart será más consecuente que Villamartín a la hora de abandonar las clásicas humanidades para sumergirse en los hallazgos de la ciencia positiva. Villamartín se sostendrá sobre el libro de la historia que el hombre ha trazado con sus pasiones, pero dejará escrita una frase terrible en su opúsculo *Napoleón III y la Academia de Ciencias*: «La filosofía de la historia es la filosofía de la guerra; porque la historia es la guerra».

Desde entonces, Villamartín va a proponerse que la guerra sea conocida como ciencia y no estudiada como arte. «La ciencia es una de las irradiaciones de la inteligencia infinita, faceta de ese inmenso brillante que se llama Filosofía». Y es de este trasplante kantiano de la filosofía desde el ámbito de las humanidades al de la ciencia de la naturaleza, de donde brota la descalificación que Luis Vidart hace, nada menos que de Clausewitz», «un escéptico que ha tomado una falsa dirección», en lo que Villamartín terminó acompañándole, con alguna reticencia.

La descalificación de Clausewitz procede de Luis Vidart, no de Villamartín. Escribe: «No conocemos más que por extractos y artículos críticos la célebre obra póstuma del general Clausewitz». Vidart, que descalifica a Clausewitz para encumbrar a Villamartín, quizá como escritor más claro, no tiene dificultades en presentarnos la reflexión de Villamartín como la obra de un artista. En el fondo, para Vidart, Clausewitz es un dubitante y Villamartín un iluminado. Pero ninguno de los dos hacen ciencia positiva.

«Villamartín tiene intuición filosófica..., adivina mucho más que sabe..., es un artista, que se remonta a las más encumbradas regiones de la metafísica. Coincide con la *Crítica de la Razón pura* de Kant y con la teoría de lo Incognoscible de Herbert Spencer, y se acerca a la síntesis de Hegel». La clave del entusiasmo de Vidart está en que Villamartín contempla a la guerra como una eterna lucha de

oposiciones, como un hecho natural y permanente, como algo previo a la voluntad humana. La clave de su condena de Clausewitz está en la historicidad del prusiano, es decir, en su insistencia en contemplar el cambio en la noción de guerra como el resultado de la dialéctica de las voluntades hostiles destacadas por la Revolución, en unos hombres y en un pueblo concreto.

Vidart, en 1883, juzga al pensamiento neokantiano como la última manifestación de la ciencia europea. Dentro de esta línea es donde se sitúa él mismo y donde sitúa al mejor Villamartín. Augusto Comte, como todos los neopositivistas, no podría haber hecho nada semejante con las *Nociones de Arte Militar*. Porque ni Vidart ni Villamartín, a su juicio, habían sabido superar el estadio metafísico, que sólo es posible si se excluye la visión militar de las cosas y se la sustituye por la visión comercial e industrial de los acontecimientos.

EL ORGANICISMO DE HERBERT SPENCER

Vidart, cuando se refiere a las ideas de Villamartín, da la impresión de que expone sus propias ideas. Pero está en lo cierto cuando señala que una de las direcciones del pensamiento de Villamartín tiene muchos elementos comunes con la sociología de Herbert Spencer. Aunque tenía más elementos de la sociología de Augusto Comte.

Spencer fue el primer estudioso, procedente del empirismo inglés, que aplicó los hallazgos del evolucionismo al estudio de las sociedades. Comte, antes que él, había desarrollado con fortuna una analogía entre individuo y sociedad. Spencer, introduciendo la variable evolutiva dentro de cada una de las especies —y poniendo el plural «sociedades» donde Comte quería ver sólo «la sociedad»— estableció el paralelo de esas sociedades con el organismo humano. Ambos se apoyaron en la idea de que los cambios culturales son lentos y continuos y ambos esperaron del progreso social una paulatina desaparición de las guerras y de la preponderancia de los militares en la dirección del Estado.

Villamartín —no es posible demostrarlo con la cita de documentos— parece conocer las teorías de uno y otro. En realidad oscila como analista del fenómeno guerra entre el individualismo anarquizante de Spencer y el colectivismo humanitario de Comte. Y como uno y otro, al margen de su íntima creencia religiosa, se acerca a la visión agnóstica de lo religioso como alumbramiento de una religión de la humanidad, cuando sigue a Comte, o como detenimiento ante lo Infinito Incognoscible, cuando acepta a Spencer.

Posiblemente el quicio de la influencia de Spencer en Villamartín esté en su lectura de *El organismo social* (obra de 1860). Spencer era ya muy conocido en los Estados Unidos desde 1850 y aunque sus grandes obras no llegaron a España traducidas hasta después de la muerte de Villamartín es fácil deducir que en Cuba pudo estudiar las correlaciones más llamativas del pensamiento claro, simple, eficaz de Spencer, que por las mismas fechas aportaba Darwin, con un lenguaje esencialmente militante.

Spencer ponía en relación la actividad militarista y la degradación de la mujer, la forma despótica de gobierno y el ceremonial complicado, el pacifismo social y el debilitamiento de las instituciones coactivas. En definitiva, Spencer había investigado la romántica creencia en la eficacia histórica de los grandes hombres y los presentaba no como árbitros de los acontecimientos sino como el producto de las fuerzas sociológicas.

Afirmaciones muy semejantes aparecen en la obra de Villamartín. Pero es necesario advertir que la presentación de los dos tipos más brillantes de la sociedad en la obra de Spencer, la sociedad *militar* y la *industrial* no fue, ni pudo serlo, conocida por Villamartín, pero sí por Luis Vidart. Cuando en 1860 Spencer desarrolle ese modelo de cambio como el más propio de las sociedades florecientes (y no decadentes) ya había defendido con calor una década antes la tesis de que el origen y el desarrollo de las organizaciones estatales había que buscarlo en la guerra. Y había añadido que las guerras se desencadenaban, principalmente, por razones económicas. Las consecuencias de esta hipótesis, transformada en ley de la historia, es lo que se conoce por darwinismo social. Lo que se percibe como idea dominante en todos los tratadistas militares de fines del siglo XIX es la combatividad.

Villamartín vivió en esa atmósfera, a la que hay que suponer impregnando sus lecturas, sus reuniones y sus reflexiones madrileñas. Hay que recordar que hasta 1879 no traducirá al español la obra de Spencer de 1862 *Los primeros principios*. Pero se puede deducir que todo ese modo de pensar, mostrado ya en numerosos artículos de más fácil difusión entre los emigrados del sexenio revolucionario y de los primeros años de la Restauración, era lugar común entre los españoles cultos. Sabemos que en 1883, fecha de la publicación de las *Obras Selectas*, de Villamartín, era Spencer elegido profesor honorario de la Institución Libre de Enseñanza, gracias a las activas gestiones de Vidart.

LAS IDEAS ESTRATEGICAS DEL MARISCAL MARMONT

Aunque los textos de Villamartín pueden darnos la impresión de que conocía la obra de Clausewitz, por el tono generalizador de alguna de sus afirmaciones, Luis Vidart nos ayuda a descartarlo. Estaba muy claro que los militares españoles desconocían los aforismos clasewitzianos, que sólo desde los años 1860-65 se empezaron a traducir al francés. Ni siquiera en Francia se disponía de la totalidad del tratado *De la Guerra*. Vidart, como los miembros del Cuerpo de Estado Mayor que tradujeron a Jomini dos años antes de la apertura de la Academia del Cuerpo de E. M. en Madrid (1842) escribía con seguridad que Clausewitz era un insolvente y que no valía la pena traducirlo desde el alemán, como se acababa de hacer con la obra de Willisen.

Esta ojeriza por Clausewitz provenía de la creciente influencia en los cenáculos españoles de las corrientes positivistas del francés Comte y evolucionistas del inglés Spencer. Hay en Villamartín —carente de experiencias de gran guerra y alejado de España durante la campaña africana de 1860— una timidez, quizá innata, por la emisión de juicios de valor sobre maniobras de estrategia operativa. Pero esta reserva es compatible con lo que Vidart llama intuición filosófica y que en realidad es un modo de reflexionar parejo al de Clausewitz y muy semejante al que tanto éxito tendría en Italia con Nicolás Marselli.

Villamartín, incluso como historiador, ignoraba las líneas maestras de la reforma militar prusiana, pero tenía alguna información sobre ellas. Para él, Moltke era un discípulo de Federico el Grande, no un alumno aventajado de Clausewitz. Como todos los militares cultos de 1863 —fecha de publicación de la obra fundamental de Villamartín— creía que el renacimiento militar prusiano estaba todavía preso por el ceremonial, la parada, el desfile y la disciplina en orden cerrado.

El medio siglo que siguió a la actuación del viejo y astuto Blücher en la batalla de Waterloo había sido de reposo militar para el nuevo ejército prusiano. En cambio, las confrontaciones de los Ejércitos de Inglaterra, Francia y Austria —en Europa y lejos de Europa— dejaban adivinar un mayor grado de eficacia en estos tres ejércitos. Para Villamartín estos tres ejércitos —sobre todo el francés doblado de metropolitano y colonial— eran la punta de vanguardia del progresismo militar. De aquí que la fácil comunicación del bonapartismo francés de Luis Napoleón con los militares

de Isabel II produjera en Villamartín una excelente opinión sobre los tres conocimientos típicos de aquel Cuerpo de Estado Mayor, la *historia*, la *geografía* y la *estadística*.

En los años de reflexión de Villamartín —entre su ascenso a Capitán en 1854 (por haberse adherido a la «vicalvarada») y su regreso con salud delicada de Cuba en 1861, cuando a través de unos destinos burocráticos toma contacto con el General Concha— la influencia del pensamiento militar francés no hizo más que crecer. Y en esta influencia, la obra que más hubo de llamar su atención debió de ser *El Espíritu de las Instituciones Militares* del Mariscal Marmont. Un libro de 264 páginas dividido en cuatro partes: Principios de estrategia y táctica; Organización de los ejércitos; Operaciones de guerra, y Filosofía de la guerra, en el que todo estaba muy claro.

Marmont, el hombre derrotado en Los Arapiles en 1812, encargado de la defensa de París en 1813 —la hora amarga de la primera abdicación de Napoleón —y sordo al llamamiento del Emperador durante los cien días, había sido sin embargo el mejor amigo de Napoleón desde sus días de Academia. Le había acompañado en veinte campañas y había logrado tal aprecio de sus condiciones que Napoleón nunca llevó muy lejos las reprimendas por sus últimas desgracias.

Hasta 1845 esperó Marmont —Monarquía burguesa de Luis Felipe— para hacer públicos sus pensamientos. Y el escándalo terminó produciéndose porque, aunque quiso explicar con pulcritud y sin resentimiento la razón de la decadencia del Emperador, nada le fue admitido por los fervientes admiradores del gran corso ni nada le fue aceptado por sus detractores.

Pero el tono mesurado y razonador de Marmont terminó imponiéndose en los años del Bajo Imperio de Napoleón III fuera de Francia. En síntesis, venía a decir que aquel gran talento estratégico se vio perturbado cada día más por la insuficiencia de su capacidad táctica, en razón a la escasa experiencia del joven Bonaparte en el mando de Unidades tipo brigada.

Un autor italiano muy importante, Nicolás Marselli, Coronel de Estado Mayor, en *La guerra y su historia*, traducida al español por Pedro Antonio Berenguer y Ballester, Ayudante de Profesor de la Academia General Militar de Toledo en 1884, se hacía eco de la valía de la obra de Marmont. Y encontraba notable la coincidencia de criterio de Marselli con Villamartín en punto tan esencial.

Y es que fue en plena polémica sobre la obra de Marmont donde se arraigó el esfuerzo publicista de Villamartín. Sus tres obras, *Las Nociones*, *Napoleón III* y *la Academia de Ciencias* y el folleto sobre *Historia de la Orden Militar de San Fernando*, se editan entre 1863 y 1865. La serie de artículos en *El Correo Militar*, la *Discusión* y *Fuerza Pública* ratifica que Villamartín mira a Francia —sobre todo al *Ensayo General de Táctica* de Guibert— y que acepta la distinción entre el talento estratégico y la capacidad táctica, que establecerá Marmont en su obra.

Hay en Villamartín un canto encendido —sin poner el nombre de Napoleón— a las cualidades del General en Jefe, que no lo mejora un romántico. Pero su pluma, en línea con la teoría de Comte sobre los tres estadios, desemboca en la tesis de que Napoleón —aquí sí que aparece el nombre— cierra la etapa del fre-roísmo individual y abre la de los pueblos que le vencieron finalmente, España y Rusia.

Villamartín oscila entre las imágenes que de Napoleón dieron Jomini y Marmont. Pero no por ello se empeña en la mejora de los procedimientos tácticos que de producirse hubieran hecho invencible a Napoleón. Esta línea de reflexión sería la del General Concha. Villamartín se eleva sobre el nivel más alto del arte militar, el conceptual. De aquí que la coincidencia de fecha, 1863, con la obra táctica más conocida del General Concha no se refleje en las *Nociones* de Villamartín.

Los dos libros están de acuerdo con la crítica de Marmont a Napoleón. Piensan que Napoleón tenía una impresionante capacidad de previsión y una voluntad de acero, pero que, ganado por la fatalidad del número, dejó de ser un táctico eficiente. Nunca había mandado unidades inferiores a un ejército de varias divisiones. «Siempre veía claro —dice— donde estaba el nudo de la batalla». Cada éxito le hizo mella porque pronto abandonó el gusto por las combinaciones elementales y se entregó sin flexibilidad al ataque directo, como en Waterloo.

Cuando escribe Villamartín, todavía no se había producido en Europa el asombro por las líneas de frente amplio que presentó Moltke en las dos guerras contra Austria y Francia. Pero ya se discute el fallo de las profundas columnas napoleónicas que tomó de un Guibert ajeno a las cifras de combatientes movilizados por la Revolución. En esto, Villamartín acepta las lecciones de Concha, veinte años más viejo y mucho más experimentado. Pero —y he

aquí una observación sorprendente— el binomio que se da como necesario: *General en Jefe y Jefe de Estado Mayor*, aparece Villamartín con las edades invertidas. El joven cuyos impulsos hay que moderar es el General en Jefe y el veterano capaz de añadir reflexión a unas decisiones que se estiman precipitadas, es el Jefe de E. M.

EL CONTRASTE CON LA TACTICA DEL GENERAL CONCHA

Ser continuador de la crítica de Marmont era, en definitiva, tener la obligación de cuidarse de los problemas tácticos de ejecución. Es lo que ocupa más líneas y capítulos en uno de los cuatro libros del trabajo de Marmont. Es también la clave del esfuerzo creador del General Concha. Incluso Moltke, aparentemente, iría por el mismo camino. La resurrección de las *líneas* de Federico de Prusia frente a las profundas *columnas* napoleónicas, acabaría convirtiéndose en el vértice de coincidencia de todos los tratadistas. En la obra de Villamartín la huella es fácilmente perceptible; pero no se desarrolla.

En Concha la decisión a favor de lo táctico fue irresistible. En el mismo 1863 publica *Táctica de Infantería. Instrucción de Brigada o regimiento*, siendo ya Capitán General de Ejército. Nada dice sobre Grandes Unidades a nivel de División, aunque sabe que en los planes de guerra y campaña reaparecerán esas Grandes Unidades esenciales en la concepción napoleónica de la guerra. En este punto el joven Capitán Villamartín será más audaz.

En definitiva, Villamartín, al describir su idea de lo que tenía que ser un Jefe de Estado Mayor daría por sentado algo asombroso para el militar de los tiempos modernos. Un militar dotado de juventud puede ser el General en Jefe. Por eso hay que moderar sus impulsos y hay que colocarle a su lado un veterano Jefe de Estado Mayor que añada reflexión a sus decisiones, en principio, precipitadas.

El General Concha se mantuvo en su postura, ya pública desde el Proyecto de Reforma de la táctica de Brigada y Regimiento de 1852, hasta su muerte en 1874. Era una postura defendida en Francia por Luis Felipe de Orleans y por su más habitual Ministro de la Guerra, el Mariscal Sault, hacia 1848. La política de equilibrio de la Santa Alianza había dejado la herencia de la limitación de efectivos durante la paz. Y en esta estela la España de Isabel II, liquidada la guerra carlista y todavía al margen de la expedición a

Tetuán de 1860, los Generales españoles como Concha se empeñaban en un saber práctico que nada tenía que ver con el razonamiento estratégico, propugnado por Villamartín.

Villamartín actúa como escritor desde una perspectiva crítica a esa doctrina que le parece corta. Contempla a los ejércitos desde una filosofía de la Historia. Su hazaña intelectual consiste en la realización de una marcha paralela entre la evolución de la sociedad en su conjunto y el cambio cualitativo de los ejércitos. En realidad Villamartín había iniciado, junto a Comte y Spencer, otra doctrina a favor de los ejércitos de masas desde los postulados del idealismo hegeliano —culto al héroe— hacia el historicismo naturalista —culto al pueblo—. Ve la guerra en la naturaleza de las cosas, como Darwin. Por eso produce la impresión de creer a ojos ciegos en la inexorable ley de la lucha para la supervivencia de las especies. Pero, como tantos otros historicistas de la primera hora, hará de cada una de las historias nacionales una marcha distinta y específica hacia el progreso. De aquí su nacionalismo apasionado y su queja por el desprecio que en los libros de estrategia, como los de Jomini, se hace a la tradición de los tratadistas militares españoles.

El General Concha será mucho más pragmático. Se sentirá responsable de los resultados concretos en el operar de las Unidades a su orden. En las *Consideraciones y principios generales para la reforma de la táctica de Brigada y Regimiento*, con las que precede su libro de 1863 —poseo el manuscrito muy bien encuadernado que dedicó a S.M. el Rey— la filosofía brilla por su ausencia. Todo es experiencia de resultados:

La perfección que han adquirido las armas de fuego en su precisión y alcance impedirán en lo sucesivo manobrar en las batallas fuera de su esfera de acción... el que trate de eludir esta nueva ley de la guerra, tendrá que tomar sus disposiciones tan lejos de su adversario que casi siempre podrá éste contrariarlas.

Tras citar a Guibert en otra consideración y añadir la confirmación de un buen número de batallas napoleónicas a favor de la permanencia en columna de marcha el mayor tiempo posible llegará a esta clarísima determinación de su doctrina de empleo táctico:

— La artillería alcanza hoy media hora de marcha y la fusilería diez minutos.

- Los ferrocarriles y el aumento constante de vías de comunicación harán más frecuentes las batallas de encuentro... que aconsejan la adopción del orden de escalones, que es un despliegue empezado y no concluido.
- Es indispensable que la infantería pueda moverse en todos los sentidos dentro de la acción del fuego. Allí donde tomó parte nuestra veterana infantería acostumbrada a batirse en línea arrancó la victoria o disputó bien el terreno.
- En España hay más terreno que en ningún otro país de Europa en el que se puede maniobrar sin obstáculo alguno.
- Varios cuadros escalonados —mejor que grandes cuadros— proporcionan fuegos cruzados y dejan intervalos en que colocar la artillería, la caballería, el E. M. y los bagages.
- Hay grandes ventajas en las columnas de poco fondo. Se puede unir el ataque a la bayoneta con el fuego.
- Es imposible establecer como regla para las batallas una serie de evoluciones y maniobras combinadas anticipadamente.
- En el actual sistema de guerra el combate suele depender de los generales de división o brigada.
- Las órdenes de combate han de ser siempre varias según la calidad de las tropas, sus armas y las condiciones del terreno. El verdadero objeto de la ciencia militar consiste en enseñar los distintos medios de sacar partido de cada uno de los muchos accidentes que en la guerra pueden presentarse.

El contraste entre esta síntesis del pensamiento del General Concha (que había de morir de impacto directo de bala en Muru-Muru, a pocos kilómetros de Estella, meses antes del pronunciamiento de Sagunto de 1874), con las ideas de Villamartín se produce por una curiosa inversión entre los dos niveles de reflexión. El Capitán General es un táctico que se asoma discretamente al ámbito de la estrategia operativa. El Capitán de Infantería es un experto en política de defensa que se resiste al descenso al nivel donde se toman las más altas decisiones militares.

Y es posible que la ambición del malogrado Villamartín fuera no tanto la conducción de un gran ejército, sino la discreta, pero lúcida participación en la toma de decisiones de un joven General que le llevará de Ayudante o de Jefe de Estado Mayor.

SEGUNDO COLOQUIO

Villamartín en el pensamiento
y en la acción

EL DILEMA MORAL DE VILLAMARTIN

Por Miguel CUARTERO LARREA
General de Brigada de Artillería (DEM)

La vida de Villamartín y su obra se prestan al examen desde muy diversos puntos de vista, tanto en su aspecto filosófico como por sus conclusiones de tratadista militar, y asimismo como psicólogo, historiador, literato o periodista; pero desde nuestra observación se ha preferido analizar las circunstancias humanas y morales que pesaron en su ánimo y grabaron con marcada preponderancia su espíritu, en la actitud y decisiones que adoptó ante los acontecimientos que le tocó vivir.

«Dilema moral» es el título y tema de este comentario y en él ha de pesar extraordinariamente el hecho tan conocido y tantas veces comentado de su actuación en la batalla de Alcolea, cuando hallándose de ayudante del General en Jefe, Marqués de Novaliches, su concepto de disciplina le hace mantenerse a su lado con plena fidelidad, no sólo en la actitud leal de quien acepta una situación de obligada obediencia, sino en la plenitud de entrega profesional, como señalaban las viejas Ordenanzas Militares, «... porque limitarse a cumplir con la obligación, sin que la propia voluntad adelante cosa alguna vale muy poco para el servicio», y esto, cuando sus criterios personales estaban ideológicamente más cerca de los que sustentaban sus adversarios de aquel día.

Por su relación con determinados políticos de su tiempo (Pi y Margall) algunos biógrafos le atribuyen un ideario republicano y otros quieren ver en su actitud y publicaciones un sentimiento político vinculado al posterior socialismo; pero en su caso responden más a una interpretación de la vivencia hispánica de su tiempo, y de alguna manera en su supuesto federalismo para Villamartín pesa en alto grado su valoración en la defensa bélica, «El sistema

federal —dice— ya sea la forma política de un país, ya un accidente producido por un rompimiento súbito del Estado es el más a propósito para la resistencia... La ocupación de España en paz por los franceses como aliados, fue funesta a éstos el día en que se rompió la lucha, porque sin gobierno y sin vida política, la Nación hecha pedazos se aprestó a la defensa, no obedeciendo a un impulso de una fuerza central que, anulada, hubiera comprometido el éxito, sino al impulso de cien fuerzas de distinto centro, que era preciso dominar una a una y todas juntas». En todo caso, su actitud refleja el convencimiento político y realista de la necesidad de una progresividad hacia el futuro.

Sin embargo, su norma de conducta asociada al sentimiento que con motivo de la muerte de su hija, expresa en la carta a un amigo «... no era feliz, pero creía serlo...», refleja la lamentación de algo espiritual que de modo inconsciente ocupa toda su vida, y que en esencia es el efecto de insatisfacción del medio que le rodea, y del problema de incompreensión que sufre cuando se lamenta de no haber encontrado apoyo para la difusión de sus trabajos, y más aún la tristeza de que la concesión de la Cruz de la Orden de Carlos III, se deba al impulso y reconocimiento de autoridades extranjeras.

¿Pero esta situación y sentimientos, son una consecuencia que corresponde sólo a un estado de ánimo personal y particular o trasciende también al ambiente que le rodea, y en qué grado han de interpretarse como reacción hacia los entornos civil y militar? Sus dos primeros ascensos los obtiene rápidamente: el de Teniente como consecuencia de la gracia general concedida por los sucesos de 1854, y el de Capitán por méritos de guerra, defendiendo valerosamente, en julio de 1856, el cuartel de San Pablo, con sólo veinte soldados y en cuya acción resultó herido. Pero los dos se debían a choques en lucha revolucionaria, que con tanta frecuencia se repetirán en la época en que vive y en la que alcanzan gran protagonismos muchos jefes militares, que lograron el rápido avance en sus empleos en acciones militares de la campaña carlista.

A un hombre estudioso que analiza en profundidad todos los acontecimientos políticos y sociales de su tiempo y que con visión amplia durante su destino en Cuba, desde la lejanía de su circunstancial observatorio, tiene la intuición de lo que han de ser las futuras contiendas militares... «... La guerra del porvenir presentará lo que todavía no se ha visto, grandes desembarcos; y la lucha entre los dos continentes, necesaria para cumplir los destinos de

las nacionalidades modernas, y para poner en armonía los intereses de los dos mundos...», no le satisface la conducción y la forma en que los Gobiernos y los mandos responsables que se suceden observan las amenazas interiores y exteriores a su Patria, a la que quiere intensamente, considerando que se pierden inútilmente empeñados en conflictos y planteamientos locales que ni política, ni orgánicamente pueden ser resolutivos ni clarificadores para el futuro.

Esta visión amplia, le hace comprender tanto ideológica como científicamente, que la solución de los problemas ha de ser a la vez social, económica, cultural y educativa, lo que ahora llamaríamos global, y que no puede culminarse con la sola improvisación. En la España de entonces, se intentan resolver los problemas con fórmulas simplistas y románticas, que buscan la solución en el recurso de la continuidad conceptual de los métodos guerrilleros de la lucha de independencia o del carlismo y que de modo inconsciente se reflejan en los ambientes políticos y militares del país.

En plena época de la improvisación romántica, Villamartín, aunque de sensibilidad romántica por su espíritu de generosidad y compañerismo en su trato humano, lo mismo con superiores que inferiores, es profundamente clásico en las fórmulas y maneras de llevar a cabo su trabajo y recordando el ejemplo francés expresa «... a medida que el Estado (Francia) recobraba su perdida calma, se crearon escuelas militares que, como la Politécnica, han dado tanta gloria, y que han destruido para siempre el error funesto de que para la guerra no se necesita ciencia, sino fortuna y valor». Por eso propugna como necesaria la enseñanza y alcance de una verdadera Ciencia Militar, y la continuidad en la planificación y propósitos de unos ejércitos que no pueden alcanzarse con tropas de milicias y voluntarios circunstanciales, sino con ejércitos organizados con carácter permanente.

Pero esta aspiración choca con los hábitos heredados de un ambiente pasado pero muy cercano a su tiempo. En la formación y actividad de las guerrillas los ejemplos históricos reflejaron la exigencia del valor personal hasta el grado heróico, pero al llevar a cabo sus acciones, la ejecución adoptaba fórmulas elementales de lucha, que no precisaban ni táctica, ni mucho menos logísticamente, de gran preparación para mantenerse defensivamente en la táctica de destrucción, practicando en bastantes casos lo que después se ha llamado la táctica de «tierra quemada».

En casi todos los empeños no se intentaba resolver una situación definitiva, sino simplemente obstruir y esa misma facilidad en el éxito, con la que bastantes guerrilleros alcanzaron en sus empeños altos grados militares, hizo por otro lado que los menos afortunados no buscasen la solución diaria de sus vidas en el trabajo, al que les costaba mucho volver al llegar la paz, sino en los impulsos de la violencia. Y así surgió algo que, hablando con términos de hoy, sería el «síndrome de la guerrilla», y que habría de pesar ya a lo largo de toda nuestra historia del siglo XIX.

Son pocos los que entonces comprenden que aquel camino no puede llevar a la solución de ningún problema nacional, y para aclarar estos conceptos, escribe Villamartín su obra sobre arte militar, que modestamente titula *Nociones*, y que resultan de mucha mayor amplitud, porque sus conceptos, aunque los dedique al ámbito castrense, son de alcance general; son más que un Tratado de Estrategia, Táctica o Historia Militar, con extensión filosófica y orgánica y con lenguaje claro y asequible enseña la trascendencia de una planificación, del método y de la moderna concepción de las operaciones militares. Allí explica, adelantándose a su tiempo, lo que un siglo más tarde se entendería por Política de Defensa, pero choca con el rechazo y la incomprensión de cuantos en su entorno, y esto lo mismo militares que civiles, parecen vivir absorbidos por los problemas de una rutinaria contingencia diaria.

Es una reacción ambiental que se retrata en algún comentario de sus biógrafos al narrar la incorporación de Villamartín a su Regimiento en Granada y en las alusiones a la irónica expresión «no estudies» con que lo reciben en su unidad «... porque no te valdrá para nada si careces de apoyos en Madrid y tampoco si los tienes, porque en ese caso no te hará falta estudiar».

Villamartín, que en lenguaje moderno se diría que es un prospectivo, se torna triste más que escéptico, pero nunca amargado —lo que es muy importante— porque sus conceptos ideológicos de progresismo en lo social y político están asociados a un sentimiento religioso que le inducen a expresar la frase aludida al comienzo de este comentario «no era feliz, pero creía serlo...».

Al interpretar las causas que habían llevado a la generalización de aquel triste ambiente, llega a la conclusión de que fueron consecuencia de los reflejos psicológicos arrastrados desde las guerras civiles, en las que el individualismo llega a quebrantar la disciplina que, para Villamartín «es el escrupuloso respeto a las leyes y regla-

mentos; el respeto al ciudadano, a la propiedad, el aprecio de sí mismo, los buenos modales, la aversión a los vicios, la puntualidad en el servicio, la exactitud en la obediencia...».

Pero en la época postguerrillera todos se consideraban en condiciones de llegar a todo, y así se acusa un «provincialismo en la paz», sin que se aprecie ninguna acción exterior que aglutine a los españoles, lo que lleva consigo la falta de convivencia porque todos son competidores.

Analizando el fenómeno guerra, estima polemológicamente que es efecto de la Naturaleza, pero señalando que en las luchas civiles se quebrantan más que en ningún otro caso los derechos humanos, lo que en el ejemplo hispánico deshace socialmente los vínculos no sólo locales, sino incluso familiares, y acaba con la pregunta: «¿Es lo mismo tener al enemigo enfrente, que tenerle sentado a la misma mesa?».

En este marco, los casos de fracaso fomentan un sentimiento de incompreensión colectiva que empuja hacia el exilio, creando como consecuencia el «revanchismo», que es totalmente contrario al sentimiento aglutinador que, ya sean vencedores o vencidos, se percibe en los pueblos que han sostenido alguna contienda de carácter nacional con el exterior.

Y este fenómeno del «exilio», al margen de las ideologías, llega a reflejarse en las conductas políticas de unos y otros, acusándose de modo pendular a lo largo de más de siglo y medio.

Resulta curioso que por circunstancias diferentes, existe otro personaje, también español y militar, escritor como Villamartín, del que se celebró el pasado año el segundo centenario de su muerte, y que también sintió las consecuencias de algún problema o dilema moral semejante y que valdría recordar en esta ocasión.

Se trata de Cadalso, vivió en pleno siglo XVIII, se le considera literariamente como un prerromántico, y aunque en reflejos personales de las «Noches Lúgubres», pueda asignársele aquel sentimiento, en el resto de su obra y por su actitud, ideológica y conceptualmente resulta auténticamente clasista. Como Villamartín, quiere a España, pero ve que las soluciones que se adoptan, pese al movimiento enciclopedista y al interés científico de la época, los políticos miran más hacia el pasado y están muy lejos de las decisiones estudiadas que habrían que aplicar. Es entusiasta de la profesión militar y del Ejército, al que se entrega plenamente hasta

dar su vida en el sitio de Gibraltar, pero no comparte la conducta pasiva que estima abúlica de sus compañeros, hacia los que, pese a ello, siente verdadero afecto, pero de los que es incomprendido, lamentándose como Villamartín de la carencia de alguna visión de progreso y modernización.

A ambos habría que considerarlos con mentalidad universal. Los dos, aunque por circunstancias diferentes, tienen oportunidad de salir al extranjero y pueden apreciar desde allí, contrastes y comparaciones; adquieren conocimientos de idiomas y ven los problemas con visión general; quieren a su Patria, pero sin cerrazón «celtibérica»; los dos comprenden la necesidad del estudio y del perfeccionamiento técnico y profesional, y el resultado de su preparación lo acreditan uno con el General Ricardo, que luégo será el militar español más destacado de su tiempo, por la forma de conducir la Campaña del Rosellón, y otro cerca del Marqués del Duero, al que parece ayudó Villamartín mientras escribía su *Tratado de Táctica*, y que después muere durante la Segunda Guerra Carlista.

Si el primero critica la sociedad de su tiempo en *Los eruditos a la violeta*, y llega a decir al referirse a lo militar «... en los ejércitos muy lucidos y simétricos, su efectividad resulta dudosa por el peso de las pasiones y estar mandados por Generales en los que la capacidad es menos de lo que se requiere...», también Villamartín, comenta y analiza los efectos similares de mandos improvisados o que llegan demasiado rápidamente a las máximas jerarquías, porque sin ignorar sus méritos, algunos alcanzaron los puestos de máxima responsabilidad sin suficiente experiencia y práctica. Habría que recordar a este respecto que casi todos los mandos relevantes de su tiempo llegaron al generalato en la tercera década de su edad, cualidad que no podría negarse al genio napoleónico, pero sí a la multiplicación de casos, porque como apunta el matemático Poincare en sus teorías sobre el azar, un genio sólo tiene probabilidad de producirse cada quinientos años.

Este fenómeno de avidez de mando, tanto en el marco civil como en el militar, se ha dado en España con bastante frecuencia en todos los ámbitos y sectores de la sociedad, olvidando algo que Ortega y Gasset señalaba al decir que en el proceso de las generaciones se dan normalmente en la vida humana, tres períodos de formación; de estudio y aprendizaje primero, después de práctica de los conocimientos adquiridos y finalmente del ejercicio de la facultad de mando, dirección y responsabilidad de sus empeños;

tres períodos que, independientemente del momento de iniciación del primero, suelen tener cada uno la duración aproximada de quince años.

Tal vez por el quebranto de este proceso en sus respectivos períodos, Cadalso y Villamartín buscaron el desahogo de sus fracasados empeños intelectuales en la amistad y compañía literaria, de Meléndez Valdés uno y de Núñez de Arce el otro. Curiosamente, los dos amigos aunque por distintas causas sienten también las quiebras de sus posiciones y actitudes; aquél está a punto de ser fusilado en la Guerra de Independencia, y el otro, pese a los puestos políticos que llega a alcanzar se siente pesimista, y en algún poema como «El vértigo» se refleja de lejos el retrato de una lucha familiar fratricida y violenta, como si acusara toda la pesadumbre del caminar del mundo, que en algún momento estima que lo llevará al caos.

El fracaso de estas situaciones lo retrata de modo terminante Villamartín en sus «Bases de la Organización», con estos términos: «Un país donde no hay hábitos de guerra, costumbres y leyes militares siempre conocidas y siempre en vigor; hombres que hayan consagrado a las armas su vida e inteligencia; si se ve precisado a levantar un ejército, además de luchar con las dificultades que brotan del peligro mismo, que crece de momento en momento, sin obstáculo en su camino, se halla con elementos heterogéneos y extraños a la milicia... Allí van en tropel hombres valientes tal vez, buenos conocedores de las armas, pero acostumbrados en su moral y en su naturaleza física a la libertad civil, se amoldan difícil y penosamente a deberes militares..., la austeridad y obediencia no pueden ser aceptadas de buen grado por estos hombres que ven el Ejército como una institución transitoria..., de aquí la indisciplina». Y después sigue: «pervertido el Ejército, las filas se nutren de aventureros, la hez de los ciudadanos toma las armas para buscar en los disturbios de la guerra, lo que la paz no puede darles; así se consigue la fuerza pública la más cara, la más desmoralizada, la más débil ante el enemigo..., la que menos cumple con el derecho de gentes, y lo que es peor de todo, nutrida de hombres que a toda costa quieren que la guerra siga, y se hallan decididos si termina a lanzarse a bandas criminales... He aquí un país envuelto en guerras crueles, sin objeto ni razón..., víctimas del brutal militarismo de los ejércitos temporales».

Realmente a lo largo del tiempo muchos tratadistas y pensa-

dores españoles, se han referido a esta actitud destructora en algunas guerras, y así Menéndez Pelayo comentando algunos aspectos de la Primera Guerra Carlista señalaba que «... desde la matanza de frailes, la guerra civil creció en intensidad y fue como la guerra de tribus salvajes lanzadas al campo de las primitivas edades de la Historia, guerra de exterminio y de represalias feroces».

Y en su obra sobre «El ejército español en el siglo XIX», también Fernández Basterreche comenta: «en 1834 un Capitán de Zumalacárregui alanceó a quinientos prisioneros... y el infame fusilamiento por los liberales de la madre de Cabrera, fue contestado con la ejecución por parte carlista de treinta mujeres.

Pero este fenómeno de agresividad, rebasa el ambiente puramente militar y penetra de modo general en toda la sociedad civil de aquella época. Posiblemente nadie lo ha retratado mejor que Pérez Galdós en la serie de Episodios Nacionales, en un pasaje de «Los apostólicos», cuando se enfrentan en una discusión dos personas, apostólico uno y liberal otro, que en sus actitudes políticas y en la formulación de sus criterios, reflejaban el radicalismo de los antagonismos ideológicos de los partidos.

Y así se manifiesta el liberal: «... he perdido todas las ilusiones. He vivido mucho tiempo en España en medio de las tempestades de los partidos victoriosos y mucho tiempo también en el extranjero, en medio del despecho de los españoles vencidos y desterrados. La experiencia me ha hecho ver, que son igualmente estériles los gobiernos que persiguen defendiéndose y los bandos que atacan conspirando... España tiene hoy la controversia en los labios; una aspiración vaga en la mente; cierto instinto ciego de mudanza, pero el despotismo está en su corazón y en sus venas... He visto hombres que han predicado con elocuencia las ideas liberales, que con ellas han hecho revoluciones y con ellas han gobernado. Pues bien, éstos han sido en todos sus actos déspotas insufribles... Aquí es déspota el ministro liberal; déspota el empleado, el portero y el miliciano nacional; el tiranuelo, el periodista, el muñidor de elecciones y el que grita en las calles himnos y bravatas patrióticas... La idea de libertad modificó algo las inteligencias..., pero, ¡hay!, los corazones siguen perteneciendo al absolutismo que los crió. Mientras no se modifiquen los sentimientos, mientras la envidia, que aquí es como una segunda naturaleza, no ceda su puesto al respeto mutuo no habrá libertades...».

Y al final termina: «... una ley ineludible arrastrará mal de su grado a España por el camino que ha tomado la civilización...» Seguramente andará a trompicones, cayendo y levantándose a cada paso, pero andará. El absolutismo es una imposibilidad y el liberalismo una dificultad. A lo difícil me atengo, rechazando lo imposible. Pero hemos de pasar un siglo de tentativas, ensayos, dolores y convulsiones terribles... ¡Un siglo!, y esta es la causa de mi tristeza.

Esto lo escribió Galdós en 1879, y al retratar la historia ambiental de la época, parece que sin nombrarlo retrataba también el «dilema moral» de Villamartín.

En el arte pictórico, se plasma muchas veces un espíritu y una época, y en este caso habría que pensar si en la mente de Villamartín se hacían imposibles y contrastaban, la elegancia española del vencedor en la rendición de Breda, con el amargor violento del fusilamiento de Torrijos.

Ha pasado un siglo desde la muerte de Villamartín y de la lamentación galdosiana, y no sólo para la Historia, sino también mirando hacia el futuro, habría que meditar en qué grado aquellos supuestos y las ideas que mostró nuestro tratadista perviven a lo largo del tiempo.

* * *

LA ETICA MILITAR DE VILLAMARTIN

Por Federico TRILLO-FIGUEROA MARTINEZ CONDE
Capitán Auditor de la Armada
Letrado del Consejo de Estado

PLANTEAMIENTO

Si todo estudio ha de empezar clarificando previamente sus objetivos y su metodología, en este caso es, además, un obligado tributo al rasgo quizá más característico de la *voluntad de estilo* de Villamartín: su esfuerzo por el orden, por el sistema, por el método.

Diré, de entrada, que al elegir la ética militar como tema de trabajo, he pretendido a su través profundizar al tiempo en la obra viva y en el corazón dormido de mi ilustre paisano. Y siendo el tema de la moral militar tan propicio a *confundir las voces con los ecos*, ha sido mi propósito distinguir de entre las voces tan sólo y sin prejuicios, la voz auténtica de Villamartín.

Me habría facilitado esa interpretación auténtica, el que entre las «Definiciones» con que nuestro autor encabeza sus *Nociones de Arte Militar*, figuraran las de ética, moral y virtudes militares. No ha sido así, y este hueco —explicable, quizá hasta conveniente— me fuerza aún más a buscar la metodología idónea para mi objetivo.

Max Scheler demostró que no era posible comprender el sentido de los valores fuera de la experiencia vivida. Otros se han encargado de estudiar en la experiencia *vital* de Villamartín, su «dilema moral». Mi marco fenomenológico se reduce, pues, a su propia obra: Pero, eso sí, a la *totalidad de su obra* (tan necesitada, por demás, de una edición crítica integral). No podía limitarme a analizar

asépticamente el específico Capítulo III de las Nociones dedicado a la «Moral Militar». Porque, con ser obviamente la fuente capital, me reduciría a lo meramente expositivo, y me desviaría así de la perspectiva integral. De ahí que haya concentrado mi estudio en la Etica militar, que abarca desde luego la moral, pero que, al ser más amplio continente, permite una visión fenomenológica, no sólo de la moral militar y sus virtudes específicas, sino, además, del juego de éstas, de sus antecedentes y consecuencias axiológicas, en la obra toda de Villamartín.

AXIOLOGIA GENERAL EN LA OBRA DE VILLAMARTIN

Con ese planteamiento inicial, se hace preciso profundizar, en primer término, en la concepción ética general de Villamartín a través de su obra. Sólo fijando previamente la constelación de valores superiores de orden general que inspiraron a nuestro autor, podemos emprender luego, con sentido crítico, el análisis específico de su moral militar, y verificar si constituye en su obra un todo trabado y homogéneo.

Esta labor, tendente a captar fenomenológicamente los valores capitales que forjaron la conciencia emocional de Villamartín, resulta especialmente adecuada a la propia concepción total que el autor tuvo de la integridad de su obra. Porque, precisamente como corolario de su afán sistematizador, se desprende el sentido de totalidad, de unidad, de su obra. Y este sentido, permite extraer los perfiles de su sistema de valores, de su «cosmovisión». Si todo valor consiste en la no indiferencia, es decir, en la capacidad para sacarnos de la indiferencia, por referencia positiva o negativa (Ortega), pretendo extraer de la obra de Villamartín los ejes diamantinos que nos proporcionen las coordenadas de su axiología; por referencia a tres puntos capitales: su actitud intelectual, religiosa y política.

Actitud intelectual

A la ausencia de fuentes directas que nos permitieran averiguar la formación intelectual de Villamartín, se une la resistencia del autor para ubicarse en una determinada escuela de pensamiento. El carácter proteico de su obra, y aún de su estilo, han permitido calificaciones realmente antitéticas: para unos se trata de un ro-

mántico; para otros de un evolucionista positivista. Ante tal disparidad, he creído conveniente, a nuestros efectos, buscar algunas claves de su pensamiento, que nos permitan esclarecer su auténtica opción intelectual.

Entre estas claves la primera radica en su concepción de la Historia. Para mí, digámoslo de entrada, la concepción histórica de Villamartín se basa en el idealismo alemán, y más concretamente en Hegel. Esta afirmación que ya hizo en su día Vidart como de pasada, quizá intuitivamente, tiene, a mi parecer, serios fundamentos.

En primer término, nos encontramos con una visión de la *Historia como proceso total*, fuera de cualquier concepción lineal o simplemente cronológica, hasta entonces más comunes. Como para el maestro de Stuttgart, para Villamartín la Historia es un proceso que se integra por la interacción de los diversos factores de la realidad: económicos, religiosos, sociales y culturales. Es más, el devenir histórico es en Villamartín un devenir que hasta cierto punto podría considerarse como *dialéctico*: piénsese en su concepción de la guerra, en la que sitúa el motor mismo de la Historia. «... Suprimidla, y el equilibrio de las fuerzas sociales desaparece, porque habréis suprimido el flujo y reflujo del océano político, *la compensación de principios opuestos*, las transacciones entre los intereses humanos, y esto es lo que constituye la sociedad... Nada, absolutamente nada, es gradual y suave; todo desciende o sube a saltos; *todo vive por la acción y reacción repetida*».

¿Qué es esto sino aquel progreso de la Historia a partir de la lucha entre los contrarios que va desde Heráclito a la dialéctica hegeliana? Desde esta perspectiva adquiere luz la cita de Marx en la que el Teniente Coronel Alonso Baquer ve una reminiscencia de Villamartín, pues ¿acaso no tomó Marx su concepción dialéctica de la Historia del propio Hegel? Hasta aquí los razonamientos serían también aplicables a las doctrinas de Spencer o Comte. Pero hay algo más, que a mí me parece definitivo: la presencia del Espíritu en la Historia. Si para el autor de la Fenomenología del Espíritu, la Historia es el proceso de realización dialéctica de éste, también para Villamartín el proceso histórico movido por la guerra, *es civilizador, realización progresiva de la justicia y la razón*. Y, en fin, si para Hegel el Espíritu, en su realización histórica, vaga de país en país y se sitúa en cada época sobre los hombros de un pueblo para su realización, también para Villamartín *hay en todos los siglos un pueblo que lleva la bandera de la civilización*.

¿Conoció Villamartín directamente la obra de Hegel? Es hipotizable, pero me inclino a pensar que no. Hubo, si acaso, un contacto indirecto sintético y vulgarizado de su Filosofía de la Historia. ¿Cómo? Posiblemente a través de Pi y Margall, con quien mantuvo una importante relación intelectual. Alberto Colao, en su monumental estudio de Villamartín, señala afinidades fundamentales entre aquél y el autor de las Nacionalidades, destacando un párrafo de esta última obra que recuerda claramente la concepción que analizamos en Villamartín. Pues bien, no es aventurado pensar que fue en sus contactos con el que fuera luego segundo Presidente de la Primera República —y tal vez con los que mantuviera con otro cartagenero de la época, Fernando Garrido— a través de quienes Villamartín afianzó su concepción dialéctica de la Historia.

Esta tesis, no pretende ser incompatible radicalmente con aquella que señala la influencia de Spencer y Compte sobre Villamartín. Pues entiendo que nuestro autor tuvo un conocimiento indirecto de lo que hay de común en el pensamiento de estos autores, y de otros de la época, en relación a la Historia como proceso de realización progresiva de la civilización. Pero en cualquier caso, y retomando el hilo de nuestra reflexión principal, llegaríamos a una primera conclusión respecto del pensamiento de Villamartín; era *historicista*, veía la civilización como un logro de la lucha de los contrarios, veía la razón como una consecución progresiva de la Historia.

Intrínsecamente relacionada con su visión histórica está su teoría de la guerra, que constituye la otra clave sustancial de su actitud intelectual. No voy a insistir aquí en la caracterización detallada de la guerra en Villamartín, que otros se han encargado de estudiar específicamente. Me interesa solamente recordar algunos rasgos trascendentes a nuestros efectos. Villamartín parte en la tradición realista de la filosofía de la guerra que culmina en Hobbes, al considerarla un fenómeno natural y universal: «la guerra es un fenómeno natural a la vez que social; aparece con el hombre, germina en la familia, crece con la tribu, y llega a su apogeo en la Nación..., está en la naturaleza, porque está en el modo de ser del hombre; y está en la sociedad porque está en el modo de ser de los pueblos: es un hecho absoluto, el efecto de una causa superior al hombre, consecuencia de un principio del cosmos».

Pero este carácter natural de la guerra, tiene un *sentido finalista*, a través del cual introduce un elemento axiológico *positivo*, lejano absolutamente a la negatividad que la guerra tenía en la tra-

dición mencionada, y que engarza plenamente con su concepción idealista del hombre y de la Historia.

Porque, lejos de un pesimismo antropológico, la lucha individual tiene para Villamartín un sentido positivo: «el hombre... necesita también para satisfacer sus deseos, de la lucha como único medio de vida. Corta los árboles, despedaza las rocas, mata los animales; así se proporciona albergue, vestidos, alimentos; y de día en día más altivo señor de la creación cumple esa ley de progreso sin fin que le distingue de los demás seres siempre estacionados».

Y el mismo sentido positivo tiene la guerra, como hemos visto, para el progreso de la sociedad en la Historia: «hemos visto realizarse el progreso con las guerras y por ellas; hemos visto satisfacerse por este medio todas las aspiraciones humanas, recibir sanción de sangre todas las ideas, y amoldarse la guerra, sin que el hombre lo supiera, a lo que de ella exigía esa ley del progreso».

Hemos de concluir, entonces, que los valores intelectuales de nuestro autor, parten de una concepción realista, cual es la de considerar la lucha como motor del progreso humano y social, pero este *polemocentrismo* se pone al servicio de la realización histórica del progreso y de la razón.

Actitud religiosa

Hasta aquí, hemos encontrado un Villamartín con un claro contenido valorativo que conjuga el realismo con el idealismo y que, por medio de la lucha y de la guerra, entiende el avance de la historia. Pero con esto, nuestro autor no pasaría de ser un positivista, al estilo de la concepción evolutiva de los tres estadios de Comte tendentes a la realización de un progreso neutral en sí mismo, vacío de contenido ético trascendente. O quedaría, si se prefiere, como un idealista en el sentido germánico, creyente tan solo en la realización dialéctica en la Historia, de un espíritu vaporoso e imanente. Y sería un error. Porque Villamartín introduce en su obra un factor religioso tan importante que puede considerarse como el motor o el fin de su propia concepción dinámica del hombre y de la sociedad, y de las luchas y las guerras que los mueven. Puede afirmarse que es la moral cristiana, y más concretamente como destacó Colao, el catolicismo el último valor de fondo. Lejos de ser ésta una religiosidad difusa, se especifica claramente tal catolicismo. Así, en su Manual de Viajeros, el propio Colao detecta su con-

cepción de El Escorial como el monumento de una sociedad católica luchadora: «Felipe II quiso levantar un monumento que fuera a su vez templo católico, museo y palacio, dando así en el rostro al protestantismo, que nos acusaba de ignorantes y supersticiosos».

Y este catolicismo emocional en su obra —por encima de cuál fuera su experiencia vital— tiene su colofón en ese único poema que, al provenir de un cartagenero, no podía más que ir dirigido a nuestra Virgen de la Caridad.

Nótese que este sentimiento católico, en los dos ejemplos que hemos traído, está ligado al peculiar entendimiento español del catolicismo: fuerza vivificante de nuestra historia, y dimensión mariana, netamente hispánica.

Pero la operatividad de estos valores católicos va más allá en la obra de Villamartín, porque tienen una fuerza que se proyecta en los dos ámbitos, individual e histórico-social, que hemos analizado. El cristianismo no sólo impulsa la Historia —con lo que se sitúa en la visión católica clásica desde San Agustín—, sino el que es el contrapunto epocal de la propia historia del arte de la guerra. De ahí que «la causa del cristianismo es la de la civilización», y que según Villamartín gracias al cristianismo la guerra se ha sujetado a leyes de una moral más perfecta.

Estas conclusiones demuestran ya que nuestra incursión por la axiología general de Villamartín no ha sido estéril, sino que nos sitúan ante la congruencia que debe guardar con su moral militar. Dejemos sin embargo, para más adelante, el extraer las consecuencias subjetivas que la religiosidad católica de Villamartín implica para su concepción de las virtudes militares.

Aspecto político

Y centrémonos, en fin, en el estudio de cuáles eran los ideales políticos en nuestro autor, y qué significado y alcance adquieren en su obra.

De nuevo Colao nos sirve de guía, aunque en este caso nos puedan desorientar un tanto sus afirmaciones. Coincide con Vidart y otros autores en señalar a Villamartín como republicano, federalista y tendente al socialismo, lo que derivaría, como dijimos, de la amistad de nuestro personaje con Pi y Margall y con el precursor de

socialismo español Fernando Garrido (todo ello en el marco de esa actividad periodística de Villamartín, cuyo conocimiento nos han sido desvelados en su mayor parte con ocasión de esta conmemoración). Sin embargo, y aún dando por ciertas tales convicciones políticas que luego hemos de matizar, estimo que Villamartín no tenía una ideología política asumida, en el sentido contemporáneo de su entendimiento. Y ello es especialmente trascendente a los efectos de situar sus ideales políticos en la gradación de sus valores éticos. Porque, a mi juicio, en las Nociones hay elementos suficientes para pensar que Villamartín era accidentalista, por no decir relativista, en cuanto a los sistemas políticos. Véase, por ejemplo, cómo se expresaba en relación con las causas de las guerras civiles: «Nada existe en el mundo absolutamente bueno o absolutamente malo; la verdad y el error se hayan en revuelta mezcla en todos los principios; el bien y el mal, en todos los hechos... en nada descuella tanto esta verdad como en los sistemas políticos de los pueblos...».

De ahí que *los ideales políticos* que hemos señalado *se contemplen de forma subordinada a otros valores superiores* en el pensamiento de Villamartín. De esta forma, el federalismo de nuestro autor está en su obra, nada menos que, en función de la estrategia: «El sistema federal, ya sea la forma política de un país, ya un accidente producido por un rompimiento súbito del Estado, es el más a propósito para la resistencia... El federalismo es la vida robusta de cada una de las partes cuando el todo ha perecido».

Sin embargo, por encima de estas ideas políticas convencionales —que se acentuarán con posterioridad a la batalla de Alcolea— hay que destacar lo que entiendo que trasciende de esos valores políticos a su moral militar, y que es su *visión populista, democrática, del Ejército*. Villamartín capta el enorme giro que supone la concepción derivada de la Revolución Francesa en la organización de los Ejércitos: «la guerra ya no la hacen, en esta nueva era que alcanzamos, los príncipes, sino los pueblos..., porque los pueblos de hoy, tomando parte en la cosa pública, discuten el derecho de las causas, y dan su apoyo o interponen su veto; y para satisfacer estas nuevas necesidades de la guerra moderna, se hace preciso estudiar y aliar las instituciones militares con las políticas, referir a un solo principio el esfuerzo común de las fuerzas del Ejército y los poderes de la sociedad, y fijar la armonía entre el sistema militar de un país y el social de su Ejército». La visión de un Ejército auténticamente *participado* por el pueblo, la considera asimismo un signo de los tiempos, del progreso, de la civilización. Por

ello Villamartín «apuesta» por el ejército francés frente al prusiano, y pierde. Los artículos de prensa que publicó al final de su vida —y que son una auténtica revelación historiográfica de estas jornadas— desvelan un Villamartín cada vez más radicalizado en estos planteamientos democráticos. Prescindiendo del análisis que de estos artículos se hace en otro lugar más autorizadamente, a nuestros efectos interesa subrayar que en Villamartín se manifiesta vitalmente un idealismo, incluso político, que le lleva en este campo a sostener ideas radicales para su época, que se impregnarán al final de su vida de la amargura existencial que al parecer le atenazaba desde que había dejado forzosamente el Ejército. Pero ciertamente su labor periodística —incluso en la cabecera del periódico que al parecer fundó: *La Fuerza Pública*— confirma rotundamente las ideas políticas que, sobre el Ejército, ya se intuyen en las Nociones: «porque un elemento nuevo tomaba parte en las batallas y cambiaba la esencia y forma de la guerra, el espíritu público dentro de las filas y el pueblo fuera de ellas. Abrámosle paso, que él es bueno en el ataque, porque va con el Ejército, y magnífico en la defensa, porque está en el territorio; y si no le queremos abrir paso, él penetrará y conmoverá todo; y si nos obstinamos en buscar nuestros modelos en los tiempos de Federico, en hacer la guerra sin cuidarnos de ese elemento nuevo, el organizar nuestros batallones sin darle *participación*, no extrañemos el ser magníficamente derrotados con toda nuestra ciencia y nuestros soberbios métodos a la francesa, austríaca o prusiana».

Recapitulación

Llegados a este punto, hemos de recapitular ahora sobre lo analizado, para intentar deducir una jerarquía de valores en Villamartín. Siguiendo a Scheler, esta jerarquía ha de establecerse en función de la divisibilidad, inmutabilidad, y amplitud sucesiva de los valores en cuestión, y conforme a tales principios, podemos afirmar:

1.º Los ideales políticos tienen en Villamartín un valor subordinado, y no vitalmente asumidos: la opción tomada por Villamartín en Alcolea, al elegir la disciplina frente a sus ideales políticos, es el más contundente de los ejemplos. Las ideas políticas sólo juegan en la obra de nuestro autor en función de la organización más adecuada de los Ejércitos, cuya eficacia es el fin al que funcionaliza ideas políticas tales como federalismo y democracia.

2.º La guerra es un hecho natural, manifestación social del principio del cosmos de la lucha entre los contrarios, que también rige a nivel individual. La Historia es el marco del desarrollo de la sociedad, siendo la guerra su motor.

3.º Pero lo que podría haber derivado en un pesimismo antropológico y sociológico, y en consecuencia, en una ética de mero enfrentamiento y de supervivencia del más fuerte, tiene en Villamartín un correctivo que convierte a la guerra, y por tanto a su ética individual y social, en positiva. La guerra es civilizadora, medio de la consecución histórica del progreso.

4.º Ese progreso, esa civilización de la que es realizadora la guerra en la Historia, no es reflejo de un progreso neutral, incoloro o indiferente, en la concepción ética de Villamartín, sino precisamente de la Verdad cristiana, meta final de la Historia toda. De ahí que la Historia aparezca en nuestro autor como una realización de la lucha por la Verdad, y que, por tanto, la guerra haya de adaptarse en su desarrollo a la moral cristiana.

LA MORAL MILITAR

Unidad Etica

Bajo la rúbrica genérica de moral militar, dedica Villamartín el Capítulo III del Estudio Inicial, primero de sus Nociones, al análisis, primero del Derecho de Gentes, luego de las virtudes militares.

¿Qué sentido tiene esta aparente mistificación? ¿Qué ligazón lógica o axiológica tienen estas dos materias que, en principio pueden parecer inconexas? A mi juicio, esta aparente incongruencia metodológica revela, por el contrario, la profunda unidad sistemática de la axiología de nuestro autor, que cabe atribuir, más que a un deliberado propósito de conciliar principios teóricos de la Etica, a una intuición de nuevo sorprendente, que sólo se explica aquí por la profunda coherencia interna del pensamiento de Villamartín.

Porque, en efecto, en cualquier construcción ética que se precie, desde la aristotélico-tomista a la del propio Scheler, hay una clara distinción entre el fin esencial y primario de todo acto o conducta, y las virtudes, o hábitos operativos buenos, que disponen a la

consecución de ese fin. Y esto hace Villamartín al afirmar primeramente las condiciones para la licitud moral de la guerra, que es el fin último de la institución armada; y sólo luego, en función de ese fin primordial, introduce el tema de las virtudes militares. Porque como en la Metafísica más clásica «todo acto humano, nacido y ejecutado en el clima de la libertad, es como un nuevo paso del hombre que le aproxima o aleja del fin último» (Gilson). Y esto es lo que hace Villamartín con las virtudes militares, ponerlas en función del resultado alcanzar como fin de los ejércitos como institución. Si la guerra hemos visto que era un medio natural de la sociedad para avanzar en el desarrollo de la civilización, este medio, este hecho natural inevitable hay que dotarlo y sujetarlo a unas reglas morales para armonizarlo con ese sentido civilizador que ha de orientar. De ahí que haya que moralizar el funcionamiento del Ejército, que es el realizador de la guerra, en un doble plano: institucional —moralizando las propias leyes de la guerra, a las que habrá de atenerse ese cuerpo orgánico que el ejército constituye— e individual o subjetivo —a fin de atemperar a la consecución de ese fin último las conductas de los sujetos que integran la institución militar, de lo que derivan las virtudes militares.

Pero como quiera que ese sentido civilizador de la guerra tiene en Villamartín una clara identificación con la Verdad católica, es congruente que sea precisamente esta moral la que *inspire*, tanto las leyes de la guerra, como las virtudes militares.

Pero esta inspiración, no es identificación o confusión de ambos campos de la moral. Para Villamartín la moral militar es una moral específica, ligada a la caracterización propia de la institución en este punto, nuestro autor es, al tiempo, tradicional y contemporáneo. Porque reconociendo el trasfondo religioso de esta moral, sin embargo no cae en la identificación que proponía, entre otros, Vigón, al replicar a Alfredo de Vigny. Existe simplemente una línea axiológica ordenada que consigue autonomizar —que no independizar— la moral militar.

El Derecho de Gentes

Valor moral del Derecho bélico.—Una duda previa surge al afrontar el análisis que Villamartín hace del Derecho de gentes: ¿Por qué se estudia el Derecho como una parte de la moral? ¿Confunde nuestro autor lo jurídico y lo ético? Rotundamente no, muy por el contrario aquí se revela de nuevo su aguda intuición, pues

la consideración solamente moral del Derecho de gentes la fundamenta en la ausencia de coactividad que entonces caracterizaban, aún más agudamente que hoy, al Derecho internacional. Es la ausencia de una instancia o autoridad internacional superior que pueda hacer obligatorias esas normas, la que obliga a caracterizarlas con un valor meramente ético. Así lo señala Villamartín, que se ve forzado, por ello, a apelar «al Tribunal de la Historia» para el enjuiciamiento de las eventuales conculcaciones de las normas del Derecho de gentes sobre la guerra. De ahí, a su vez, su llamada final a la educación en las virtudes de la tropa, como garantía individual y colectiva del mejor cumplimiento de tales normas.

Fuentes doctrinales del Derecho de gentes de Villamartín.—Comienza nuestro autor haciendo un análisis histórico de la elaboración doctrinal de los principios del Derecho bélico. La evolución por él reseñada es sumamente acertada, en tanto que resumen. Señala a Francisco de Vitoria como el primer tratadista moderno de Derecho internacional y de la guerra justa. Hay que destacar que esta tesis, hoy incuestionable, estaba sin embargo oscurecida entonces por la prepotencia generalmente otorgada a la figura del holandés Hugo Grocio. Años después de la obra de Villamartín, aún hubo de polemizar Menéndez y Pelayo para reivindicar la primacía de la obra del dominico español respecto del holandés. Y aun en nuestro siglo, fue objeto de un brillante alegato que defendió Barcia Trelles.

Sin embargo, no cabe hacer elogios desmedidos de la documentación que utilizó Villamartín al respecto, pues debo decir que es más que probable fuera también en este caso «de segunda mano». En primer término, porque asegura que fue en una obra teológica en la que Vitoria defendió por vez primera los principios de la guerra justa, caracterización que no se corresponde con la reelección dedicada por el maestro de Salamanca al análisis de este tema, como bien se desprende de su título «De Iure Belli». En segundo lugar, porque señala como fecha de esta obra capital (cuyo título ni siquiera cita Villamartín) la de 1557, cuando es de algunos antes, concretamente de 1539.

Contenido del Derecho de gentes.—Tras el bosquejo histórico que termina en las obras de Bentham, Saint-Pierre y Rousseau, recapitula Villamartín las reglas que han de regir la conducta de los Estados en relación a la guerra. Y aquí, de nuevo, hay que destacar esa conjunción peculiar entre tradición y modernidad que caracteriza a la obra de Villamartín y, por ende, a su moral mi-

litar. En primer término, porque en la exposición de estas reglas está latente la distinción clásica del Derecho bélico entre el «*Ius ad bellum*» y el «*Ius in bello*». Así, fija el primer término las reglas del *Derecho a la guerra justa*, acogiendo los principios clásicos de la Escuela española del Derecho de gentes:

— En cuanto a la causa, sólo la legítima defensa ante una agresión injusta, o el restablecimiento de un derecho esencial gravemente violado, justificarían la guerra; y ello aun después de haber apurado todos los medios persuasivos.

— En cuanto a la forma, no se deben romper las hostilidades sin que preceda la formal declaración, debiéndose respetar, en todo caso, los tratados o pactos internacionales.

Respecto de los principios o normas que han de regir el desarrollo de las hostilidades, es decir, el tradicionalmente llamado *Ius in bello*, Villamartín acoge, de una parte, las reglas clásicas respecto a la honra de la desgracia del vencido o de la causación del menor daño en las hostilidades, e intuye de otra parte el *derecho humanitario bélico*, que aún no se había formulado en su tiempo, y menos aún politizado, al sentar principios tales como el respeto a los no combatientes y a las propiedades del pacífico ciudadano, el buen trato a prisioneros y heridos, o a la honra de las mujeres. Hay que recordar que hasta después de la batalla de Solferino, cuando Henry Dunant escribió su famoso libro sobre las crueldades de la guerra, no se tomará una iniciativa internacional respecto del trato a los no combatientes, prisioneros y heridos.

En definitiva, puede afirmarse en este punto que el pensamiento de Villamartín se anticipa al de su época y, a fuer de clásico, se proyecta hasta nuestros días, en que, como ha demostrado cumplidamente Alfred Verdross, el pensamiento que sobre la comunidad internacional y el Derecho de gentes formuló Vitoria a la cabeza de la Escuela española, está plenamente vigente a través de las nuevas normas de Derecho internacional general bélico, e incluso en la inspiración de la doctrina contemporánea más autorizada, cual es concretamente a estos efectos la Encíclica *Pacem in Terris* de Juan XXIII.

Las virtudes militares

Caracterización.—Precisamente por respeto a esas normas de Derecho de gentes anteriormente estudiadas, Villamartín estudia a continuación las virtudes militares, pues «son el solo dique que puede contener la guerra en los límites de lo justo». Ya hemos dicho que su concepción de la ética militar se pone en línea de continuidad por la realización de la guerra por los ejércitos, construyéndose como una moral constitucional específica. De ahí que pueda situarse su tratamiento mejor en el marco de una deontología profesional, más próxima a lo que reflejara Marañón en su *Vocación y Etica*, que a un espíritu militar difuminado en la prototípica «religión de hombres honrados». Por ello, comienza dejando bien claro que además de las virtudes del ciudadano, necesita el soldado otras que den vigor a la organización moral de los ejércitos».

Sin embargo, como anticipamos, estas virtudes no son algo aislado de la moral religiosa. Por el contrario, encuentran en éstas su último fundamento, su fundamento trascendente: «basadas en la fe religiosa, fe que debe ser tanto más ardiente, cuanto que la vida del soldado se halla erizada de bastantes peligros, de amargas privaciones, de fatigas superiores a las fuerzas humanas, y es preciso robustecer el espíritu para disponer la materia al sufrimiento». Que esta fe es la fe cristiana no sólo se desprende de los enunciados generales, sino también de la concreción interior de las virtudes: así, son encumbradas en los caudillos militares la humildad y la alegría en el sufrimiento. Incluso la operatividad de las propias virtudes, se ejerce en una «accesis» claramente cristiana: la fidelidad en lo poco, la corrección reservada entre compañeros y, sobre todo, la propia concepción de la vida como lucha, que plasma en la frase que hemos querido sirva de prohemio a este trabajo, en la que se condensa toda la axiología de Villamartín sobre la lucha como medio de realización personal y social.

No falta en su caracterización de las virtudes un claro elemento psicológico, sobre el que monta el autor la pedagogía de las virtudes en sí mismas. En este sentido comenta que «hay que fomentar todas las virtudes, imponiendo costumbres especiales, premiando sus bellas acciones con honores que le ensalcen sobre sus semejantes, corrigiendo sus faltas y delitos con castigos pronto, inmediatos y severos. Para el ejercicio de tales leyes es preciso revestir el mando militar de un poder y un fausto que le haga respetarlo, castigando gravemente todo delito que ataque este mando».

De ahí que, más adelante, las *Nociones* dediquen un capítulo a la «Justicia militar», en el que precisamente justifica y caracteriza ésta a partir del mantenimiento integral de estas virtudes, y especialmente de la disciplina, encontrándose aquí observaciones atinadísimas que merecerían más detenimiento, pero que desbordarían mi planteamiento inicial.

El carácter pragmático que quiere dar a estas virtudes, le hace descender en distintos momentos a las diversas situaciones emocionales. Las distintas situaciones emocionales en que puede hallarse el soldado, tanto situaciones en el tiempo —por ejemplo, el soldado recién incorporado, o el veterano— como en distintos momentos de la vida militar —en paz, en el momento de entrar en el combate, en la retirada— para los que da distintas y atinadas observaciones sobre cómo ejercer el mando con mayor eficacia y prestigio.

Examen de las virtudes militares en las «Nociones».—¿Cuáles son estas virtudes y cómo las concibe Villamartín?

En primer término, nos habla de la *subordinación y la obediencia* que, junto con el *carácter de mando*, componen la *disciplina*. Para Villamartín la disciplina es el resultado final de estas otras tres virtudes, y el continente de todas ellas: «virtud que en sí sola circunscribe todas las otras, es el complemento de todas ellas, y la manifestación visible y constante, en todos los actos, de la buena educación militar». Es decir, que la disciplina es el valor fundamental de la institución armada, y la entiende como resultado del ejercicio de las virtudes de obediencia y mando en sus justos términos. Pero aún parece ir más allá y caracterizar a la disciplina como la condensación de todas las virtudes militares: así, «la disciplina es el respeto al ciudadano, a la sociedad; es el aprecio de sí mismo, el aseo los buenos modales, la aversión a los vicios, la puntualidad en el servicio, la exactitud en la obediencia, el escrupuloso respeto a las leyes y reglamentos, la austera dignidad en la subordinación; sin ella el Ejército es odiado en su propio país; con ella es amado hasta del enemigo; ella conserva en toda su fuerza las demás virtudes; al relajarse, se relajan todas; por consiguiente, celando y fomentando ésta se asegura el imperio de las demás». Es, en definitiva, la médula moral de los Ejércitos.

La actualidad de esta caracterización no olvida incluso el problema de los límites de la disciplina, y más concretamente de la

obediencia, «que no puede ser vergonzosa y baja, sino digna, austera, encerrada en los límites que la Ley señala, porque todos, hasta el océano, tiene sus límites». Nótese que la alegoría sitúa en términos muy lejanos el límite de la disciplina, y que ya anteriormente ha reforzado la necesidad de su mantenimiento, por encima de otros valores, para el funcionamiento eficaz del Ejército. Y es que se trasluce de nuevo aquí la jerarquía de valores de Villamartín, que coloca a la disciplina en el sitio fundamental de la moral militar, sin concesiones fáciles a la limitación de la obediencia, como era práctica más que habitual en su época, en que la disciplina se quebrantaba continuamente en función de los ideales políticos de los generales pronunciados. Por ello entiende Villamartín con intuición histórica que la disciplina debe basarse «en el escrupuloso respeto a las leyes y reglamentos», y que su incumplimiento puede acarrear el descrédito de la Institución armada en su mismo país.

Considera que el ejercicio de la disciplina debe ser cotidiano, para así poder lograr un ejército que auténticamente merezca tal nombre: «es el resultado de la acción lenta e incesante del mando justo», y para su virtualidad, debe ir acompañada de las facultades de sanción consiguientes en caso del incumplimiento: si esta educación moral no se consigue tanto por los grandes castigos de los delitos notables, cuanto por la acertada aplicación de los correctivos a pequeñas faltas», que deben ser impuestos con carácter «inmediato a la culpa, con prudencia y graduados o proporcionados a las circunstancias de las personas, lugar y tiempo».

La disciplina es, en definitiva, la virtud cardinal, el gozne sobre el que gira el debido funcionamiento de la institución armada: «la historia de todas las grandes insubordinaciones militares —concluye Villamartín— ha sido precedida por un progresivo abandono de la corrección de faltas insignificantes primero y de día en día más graves».

La segunda virtud específicamente estudiada por nuestro autor es el *valor*, que define como «elación del ánimo, que nos hace amar las producidas por el peligro y arrostrarle con firmeza». Hoy este concepto no puede ser, a pesar de su brillantez, juzgado favorablemente desde un punto de vista ético. Sencillamente porque considerar el valor como un amor al peligro es un anacronismo que contraría el auténtico fundamento del valor —la virtud de la fortaleza— y que sitúa así este valor más en el terreno de la pasión, que en el de la virtud en sentido ético y estricto. De ahí que

toda su clasificación ulterior de las formas del valor adolezca de rigor, aunque revele profunda penetración psicológica. Por lo demás, no puede compararse su clasificación de esta virtud con las que nos ofrecen otros tratadistas militares (Vega, Vallecillo).

El pie forzado con el que se introduce en este tema, parece desacompañarle en su tratamiento posterior, en el que se esfuerza en introducir una racionalización del valor pasional que ha concebido. Así, «no cree en el valor innato; el valor se vicia o se conduce bien desde la primera educación, según el método de vida; hay circunstancias de lugar, tiempo y modo que aminoran o exigen el valor; el estudio de estas circunstancias para manejarlas y dominarlas libremente, debe ser la misión del jefe militar, que debe estar convencido de que el valor es una cualidad que se infunde si se sabe infundir». Sin embargo, momentos antes ha aludido a este mismo contagio del valor dentro del ámbito de la pasión, no de la educación en la virtud: «Porque las pasiones se contagian».

Por último, Villamartín recoge como virtud lo que denomina «espíritu de cuerpo, bien entendido», que condensa la confianza en los compañeros y en el jefe, la resignación en las privaciones, la honra de pertenecer a un cuerpo o unidad, lo que en definitiva podría traducirse hoy por compañerismo y abnegación, que nuestro autor quiere situar lejos de «el espíritu de cuerpo extraviado y exagerado que ensoberbece las tropas, rompe los lazos de regimiento-regimiento, quebranta la buena disciplina y degenera en insubordinación».

* * *

AUTOCRITICA DE LAS «NOCIONES DE ARTE MILITAR»

Por Fernando REDONDO DIAZ
Teniente Coronel de Infantería

LAS INCOGNITAS DE VILLAMARTIN

La vida de un escritor no tiene por qué despertar mayor interés que su obra. De su biografía lo que más necesitamos es lo relacionado con su pensamiento y con sus trabajos literarios. Esto no quiere decir, por supuesto, que todo lo demás resulte inservible, pues, queramos o no, es imposible separar totalmente el hombre del escritor. Pero sí que ocurre a menudo que lo anecdótico oculta lo trascendental, alejándonos por el camino de las vicisitudes del personaje.

El caso de Villamartín es un ejemplo de esta desviación de lo biográfico. Sus pocos biógrafos han insistido en mostrarnos el lado patético de su existencia descuidando la evolución de su trayectoria como pensador. Para un hombre que murió en plena juventud —a los 39 años sin cumplir— resulta sorprendente lo poco que escribió, de atenernos a sus publicaciones conocidas. Siglo y medio después de su nacimiento, Villamartín sigue siendo sólo el autor de las *Nociones del Arte Militar*.

Villamartín publicó sus *Nociones* en 1862. Tendría, pues, 27 o 28 años. Pero no sabemos a ciencia cierta cuándo las escribió ni en qué circunstancias. Luis Vidart —que es por quien sabemos casi todo sobre él (1)— dice que debió escribirlas a su regreso de Cuba, durante el tiempo que estuvo destinado en el Regimiento

(1) Luis Vidart y Schuch escribió varios artículos y trabajos sobre Villamartín. Un compendio se publicó en la reedición de las *Nociones* en 1883.

de Infantería Toledo 35. Alberto Colao, otro de sus biógrafos (2), sugiere, con cierto fundamento, que puede haber comenzado su preparación en aquella isla. Pero ninguno de los dos nos revela nada sobre sus lecturas de juventud ni sobre los autores que pudieron —y debieron— influir en la formación de su pensamiento. No es de extrañar, por consiguiente, el entusiasmo de Vallecillo al leer su libro y la calurosa apología que le tributó desde las páginas de un periódico madrileño (3). Como tampoco el que hubiese quienes, como nos señala Arturo Cotarelo, achacasen el mérito de las *Nociones* a «ciertos apuntes heredados de su buen padre». El que Villamartín guardase celosamente el secreto de estas posibles influencias —evitando sistemáticamente toda referencia bibliográfica y huyendo de las citas y alusiones a otros escritores militares— ha originado toda clase de especulaciones sobre el transfondo de su pensamiento filosófico.

Después de las *Nociones* no publicó Villamartín más que dos folletos —*Napoleón III y la Academia de Ciencias*— Madrid, 1864) y *San Lorenzo de El Escorial* (Madrid, 1866)—, amén de una *Historia de la Orden de San Fernando* (en la *Historia de las Ordenes Militares*, de Dorregaray), también en 1864, y a esto se reduce, sorprendentemente, toda su labor como tratadista militar, tras haberse dado a conocer en sus *Nociones* como un escritor de primera fila. Colao explica esta esterilidad creadora haciendo alusión a su salud quebrantada y a la falta de ánimo para continuar escribiendo. Vidart, por su parte, ni siquiera se plantea la cuestión.

Queda, por otro lado, el Villamartín periodista del que Luis Vidart afirma que publicó gran número de artículos y Colao, repitiéndole, asegura que aparecieron con frecuencia en la prensa de su época. Los dos coinciden en que colaboró asiduamente en *El Correo Militar* y en *La Discusión* y mencionan un periódico que Villamartín fundó y dirigió él mismo con el nombre de *La Fuerza Pública*. De sus artículo en los periódicos citados primeramente nada sabemos en concreto y sobre *La Fuerza Pública* no tenemos más noticias, entre otras pocas, que las que nos proporciona Hartzzenbusch (4). Por él sabemos qué número prospecto apareció el 8 de noviembre de 1870 y el primer ejemplar el 18 del mismo mes,

(2) Alberto COLAO, *Villamartín, un militar filósofo y escritor*, Murcia, 1980.

(3) Vallecillo publicó dos artículos en elogio de las *Nociones* y de su autor, los días 29 y 30 de septiembre de 1864, en el periódico *El espíritu público*. En 1880 aparecieron en forma de folleto con el título *Apología de Villamartín*.

(4) Eugenio HARTZENBUSCH, *Apuntes para un catálogo de periódicos madrileños desde el año 1661 al 1870*, Madrid, 1894.

teniendo una vida muy corta. No deja de asombrar que Vidart, que debió conocerlo, se limite a decir que «se titulaba, si mal no recordamos, *La Fuerza Pública* (5).

La figura de Villamartín fue rescatada del olvido por Vidart en 1876, cuando denunció el triste fin de sus restos —amenazados de desaparición en una fosa común— reeditándose sus *Nociones* en 1883 por la comisión encargada de erigirle un mausoleo. Pocos años más tarde, en 1888, un grupo de escritores militares celebraron una velada literaria en su memoria, acto que tuvo lugar en el *Centro Militar*. En 1908 se colocó un busto del malogrado escritor en la Academia de Infantería y en 1918 se inició el intento de dedicarle un gran homenaje en dicha Academia, que tuvo lugar finalmente en 1925. Simultáneamente, el vizconde de Eza, ex-ministro de la Guerra, patrocinó en 1923 un concurso literario, creándose luego —en 1928— el *Premio Villamartín* dentro del arma de infantería (6).

EL OTRO VILLAMARTIN

El Villamartín que conocemos por Vidart y Colao se reduce, por lo que hemos podido ver, al escritor de los primeros años. Es decir, hasta 1866. Para un hombre de su fogosidad intelectual, dotado de un exaltado temperamento crítico y demasiado joven para dejarse vencer por la resignación, resulta poco menos que asombroso la inactividad que se le atribuye entre dicho año y el de su fallecimiento en 1872.

Afortunadamente, contamos con otra fuente de noticias sobre Villamartín para rellenar estos años ignorados que precedieron a su muerte, gracias a otro escritor de la época, redactor de *El Correo Militar*, y que debió conocer bien a Villamartín durante su período de colaboración en dicho periódico. Cotarelo, que publicó varios artículos sobre Villamartín y escribió el *Epílogo* de la edición de 1883, nos ofrece una nueva imagen de este otro Villamartín

(5) Vidart escribía en 1876 y no se comprende que no recordase el periódico fundado por Villamartín.

(6) Los dos premios de este concurso recayeron en el capitán José de Irureta-Goyena Miranda y el comandante Secundino Serrano Balmaseda —por su trabajo también titulado *Nociones del arte militar*— y en el coronel Juan García Gómez-Caminero —por su libro *De la guerra*—. Ambos fueron publicados en 1925 por el Depósito de la Guerra a expensas del Estado.

El Premio Villamartín se instituyó en 1928 para premiar al «infante modelo». En la categoría de oficial recayó en 1930 en el ya citado comandante Secundino Serrano Balmaseda. En 1935 se otorgó al capitán Fernando Ahumada López.

que nada tiene que ver con el Villamartín melancólico y alejado del mundo que se nos ha querido imponer.

Era Villamartín, según Cotarelo, «noble por carácter, vehementemente por temperamento y digno por educación». «Cabeza volcánica» —dice también—, corazón de oro, quizá desde su más tierna infancia, tuvo que luchar con una serie de sentimientos opuestos entre sí; pero siempre, hasta en la época de sus exageraciones... políticas, conservó incólumes los principios del deber y del honor. En estos tiempos bonancibles para la inconsecuencia, no quiso nunca parecerse a Esaú» (7).

Le sobró talento —añade Cotarelo—, tuvo buena voluntad, quiso mejorar su suerte; faltóle método, careció de genio bullidor, aceptó gustoso el título de iconoclasta antes que rendir culto ferviente a ídolos de barro». E insiste en esta faceta del carácter de Villamartín, recalcando que «no supo nunca adular, ni bullir, y tal pecado le condujo con la mayor naturalidad al insabor continuo en vida, porque aquí donde caen los grandes e inmerecidos premios a la rastrera adulación, suele faltar espacio para la justa recompensa al ingenio peregrino».

De más valor para nosotros, sin embargo, es lo que nos cuenta Cotarelo sobre Villamartín como escritor. «Villamartín —afirma Cotarelo— meditaba poco para escribir y todavía estudiaba menos. Fiado en las condiciones inmensas de su talento, en su brillantez de imágenes y en la energía de su estilo, abordaba de frente los más arduos problemas militares atrayendo, fascinando, convenciendo al lector». Y vuelve a señalar su falta de perseverancia diciéndonos que «no era persistente para el estudio; antes lo contrario, lo abandonaba con más facilidad que lo emprendía».

Es muy posible que se refiriese Cotarelo al Villamartín articulista, y no al tratadista, a la vista de la opinión que le merecía en las lides periodísticas. «Como periodista —nos explica— su facundia era inmensa, pero endeble en la polémica; su alma, llena de bondad, sólo se templaba al fuego de elevados principios; cuando descendía a otros detalles, resultaba también marcado descenso en las condiciones del escritor». «Rara vez le vimos consultar sus citas —comenta Cotarelo— ni rodearse, como lo efectúan otros, de textos antiguos y modernos a fin de obtener con mayor holganza el desarrollo de un tema generacional».

(7) Las citas de COTARELO corresponden, mientras no se indique lo contrario, a sus dos principales artículos sobre Villamartín: *Villamartín*, «Memorial de Infantería», 1888, y *Más sobre Villamartín*, «La Ilustración Nacional», 1888.

Y de su periódico, *La Fuerza Pública*, que tan mal «recordaba» Vidart, nos relata Cotarelo una interesante anécdota en la que se reflejan tanto el carácter de Villamartín como los temas de que se ocupaba en aquella publicación. «Si alguna vez se equivocaba —refiere Cotarelo—, gracias al impulso de su misma pasión generosa, bastaba también indicarle el error para que rectificase con toda sinceridad, y un caso podemos explicar que se expresó de la siguiente manera: He dado verdaderos traspiés; mi crítica anticipada de la campaña del Loira resulta una verdadera herejía técnica; pero..., el ideal le condujo al desconocimiento de lo real». Tratábase, según nos aclara también Cotarelo, de «una serie de artículos que publicó en *La Fuerza Pública*, anunciando de antemano que el ejército victorioso en Metz y acaudillado por el príncipe Federico Carlos quedaría muy pronto vencido al chocar con los improvisados batallones de Auselles de Paladines, artículos que fueron rebatidos en otro periódico profesional por un íntimo amigo del Finado, amigo de cuyo nombre nos place prescindir».

De *La Fuerza Pública* —el periódico fundado por Villamartín en 1870 y del que no se ha podido encontrar ningún ejemplar hasta la fecha— tenemos también otra noticia que puede contribuir a revelarnos su naturaleza y algunos de sus colaboradores asiduos. Serafín Olave, director de las *Academias de Regimiento*, decía de él en noviembre de 1870, al aludir a la prensa militar existente entonces: *La Fuerza Pública*, si bien de índole distinta por haber extendido el círculo de sus estudios más allá de los que comúnmente se consideran propios de la gente de guerra, entrándose por los tormentosos golfos de la política palpitante, es un periódico muy bien escrito, donde campean, en afortunado y no común consorcio, la erudición profunda y el fuego de una imaginación privilegiada, siéndonos muy fácil, a los que a fuerza de leer, adivinamos por el estilo quienes son los autores de algunos escritos, distinguir en las columnas de *La Fuerza Pública*, las frases del sabio comentarista de toda nuestra legislación militar, y las del joven comandante de infantería que ha honrado a la literatura y al ejército español con uno de los mejores tratados de arte militar publicados en Europa durante este siglo» (8).

Este comentario, de Olave, además de orientarnos sobre el carácter no enteramente militar de *La Fuerza Pública*, nos sirve para identificar a Vallecillo —el ilustre comentaristas de las Ordenan-

(8) Serafín Olave, *Literatura militar*, «Academias de Regimiento», noviembre de 1870.

zas de Carlos III— y a Villamartín —el autor de las *Nociones del arte militar*— como los protagonistas de ese curioso emparejamiento de la erudición con la imaginación.

LA CRITICA DE VILLAMARTIN A SUS NOCIONES DE ARTE MILITAR

Este Villamartín tan poco conocido pensaba, entre otras cosas, que las *Nociones* necesitaban una revisión profunda. «Ante los adelantos modernos —nos testimonia Cotarelo— ya son antiguas, según él mismo confesaba, sus *Nociones de arte militar*». Villamartín —confirma Cotarelo en el *Epílogo* de la reedición de 1883— «comprendía perfectamente en los últimos años de su vida que las *Nociones de arte militar* necesitaban una ampliación y una reforma» y «sentía fervientes deseos de rectificar algunas apreciaciones de su obra y de proseguir la parte histórica». El plan de Villamartín para las nuevas *Nociones*, siempre según Cotarelo, consistía sencillamente en «cambiar varios conceptos, muy pocos, en la exposición de doctrina profesional, proseguir la narración crítica de las últimas campañas y hacer deducciones lógicas de estos sucesos militares completando así su primitivo trabajo» (9).

El testimonio de Cotarelo nos desvela en parte el Villamartín atento a los últimos y grandes acontecimientos militares de la época, deseoso por ello de poner al día las ideas volcadas en las *Nociones*. Hay, sin embargo, una cierta contradicción en lo que nos dice Cotarelo —la revisión profunda que nos anuncia por una parte queda reducida luego a una simple variación doctrinal—, lo que nos induce a pensar que quizá Villamartín no había madurado totalmente su proyecto. O bien que no había hecho partícipe a Cotarelo de todos los cambios que pensaba introducir en la obra original.

La atención de Villamartín sobre lo que estaba ocurriendo en Europa queda confirmada por él mismo con el descubrimiento que hemos hecho de un trabajo suyo publicado en las *Academias de Regimiento* en septiembre de 1870, titulado *La invasión germánica*. Se trata de un extenso artículo que formaba parte de una trilogía dedicada al estudio de la Guerra franco-prusiana. Por desgracia sólo conocemos la primera parte y no tenemos confirmación de

(9) Arturo COTARELO, en el *Epílogo* de la edición de 1883.

la aparición de las dos restantes ni en las *Academias* ni en ningún otro periódico militar de aquel tiempo (10).

De todos modos, *La invasión germánica* contiene varias indicaciones de otros trabajos de Villamartín, también ignorados hasta ahora, unos publicados y otros inéditos. En primer lugar destaca la alusión a un folleto publicado en 1864 con el título *Las nuevas armas*. «Hace muchos años —dice Villamartín en las primeras líneas—, antes de las campañas de Schleswig y Holstein, decía el autor de estas líneas al examinar las consecuencias que para la guerra había de traer el perfeccionamiento en los fuegos...» (11).

Hay también esta otra frase, que hace mención de un trabajo inédito de Villamartín sobre la Guerra austro-prusiana: «... los días de Sadowa, en cuya época escribimos y conservamos inéditos un trabajo que se hizo en contestación a unos artículos de *La Epoca* titulados *Un buen final de la exposición de París* y al que pusimos por nombre *La Exposición de Berlín de 1872*» (12).

Mayor interés tiene el párrafo en que Villamartín nos dice: «Quisiéramos extender aquí nuestro discurso hasta hacer un libro; casi le tenemos hecho, pero hay cosas que no se pueden decir en cualquier día del año, y no es 1870 el año en que más abundan los días en que se deben decir esas cosas». No es fácil entender las últimas palabras de Villamartín, que podemos calificar de enigmáticas, ni siquiera por su contexto, como tampoco inferir de ellas que el libro en cuestión fuesen las nuevas *Nociones*.

LA INVASION GERMANICA

La invasión germánica está dividida en siete apartados, cuyo sumario es el siguiente:

I. Síntesis.

II. Desigualdad de los ejércitos. Adelantos. Causas del triunfo prusiano.

(10) La segunda y tercera partes de *La invasión germánica* no vieron la luz en las «Academias de Regimiento». La razón puede estar, presumiblemente, en la crítica que de la primera hizo Olabe en el mismo número de septiembre de 1870.

(11) Este folleto de 1864 es contemporáneo de otros trabajos de Villamartín. Sin embargo, ni Vidart ni Colao hacen mención de él.

(12) Este trabajo de Villamartín nos es desconocido. El mismo reconoce, por otra parte, que no llegó a publicarlo, sin dar más explicaciones.

- III. La moral militar progresa con las nuevas armas.
- IV. Los nuevos inventos son defensivos de orden de cohesión, de equilibrio del débil con el fuerte, esto favorecerá a Francia.
- V. En los inconvenientes militares consiste el progreso del arte.
- VI. Cuestión de Hacienda.
- VII. Las nuevas organizaciones.

La Síntesis comienza con la reproducción de algunas frases del folleto publicado en 1864—*Las nuevas armas*—, señalando los efectos para la táctica del incremento del fuego, tanto en intensidad como en alcance. A continuación pasa ya a Villamartín a tratar de la guerra franco-prusiana.

Parécenos que en estas últimas palabras —dice— se encierra el triste cuadro de la horrible guerra que ensangrienta las fértiles riberas del Rhin, del Mosela, la Mosa y el Neurthe, que ha roto tal vez para siglos el equilibrio europeo, y que es sin duda alguna el prólogo de pavorosas convulsiones sociales en el porvenir del mundo.

Guerra presentida con estremecimiento por todos los pueblos hace ya muchos años, y que desde las más altas concepciones políticas hasta el más mínimo detalle en el cartucho, todo en ella ha sido nuevo, extraño, imponente, aterrador.

Esta guerra, que considera colosal por las cifras abrumadoras de los ejércitos y de las bajas, tiene para Villamartín un significado apocalíptico como podemos comprobar por sus palabras, que repite más veces a lo largo de su trabajo, procurando insistir sobre la necesidad de dedicarle un estudio «serio y grave» porque, como él señala, «toda Europa se verá sacudida, si es que a la hora en que escribimos no lo están ya algunas naciones» (13).

Seguidamente puntualiza las causas de las primeras derrotas francesas, patentizando su simpatía por Francia, aunque no se

(13) Este tono apocalíptico evidencia la inclinación de Villamartín a la exageración que muchas veces se trasluce en sus frases, mezclada también con cierto fatalismo.

lamente del derrumbamiento del Segundo Imperio, y la poca estima que le merece el triunfo prusiano (14).

El apartado segundo lo inicia Villamartín resaltando las grandes innovaciones sufridas por el arte militar.

No ha habido tiempo en que el movimiento de las artes militares, y aun de las ideas fundamentales en guerra haya sido tan violento y vertiginoso como en estos años.

Sin embargo, considera que este fenómeno no es nuevo en la historia del arte de la guerra y que pueden encontrarse precedentes similares en épocas anteriores.

... basta consignar —nos dice— que a una corriente parecida a fines del siglo xv sucedieron las grandes transformaciones sociales y las guerras políticas y religiosas del xvi, y de la misma manera a igual movimiento en 1780 siguieron las grandes revoluciones y las guerras napoleónicas, porque cuando la sociedad está en incubación las primeras ideas que rompen el huevo son las militares.

Lo que sí le parece oportuno combatir es la creencia en una desigualdad futura entre los ejércitos con motivo de los nuevos adelantos, cosa que había lamentado un anónimo escritor en el periódico *La Epoca*, poco después de la batalla de Sadowa.

En el fondo de ese pensamiento —comenta Villamartín—, con tanto esplendor razonado, se oculta una sutileza y casi diríamos un error de historia. Tal unidad nunca ha existido, no puede existir; la guerra es el contraste; dos pueblos chocan porque el uno representa las fuerzas positivas y el otro las negativas del progreso humano, y chocan para producir la resultante de ese progreso, que no está nunca trazada en el sentido exacto de ninguno de los dos, como de ningún partido, de ninguna escuela, sino que es la diagonal que se escapa entre los lados opuestos de todas ellas, dejando equidistantes las pasiones, los intereses y los vicios de las unas y las otras; de aquí la guerra. Pues bien, los ejércitos son el producto de los pueblos,

(14) Opina Villamartín que Francia debió hacer la guerra a Prusia inmediatamente después de Sadowa. El plan de Moltke lo califica de «radicalmente malo» y atribuye su éxito a las vacilaciones francesas. Francia, a su modo de ver, sólo podía hacer una de estas dos cosas: tomar rápidamente la ofensiva o hacer una guerra prolongada, perjudicial para los prusianos.

llevan esas diferencias, esas pasiones y esos intereses y el contraste ha de resaltar en ellos con más fuerza. Que existan iguales nombres, iguales grados, iguales accidentes, si se quiere iguales armas, es la igualdad que existe entre dos libros con las veinte y cuatro letras del alfabeto, el juego de esas letras es distinto, como lo es el juego de esas armas, esos grados y esos accidentes (15).

La Historia, prosigue Villamartín, no nos brinda un solo ejemplo de una igualdad de medios en las guerras. Y, aunque se consiguiese, la variedad, la desigualdad estaría entonces en su utilización y en último caso en la intervención de las fuerzas morales.

Cada país con conocimiento de sus medios se prepara para la gran lucha continental del siglo XIX a cumplir su misión histórica, y todos los modelos, todas las invenciones son igualmente buenas y malas, según las circunstancias de los Estados. Y bien, ¿cuál triunfará? ¿el que tenga mejores armas? Empezamos por asegurar que todas difieren muy poco en el campo de instrucción, nada en el de batalla, y que no será el fusil, ni el cañón, ni el monitor quien triunfe, sino las causas morales, el pueblo que esté detrás de cada ejército, su constitución guerrera, el mejor hombre soldado, no el máquina soldado; la bandera más querida, nunca las banderas que ya se arrastran ante el desdén de las nuevas generaciones. En guerra, como en todo, las causas morales son las primeras (16).

En el tercer apartado destaca Villamartín el progreso moral de la guerra a la par que la aparición de los nuevos armamentos. En su opinión la ética de los antiguos, distinta por razón de su siglo, no admite comparación con la de su tiempo. La crueldad de la que aquéllos hacían gala, disfrazada por una falsa moral, que rechazaba incluso algunos inventos y que les hacía presumir de no apuntar al enemigo, le parece una falacia inadmisibile.

En cuanto a lo de apuntar —señala Villamartín— tampoco defendemos a los antiguos; no apuntaban porque su sistema invasor y ofensivo les hacía preferir el movimiento y el arma blanca al fuego, para el que estaban poco educados, porque es

(15) Ataca así a un escritor desconocido, posiblemente militar, que podría ser identificado acudiendo a la prensa de la época.

(16) En este párrafo vuelve a presagiar una gran lucha continental. Sería de gran interés comprobar si esta idea la compartían otros escritores militares de su tiempo o era sólo producto de su apasionamiento.

propio de sociedades constituidas; pero no sabemos que llevarsen su moralidad hasta el punto de cerrar los ojos cuando daban con el espadón o el hacha; al contrario, se llamaban a gritos unos a otros, y que rompían la formación para elegir su víctima, y eso es lo que está prohibido por la moral cristiana, no el apuntar al bulto de un hombre, ni herir con la bayoneta al que fatalmente está en su camino, sino precisar, proponerse la víctima por capricho o por odio o por vanidad sin un motivo táctico, necesario para el éxito y la defensa honrada (17).

El apartado cuarto sirve para que Villamartín argumente en favor de los nuevos inventos. Cree que favorecen al débil en contra del fuerte, el atacado con respecto al agresor.

... es la debilidad —afirma— equilibrada con la fuerza; es la frontera, la costa y el hogar patrio inviolado; es el *atrás* a los conquistadores.

Piensa que las nuevas armas tienden a ahorrar hombres y esto lo celebra como otra ventaja en favor de los pueblos más indefensos.

... y eso —es decir, la economía de hombres— conviene a los pueblos débiles, y a las fuerzas populares y no a los gobiernos de persona.

Su entusiasmo por esta idea le conduce, sorprendentemente, a un extravío en su concepción del empleo de las nuevas armas.

Venga, pues —añade Villamartín—, el cañón ligero que sea manejado, si es posible por un niño, y venga el túnel que arroje mundos de acero y necesite una locomotora para su arrastre; el uno es la defensa de las naciones pobres; aquél guarda nuestros campos, éste aplasta ante nuestros muros al extranjero que quiere forzar las puertas de la ciudad donde hemos nacido (18).

(17) Esta justificación de las víctimas de la guerra por el «motivo táctico» coincide con su idea, ya expresada en las *Nociones*, de que en la guerra «no se debe hacer más daño que el preciso para conseguir el resultado» y pertenece, por tanto, a lo más elevado de su ética militar.

(18) Comete aquí Villamartín un error de apreciación incomprensible, sólo justificado por su carácter apasionado. Los nuevos inventos habrían de favorecer no a los débiles sino a los fuertes, a los capaces de producir más y mejores armas.

En cuanto al peligro de que los nuevos inventos produzcan otras contiendas, alejando las perspectivas de paz en el mundo, lo incluye en el marco general del progreso humano, que considera inevitable.

Se cree por algunos —reflexiona Villamartín— que las perfecciones mecánicas no traerán la paz, que si ésta triunfa algún día será por las perfecciones morales; estamos de acuerdo; nunca nos ha ilusionado la esperanza de que los terribles inventos obliguen a retroceder al hombre; pero no es posible negar el progreso en un sentido y fomentarlo en otro; porque la ciencia es una, infinita, eterna, como que es luz divina, y cuando algunas ramas de ese árbol sube al cielo todas las demás también se elevan.

El adelanto de la humanidad a través del avance de la ciencia lleva consigo, igualmente, el perfeccionamiento de las armas. Villamartín no cree en un futuro pacífico y feliz sólo con la detención del progreso militar. El dolor y el sufrimiento pertenecen a la vida misma.

Dando la voz de alto al progreso militar no se conseguirá la paz del mundo; el mundo marcha, ¿quién se atreve a trazarle un sendero de rosas? Marcha sobre espinas porque va al supremo bien, y cuando llegue, entonces, sin congresos ni fusiles, quedará tranquilo si es que sus días no están contados, si es que el límite de las perfecciones no es también el límite de la vida, el cumplimiento de la ley misteriosa a que la humanidad obedece.

Antes se decía: ¡ay de los vencidos! Ahora, después de tantos inventos, bien podemos exclamar: ¡hay de los fuertes!, ¡ay de los tiranos! (19).

Las dificultades para la conducción de la guerra con motivo de estos inventos es el tema del apartado quinto. Para Villamartín se reducen a dos; los cambios en la táctica y las mayores complicaciones en el ejercicio del mando.

Es más complicado el mando —reconoce—, sin duda alguna, pero también cuenta más especialidades a sus órdenes,

(19) Tiene razón al considerar que el avance tecnológico es uno y no puede cohartarse el aplicado a la guerra sin estorbar el progreso general. Lo que llama la atención es su desesperanza sobre una paz duradera.

hay más división de trabajos, es más extensa la línea de combate; pero ya no hace falta que el general la abarque toda con la vista y pronto perfeccionaremos el telégrafo de batalla.

Las variaciones en la táctica, por otra parte, no son una novedad, sino algo consustancial con la naturaleza de la guerra.

Que la táctica varía, ¿y cuándo no? No se cuenta una sola campaña en la historia del arte que no haya importado un progreso (20).

La unificación de las tres armas, el imperio de la guerrilla o línea de tiradores, el empleo de la media columna, la armonía de las nuevas maniobras y voces de mando, la ruptura con la esclavitud del orden orgánico, todo ello le parece beneficioso y un regreso a lo mejor de las ideas tácticas del siglo XVIII.

Con esta táctica —exclama regocijado Villamartín— han triunfado por fin los principios de Guibert (21).

La caída del Segundo Imperio no le suscita pena alguna. Por el contrario, la acoge con satisfacción y como el preludio del resurgimiento de Francia.

Se habla también de que las muertes fulminantes de las naciones, tampoco nos asustan; no pasa con ellas como con los individuos; en éstos es espanto de la familia y los amigos, es el hundimiento respectivo de todos sus intereses; en los pueblos, preferimos la muerte repentina a esas lentas agonías de imperios caducos, putrefactos en vida, y que contagian su mal por todas las fronteras, y se eternizan en convulsiones y guerras insensatas. Los Estados destinados a perecer, que perezcan pronto; porque como las sociedades no perecen, la resurrec-

(20) Ambas afirmaciones son acertadas y se corresponden con la creencia de Villamartín en el avance constante del arte militar.

(21) Los principios de Guibert, pese a la opinión de Villamartín, tuvieron su máxima aplicación en el Reglamento de la Infantería Francesa de 1791, ya depurados y fundidos con los de la escuela de Folard. Su táctica no se aceptó en toda su pureza ni se utilizó de esta manera en las guerras de la Revolución Francesa, por cuanto mucho menos en las de 1866 y 1870. Estas últimas campañas, por el contrario, obligaron a abandonar definitivamente lo que quedaba del siglo XVIII en los reglamentos de toda Europa. España, que había rebasado ya lo principal de la táctica de 1791 con sus reglamentos de 1850 —del General Ríbero— y de 1863 —del Marqués del Duero—, se apresuró a revisar su doctrina con una comisión que se nombró en 1877.

ción en nueva forma es más eficaz y vigorosa, y eso es lo que sucederá en Francia (22).

En el tratado sexto se adentra Villamartín en el mundo de la economía, tema inédito en él y que no había tratado en las *No- ciones*.

Descendamos a la miserable aritmética, cocinera de la casa que no ve nunca sino el suma y sigue al final de cada cuenta. Confesamos que éste es el flanco débil de las doctrinas guerreras, del que se ha sacado un admirable partido, y en el que tenemos desventaja para luchar, porque el vulgo no ve más sino los reales que saca del bolsillo, y no aprecia lo que muchas veces en moral y en política valen esos reales.

La guerra, según él, no es desfavorable para el bienestar de las naciones, si es prudente, enérgica y justa.

La guerra prudente —es la máxima de Villamartín—, enérgica y justa es favorable a la población y a la riqueza.

Decimos prudente, enérgica y justa, porque al hablar de guerra y considerarla como progreso, podía sospechar alguno que hablamos de esa guerra mahometana y salvaje, hija de la pasión y el fanatismo, o de esas guerras de familia para afirmar dinastías. Esa no es la guerra nuestra, europea, civilizada ni tampoco esas invasiones de raza, como la que hoy presenciarnos.

Los gastos guerreros no son improductivos. Lo son más, para Villamartín, otros gastos en que incurren los gobiernos por su mala administración.

Los tesoros que devora el monstruo guerra y el cocodrilo paz armada se exageran mucho —dice Villamartín—, porque nunca se restan de la suma ni los beneficios morales, ni los cambios y grandeza de las nuevas fortunas; si fuéramos a creer en la aritmética de los pacificadores, Francia después de 1815 sería un país de mendigos. No hay nada más reproductivo que lo que se gasta en la fuerza bien constituida; las

(22) El desprecio de Villamartín por los imperios que tacha de caducos, va dirigido expresamente a la Francia de Napoleón III. Pero no es nuevo en él. En las *Nociones* emplea expresiones parecidas para juzgar otros Estados de características similares.

naciones más ricas son las honradamente militares porque la guerra justa y política aumenta las corrientes de riqueza, y los gobiernos que escatiman estos ochavos tienen vicios de administración que importan más que cien ejércitos y que son, no improductivos, sino anulativos (permítase el neologismo) de todas las fuerzas sociales.

La política económica de los gobiernos no le merece elogios y la crítica con dureza. La pobreza de las naciones proviene de la escasez de sus ingresos y en el mal uso de éstos.

La pobreza de los gobiernos no consiste en gastar mucho, sino en cobrar poco y administrarlo mal; y cobrar poco porque limitan y acoplan a sus tradiciones y gustos los esfuerzos individuales...

... y administran mal porque quieren administrarlo todo, fabricarlo todo, intervenir en todo, enseñarlo todo, y el individuo cruzado de brazos lo espera todo del gobierno.

La pasión intervencionista del Estado coharta la libertad del hombre e impide la creación espontánea de nuevas riquezas.

Hay en el hombre algo más que necesidades físicas —argumenta Villamartín—; dejadle amplia libertad de ir y venir, comprar y vender, y vendrán armas, inventos, buques, libros, piezas de paño, productos agrícolas, muestras de la actividad humana que darán pan al hombre sin que se arruinen los Estados.

Rechaza la concepción materialista de la historia:

Por más que una escuela reciente quiera subordinarlo todo a consideraciones económicas, es un hecho no desmentido que la riqueza de las naciones estriba en la fuerza, en la sabia gobernación interior y en el sostenimiento de la influencia exterior a toda costa (23).

Los males de la España de su tiempo responden a este criterio. el descuido de la fuerza armada y el abandono de toda acción exterior son, a su juicio, las causas principales de su postración y de sus problemas internos.

(23) Aunque su tratamiento de los asuntos económicos es muy personal y no se ajusta a la pura teoría económica, no deja de tener interés conocer su pensamiento en un terreno que es nuevo en él.

España —explica Villamartín—, ahogando el sentimiento belicoso de sus hijos, no abriendo válvulas de salida a ese vapor guerrero, ve que se le escapa por las junturas de la máquina, y gasta en los pronunciamientos y revueltas efecto de ese escape, mucho más que lo que gastaría con un ejército formidable en las justas campañas que ha debido emprender desde 1840, y que hubieran levantado su riqueza y su moral por el aumento de influencia y de relaciones.

Debilidad en el exterior y pobreza en el interior son el triste causal de España que Villamartín, más exaltado, confía en que sea desterrado por una futura generación salvadora.

Nosotros hemos dejado guerras sin pagar, ¡ay del día que se acumule el capital y los intereses de esas guerras!, ese peñasco inglés elevado como un harpón en las entrañas de la patria, y esa tolerancia con Marruecos y esa pacientísima longanimidad con América, y ese miedo a moverse en Europa por no gastar dinero, nos traerán peores consecuencias que las que ya sufrimos. Cuando a un país se le inspira el sentimiento de su debilidad y su pobreza, cuando corre entre los ciudadanos como buena moneda la frase ¡cosas de este país!, el país está perdido hasta la venida de una generación desesperada que luche a muerte por sí misma (24).

El apartado final, el séptimo, lo dedica Villamartín a los que llama «las nuevas organizaciones».

Fuerzas desconocidas de reserva —señala, refiriéndose a la guerra franco-prusiana—, y nuevas máquinas toman su puesto en estas campañas; ya no se trata de la guerra en sí misma, en sus herramientas, en sus obreros, sino de los talleres en conjunto, de su distribución, de sus materias primas, en una palabra, del pueblo que ha de producir esas tropas, de las leyes y del sistema que debe seguir ese pueblo (25).

El sistema prusiano, admirado en Europa por sus últimas victorias, no le parece adecuado para España.

(24) He aquí una interpretación original de la España del siglo XIX. Una política exterior agresiva como fórmula para mitigar las tensiones internas puede ser útil de momento, pero la guerra de Africa de 1859-60 no fue una solución para los problemas de España, como demostraron los acontecimientos posteriores.

(25) Es a renglón seguido de este párrafo que Villamartín introduce su enigmática prevención sobre lo que se puede decir en 1870.

La imitación prusiana —afirma Villamartín con energía— es peligrosa, cara, y lo que es peor, inútil para las naciones occidentales (26).

Se inclina mejor por el armamento del pueblo o, dicho de otra manera, por su preparación para la guerra. De momento no da más detalles aunque sí recomienda prudencia en la aplicación de este sistema.

La fuerza nuestra no está en esas reservas hechas en el papel —añade a continuación—, sino en la educación belicosa de la raza, encarnada y legislada con el armamento nacional prudente, y el tiro, intervenido al principio, más tarde libre, popular como una fiesta.

El ciudadano y el soldado son el mismo hombre. ¿Cómo inculcar el pacifismo en el primero y excitar el espíritu guerrero en el segundo? Esta es la contradicción que Villamartín encuentra en el sistema de reemplazo al uso.

Decirle al ciudadano: ¡cuidado con las armas! para llamarle luego a las filas y convertir en leones de un día a los corderos de siempre, no nos parece lógico ni útil para la defensa. Conviene ya de una vez para siempre salir de ese círculo en que nos encierra la pasión y el empuje de los sistemas; porque si no, ese armamento y ese tiro vendrán de pronto, mal dirigido, con forma política, con paradas, formaciones, fornituras charoladas y el *atrás paisano* de los honrados tenderos de Madrid puestos de centinela en la Puerta del Sol para encanto de sus muchachos. Ni esto es fuerza, ni puede serlo tampoco la rebusca de los sentimientos belicosos para extirparlos en el paisano, y exigirlos en el soldado, que es por accidente soldado y se marcha a su casa a los tres años.

Luego aclara su idea de armar al pueblo. Lo que pretende —y esto parece ya más razonable— es que el ciudadano-soldado llegue al Ejército con una preparación militar previa.

Procurad que llegue un día que al llamar al soldado sepa montar un caballo, blandir una lanza, disparar una carabina, rebajadle por eso tiempo de servicio, rebajadle más si sabe leer y escribir y más si sabe un oficio, y al relevo de una generación hallaréis una juventud fuerte y honrada, útil en paz y en guerra, con soldados de un año mejor que los antiguos

(26) Villamartín no quiere extenderse sobre el tema, como ya ha advertido, y no presenta los argumentos en que se funda para condenar el sistema prusiano.

de diez o doce; la cuestión magna, la de la quinta forzosa, podrá resolverse, y el pueblo no estará dividido como hoy, en dos clases, la de los revoltosos que se arman subrepticamente y se echan a la calle, y la de los pacíficos, que según la célebre frase de no sé qué estadista, atrancan su puerta y se asoman a la ventana a ver pasar las instituciones, como parte de la Francia imperial lo ha hecho.

Y finaliza con una síntesis de sus ideas sobre esta cuestión, insistiendo en la necesidad de recurrir al armamento y al tiro nacional.

No debemos ser más explícitos; concluimos reconociendo que las reservas a la prusiana son inaplicables en nosotros; pero que hemos de buscar las nuestras en la educación militar, bien conducida por medio del armamento y tiro, inaugurado pronto, y con prudencia en su desarrollo. Esto es por lo menos lo más barato (27).

CONCLUSION

Así discurría Villamartín en 1870. La *Invasión germánica*, aunque incompleta, nos abre un nuevo camino para el conocimiento total de su pensamiento. Su estilo es a veces distinto del de las *Nociones*, su lenguaje más directo y sus ideas, menos encubiertas por la retórica, son en cambio más concretas. También son más extremadas, para sorpresa de unos y escándalo de otros. Pueden ser discutidas, rechazadas incluso a la vista de los acontecimientos posteriores. Su simpatía por la Francia revolucionaria y su aversión hacia lo prusiano nublan su juicio no pocas veces. La mayoría de sus profecías no se cumplieron y la «invasión germánica» no tuvo lugar en su tiempo ni acarreó los cataclismos que su fantasía preveía. El progreso tecnológico no sirvió para favorecer a las naciones débiles, sino todo lo contrario. El sistema prusiano se impuso en Europa y demostró ser el más eficaz, y también el más justo, extendiendo el servicio militar obligatorio a todos los ciudadanos. Su ¡ay de los fuertes! volvió a ser el ¡ay de los vencidos! cuando también los fuertes sucumbieron ante unos vencedores más poderosos.

(27) Serafín Olabe, como ya hemos dicho, no se recató de criticar a Villamartín achacándole una contradicción de fondo. Según Olabe proponía justamente lo que condenaba —el sistema prusiano—, atribuyéndolo a su antiprusianismo y al «bello ideal militar» de Villamartín, extraído de los ejércitos del pasado. Terminaba invitándole a una polémica sobre el tema, entre elogiosa y desafiante, que no tuvo lugar.

Pero son sus ideas. Y algunas siguen siendo aprovechables, sobre todo cuando no le ciega el partidismo. Las aplicaciones técnicas continuaron inexorablemente hasta donde él no pudo imaginar. Las últimas guerras han corroborado tristemente la exigencia de limitar el daño producido en ellas sopena de producir holocaustos de millones de personas inocentes. La táctica ha proseguido su avance y la complejidad del mando ha superado sus previsiones. Y, en fin, la guerra ha seguido siendo la inevitable compañera del progreso humano, con sus miserias y con sus glorias.

Sus últimos años debieron ser difíciles. El alejamiento del servicio activo supondría un duro golpe para su vocación. Las dificultades económicas, las desdichas domésticas y el agravamiento de la enfermedad que le consumía servirían también para amargar el final de su existencia. Pero nada de esto disminuyó sus ansias de escribir y de hacer proyectos. Ni le impidió evolucionar en su pensamiento hasta alcanzar la madurez plena. Atento a lo que ocurría en Europa y preocupado por lo que podría suceder en España, Villamartín debió vivir esta última etapa de su vida intensamente, recluido en su mundo ideal.

Este Villamartín casi desconocido de *La invasión germánica* puede ayudarnos a entender plenamente al Villamartín de las *Nocciones del arte militar*. El uno sin el otro están incompletos. Y esta es la tarea que se nos impone para el futuro. Porque, queramos o no, y como dijimos ya una vez, Villamartín es el escritor que mayor dominio intelectual ha ejercido en el pensamiento militar español de los últimos cien años.

* * *

LAS IDEAS POLITICAS DE VILLAMARTIN

Por Mariano AGUILAR OLIVENCIA
Teniente Coronel de Infantería

Villamartín era abiertamente republicano, manteniendo un conjunto de principios, un sistema doctrinal completo para el gobierno, la administración y para la economía del Estado. Era partidario de una soberanía popular; no de una nacional circunscrita, limitada, falseada, tal como los progresistas la habían practicado desde 1836, sino la soberanía nacional en toda su pureza, con todas sus legítimas consecuencias, así para el Estado como para el individuo. Para él, como para los buenos demócratas de entonces, no había soberanía a medias: o existía o no existía.

Para él, el progreso político nacional no podía realizarse a saltos; era necesario elaborarlo lenta y sucesivamente, aunque sus manifestaciones fueran en ocasiones repentinas, reconociendo que más tarde o más temprano se terminaría por llegar a la aplicación rigurosa de los principios, respondiendo al mecanismo de las naciones, cuyo movimiento constante, orgánico, racional, se llama progreso.

No eran los demócratas, ni los moderados, ni los progresistas, ni otros partidos, sino la Nación, el pueblo en suma, el que contaba con el derecho indisputable de dar su fallo sobre aquellas formas políticas y adoptadas o no según lo creyera conveniente.

Amaba las libertades y derechos individuales que consagran la personalidad humana, sin los que resultaba imposible, el principio de soberanía nacional. Como demócrata, abogaba por una sola Cámara, representativa de la unidad nacional y de la igualdad política de todas las clases, quería la autonomía de la provincia y del municipio; la abolición de las quintas, especie de servidumbre mo-

derna para las clases pobres; un sistema de impuestos basado en los principios democráticos; la libertad en toda su pureza, sin trabas artificiales; la resolución de todos los problemas políticos, administrativos, económicos y sociales.

A él le tocó vivir una época en que Espartero contuvo a O'Donnell y éste a Narváez; y un proceso político en el que se manifestó abiertamente la latente revolución que impulsó de siempre a los moderados a ser absolutistas, produciendo un antagonismo que crecía y se desarrollaba abiertamente dentro del poder. Y a los progresistas a ser demócratas, si no por su voluntad, sí por la fuerza de los hechos. La descomposición estaba ya en marcha a finales de 1856, momento en el que Villamartín decide su marcha a Cuba, de donde vuelve enfermo en los primeros meses de 1861.

Su etapa de colaborador de prensa, se reduce a 1870 y primeros meses de 1871, y en ella se nos manifiesta un Villamartín que defendía el sistema republicano, único según él, con posibilidad de ofrecer a la nueva situación creada por la Revolución española una salida decorosa, pues sólo la República sería capaz de levantar los caracteres de una raza degradada, y sólo de los grandes caracteres saldrían grandes capitanes y vigorosos ejércitos, amantes del pueblo y de la Patria.

La idea republicana la veía lejana, pues aún restaba realizar años de laborioso trabajo de proselitismo, arrasar viejos alcázares y arrollar intereses caducos, desechando como símbolos la guerra y la espada, aunque tuviera que esgrimirse alguna vez sobre las viejas y corrompidas Cortes.

Era preciso nacionalizar más el Ejército, fundirlo con el pueblo, amoldar sus instituciones a las políticas y sociales de un Estado libre y a lo que exigía la ciencia económica y el arte de la guerra de su tiempo.

«Se hacían precisos planes nuevos y revolucionarios, creadores de un Ejército nacional del país y para el país y no compuesto de ciegos batallones del Rey, del Ministro, de la pandilla».

Según Villamartín, el Ejército español estaba afligido por el peso de «esa inmoral y monstruosa organización militar permanente», muerte de la sociedad española que absurdamente atacaba con vanas declaraciones contra el militarismo. Lo que resultaba necesario practicar, era corregirlo, penetrando hasta el corazón del instituto armado, para cambiar de un modo absoluto, radical, íntimo, su modo de ser y sus funciones.

La peor llaga del Ejército era la carencia absoluta de una ley escrita, porque la Ordenanza estaba fuera de las condiciones del carácter español; resultaba una rapsodia de leyes de distintos tiempos y naciones, y no habían regido, ni regían, ni regirían nunca todo el sistema militar español, en tropas, defensas, obras, unidades, clases y administración, porque no eran sino un tenebroso y revuelto caos. A pesar de ello, Villamartín pensaba que sólo el caos podría proporcionar principios creadores; el Ejército era una primera materia al que podría darse aplicación y forma nueva. Si esa reforma eran capaces de hacerla, la sociedad española estaba salvada; caso contrario, si marchando por el camino donde tantos se habían estrellado, se pretendía hacer un Ejército sin ley, una masa ciega y sin instintos, apelando a lugares comunes de Ordenanza para tenerlo más al servicio del poder, su espíritu nacional unas veces, su espíritu de clase otras, estallarían como antes y seguiría eternamente la serie de pronunciamientos militares, ya en pro de la reacción, ya por la revolución, no teniendo otra vida España que la azarosa y horrible del caudillaje.

Villamartín creía que la fuerza material de las democracias estaba en las escuadras y no en los ejércitos, por ser aquéllas las que mantenían mejor las relaciones entre pueblos distintos, porque los mares son menos frontera que las montañas. La República vendría a hacer de España, una gran potencia marítima, quedando las fuerzas de tierra para la seguridad de los caminos, campos y ciudades, manteniéndose la posibilidad de su ampliación en caso de necesidad.

Todo ello sólo sería posible afirmando las instituciones de fuerza en los eternos fundamentos del derecho, y no en pueriles tradiciones, que siguiéndolas con la torpeza como se habían seguido en España, no habían proporcionado más que el desconcierto en la administración, el envilecimiento de la política, el espíritu de facción y la decadencia del país.

El sistema propuesto por el pensador y tratadista militar era:

1.º Armamento y tiro nacional, y con esto fuerzas populares, reserva nacional.

2.º Libertad de carrera y vocación, y por consiguiente abolición de quintas, y desde luego el licenciamiento.

3.º Libertad de industrias y enseñanzas, y de aquí la supresión de fábricas y escuelas.

4.º Igualdad ante la ley, y por tanto un solo fuero, el de campaña; un solo orden de tribunales, los del país y el jurado militar.

5.º Seguridad de caminos, campos y ciudades, como servicio público militar permanente y como embrión del Ejército.

Una vez desarrollados estos principios, Villamartín manifiesta que resultaría fácil apreciar que revolución tan radical no se efectuaría en el modo de ser de los elementos de guerra nacionales.

Amagados y fundidos al amparo de las mismas leyes e instituciones que los de la paz y del trabajo, engranados íntimamente en el sistema político y social del país, progresando y viviendo con él y no con una vida artificial, extraña y a veces opuesta a la del pueblo, no a merced de los principios anacrónicos y bárbaros del siglo XVII, sino de los civilizadores y armónicos de la democracia republicana del XIX, y de acuerdo con el carácter nacional, habían de ser esos elementos de salvación de la sociedad española. Así se evitarían oír el angustioso: «¿Qué piensa el Ejército? ¿En qué sentido está la tropa? ¿Con qué batallones cuenta el General?». Eternos ayes de España que demostraban que era allí donde estaba el órgano herido, la tensión nerviosa del dolor.

SITUACION DEL EJERCITO

El Ejército español, a pesar de sus heroicas virtudes, y sólo por vicios de su constitución, estaba perturbado, desquiciado y revuelto.

Según Villamartín, tal situación sólo podría ser corregida por una República que llevara prejuzgada todas las cuestiones militares a la esfera del gobierno, creando y constituyendo su fuerza pública en un par de Gacetas.

Los vicios pasados habían legado al país el funesto censo de doce o catorce mil generales, jefes y oficiales que se hacía necesario amortizar en puestos civiles colocándolos por los cantones, escuelas de tiro, comisiones de armamento, instrucción de fuerzas populares y otros trabajos, asignándoles, no la paga completa, sino el 60, 70 u 80 por 100, según el grado y según la localidad donde prestasen sus servicios.

Villamartín estaba persuadido de que esto no era sino una componenda, pero era necesario sacar de ella todo el bien posible,

pues sabía que esa distribución de la oficialidad por las ciudades y en relación directa con los municipios, había de facilitar la transición del sistema de fuerzas permanentes activas al de reservas populares, ofreciendo a la vez la ventaja de tener, mientras hubiera tal sobrante de personal, ocupados en servicios de la República y amoldándose y educándose para ella, una porción de jóvenes que, amontonados con media paga en los cafés y plazas públicas, perdiendo virtudes militares y no adquiriendo actividad ni facultades para el trabajo civil, eran un elemento deletéreo de las fuerzas oficiales legales del país.

El cambio de ejército permanente a reservas nacionales, debería producir en España, la supresión de capitánías y direcciones generales, y tantas otras reformas absolutamente imprescindibles.

Villamartín consideraba necesario el armamento del pueblo, de donde deberían salir tropas activas, fuerzas permanentes, valientes y aguerrida, y tropas sedentarias tenaces y heroicas, que hicieran imposible cualquier invasión extranjera.

El establecimiento de escuelas de tiro nacional donde recibirían instrucción las reservas del ejército. Tales escuelas, según Villamartín, harían que el hombre respetara al hombre y el ciudadano a la Patria, porque según él, no había pueblo tirador antiguo ni moderno, desde el hondero balear al balletero suizo, que no se hubiera distinguido por un alto espíritu de independencia y amor patrio.

PLANTILLAS Y GASTOS MILITARES

En 1870 existían de reemplazo 78 Coroneles, 118 Tenientes Coroneles, 577 Comandantes, 559 Capitanes, 226 Tenientes, 661 Alféreces que eran 2.213 que gravaban el presupuesto en más de doce millones de reales, que lo gravarían en veinticuatro si cobrasen toda la paga, pero que su estado de disgusto y ociosidad les hacía gravar moralmente más de lo que costaba su presupuesto. Era preciso darles trabajo, con lo que se conseguiría dar un impulso a esos cantones, que Villamartín creía supondrían la institución base del federalismo en la fuerza pública y el comienzo de la autonomía del municipio y del Estado.

Observamos cómo Villamartín veía la organización federal de la fuerza pública, basada en el tiro nacional y en las reservas ciudadanas desnudando previamente al ejército de las «capas biológi-

cas que sobre él se habían formado con las guerras dinásticas, los rancios tributos y los privilegios de clase».

El Ejército, con la Guardia Civil y los Carabineros, eran, para el pensador militar:

— Un Ministerio con 105 empleados de plantilla, que costaban 324.681 pesetas.

— Diez direcciones, a saber: Estado Mayor, Infantería, Artillería (con dos juntas consultivas), Ingenieros (con cuatro dependencias), Caballería, Vicariato, Administración (con la intervención), Sanidad, Guardia Civil y Carabineros; que tenían 316 empleados y costaban 1.568.651 pesetas.

— Un Consejo Supremo que con once auditorías, empleaba 127 personas y gastaba 522.778 pesetas.

— Once Capitanías Generales, cinco Comandancias Generales, Cuarenta y ocho Gobiernos de Plaza, que con sus Estados Mayores, Intendencias, Auditorías, etc., empleaban 1.084 personas, cuyos gastos ascendían a 3.741.677 pesetas.

— Seis escuelas, sin contar con las prácticas de Artillería, a saber: Infantería, Caballería y herradores, Artillería, Estado Mayor Ingenieros y tiro, donde recibían instrucción quinientos jóvenes, que costaban 681.295 pesetas.

— Ocho fábricas, a saber: armas blancas de Toledo, maestranza de Sevilla, con pirotecnia y fundición, pólvora de Murcia y Granada, fundición de Trubia, fusiles de Oviedo, todo lo cual importaba 3.563.784 pesetas, y producían objetos por valor de 1.500.000 pesetas.

— Treinta y nueve plazas y castillos con diecisiete parques y tres escuelas prácticas de Artillería, donde se empleaban con las fábricas 179 Jefes de Artillería y Administración, 657 maestros, obreros, etc., 70 de obras y 150 conserjes, peones, etc., que con jornales, materiales, reparos, etc., gastaban 1.493.789 pesetas.

Varios hospitales, con su personal y material, 2.874.617; raciones, pan, agua, pienso, etc., 8.787.663; utensilio, camas, mesas, bancos, etc., 1.814.578 pesetas.

Tal volumen no era sino la cabeza de un monstruo que tragaba 25.372.503 pesetas.

Esta era la causa por la que Villamartín defendía una organización popular, igualando fueros, reduciendo mandos, arrasando privilegios, libertando industrias, que fuera capaz de corregir enfermedad tan grave y onerosa.

El cuerpo de tan desproporcionada organización estaba compuesto por:

— Infantería: 123 batallones activos con 3.090 oficiales, 56.724 individuos de tropa, y 40 en reserva con 160 oficiales, que consumían entre todos 22.376.281 pesetas.

— Artillería: cinco regimientos, a pie y montados, uno de montaña, ocho batallones y la remonta, 535 oficiales, 7.894 individuos de tropa, 2.139 caballos y mulos, 4.118.301 pesetas.

— Ingenieros: dos regimientos, una brigada topográfica, 145 oficiales, 2.792 individuos de tropa, 1.446.405 pesetas.

— Caballería: 18 regimientos, dos escuadrones sueltos y tres remontas, 1.024 oficiales, 8.882 individuos de tropa, 6.800 caballos, 5.893.490 pesetas.

— Guardia Civil. Los tercios: 562 oficiales, 11.467 individuos de tropa, 1.440 caballos, que con cuarteles, material y pienso costaban 13.709.960 pesetas.

— Carabineros: las comandancias con aduanas y puertos, 770 oficiales, 12.691 individuos de tropa, 605 caballos, y ¡«horror!, ¡treinta y cuatro matronas!».

Todo esto costaba al Estado con material y personal, pesetas 13.153.072.

La reserva sedentaria, los obreros de la administración, las compañías fijas y sueltas de tropa de mar y tierra en las costas de Africa y las cinco compañías sanitarias, sumaban además 2.275 hombres, cuyo presupuesto ascendía a 967.377 pesetas.

De manera que el cuerpo que Villamartín titula de monstruo, sumaba 11.000 oficiales, 102.235 individuos de tropa en activo, 10.994 caballos y mulos, y 55.711.456 pesetas.

Después había que añadir una tremenda cola que sumada a lo anterior se tragaba, en números redondos 450 millones de reales, y todo para poder colocar en orden de combate a unos ochenta mil hombres.

RANCIAS RUTINAS Y ODIOSOS PRIVILEGIOS

¿Qué representaba un sistema militar que gastaba en combatientes treinta millones y nada menos que ochenta en oficinas, centros sedentarios y fuerzas perdidas?

El Ejército estaba lleno de rancias rutinas y odiosos privilegios, que reflejaban una tiranía cruel y no por eso débil, misera por dentro y despreciada por los de fuera, con motines de pretorianos, fajas, galones y estrellas, no ganados en campos fronterizos de batalla y gloria, sino arrastrándose por alfombras y combatiendo con mujeres, muchachos y obreros en las calles, en definitiva, contra españoles.

Era pues preciso, insiste Villamartín, en dar al traste con las once capitanías, las diez direcciones, las ochenta y siete plazas y castillos, y la inmensa cohorte de pasivos y fuerzas perdidas que consumían sin fruto dos terceras partes de lo que España pagaba para fuerza pública mal organizada.

Según él debería instituirse la milicia popular voluntaria, en sus dos facetas de sedentaria y movilizable, con armas propias, y sólo como depósito o préstamo las del Estado; sin uniforme, para combatir defensivamente, sin salir de su barrio o calle, la primera.

En cuanto a la movilizable, que constaría de las tres Armas clásicas; usaría las armas del Estado, y estaría encuadrada en unidades orgánicas; con escasas prendas de uniforme y cuyo jefe, en época normal sería el ayuntamiento. Para salir del radio de acción del municipio, sería necesario, además de su libre voluntad, sueldo o compensación, y sujeción a la ley de campaña.

Con toda esta organización y con otras fuerzas llamadas provinciales, complementarias de las anteriores, Villamartín iba directamente en contra de lo que él mismo llama «funesto militarismo, cáncer de la sociedad española».

En sus proyectos y manera de enfocar la nueva organización deseable para España, se titula federalista, de una federación unida, firme y poderosa, esgrimiendo argumentos que ya expusiera en sus *Nociones del Arte Militar* escrita años atrás.

Ataca directamente al «ejército de caudillaje oficial o de caudillaje de partido», marchando abiertamente contra las viejas organizaciones, para lo que no había más remedio que el licencia-

miento en masa, y una trituración del sistema conocido, inspirándose en el espíritu popular de las aldeas y ciudades de España, para potenciar definitivamente las milicias provinciales, que, de siempre habían concentrado en sí el vigor de la fuerza militar de España, estimulándose unas a otras y creando entre todas el más enérgico de los espíritus nacionales, único salvador de todas las grandes crisis, razón por la que los provinciales, habían resultado de siempre incompatibles con los gobiernos reaccionarios, que temiendo que el amor de la provincia fuera un obstáculo a los abusos del poder central y causa de formidables insurrecciones, se apresuraban a disolver estas fuerzas apenas juraban los ministros su cargo, y la última disolución, la de 1857, se llevó a cabo con tal injusticia y de forma tan irritada que, obligados sus componentes a incorporarse a los regimientos de línea saliendo de sus provincias para formar terceros batallones contra toda la ley y contrato, se negaron a jurar las banderas, y alguno pereció en el cadalso, mártir de su derecho.

DEFENSA DE LAS MILICIAS PROVINCIALES Y NUEVAS LEYES MILITARES

Tal vez por eso, fueron siempre los provinciales la única institución militar querida por el pueblo, patrocinada por los municipales, aceptada por aquel, no sólo con gusto, sino con entusiasmo, haciendo suyas propias las glorias de sus banderas; por eso también se esmeraban las provincias en facilitar su reclutamiento, acuartelamiento, vestuario y subsistencias; por eso también, era odiada esta milicia por el poder central, y por eso debería ser, según Villamartín, la base de la fuerza federal, «adaptando todavía más su forma orgánica a lo que exige el ideal republicano».

Las milicias dependerían de su Estado respectivo, y sólo podría el Gobierno central intervenir en ellas cuando «por acuerdo de los Estados» conviniera en caso de guerra el pase de tropas de uno a otro y el levantamiento o la concentración en alguno para grandes operaciones.

Como lazo de unión entre todas estas fuerzas, estarían los establecimientos e institutos federales, que constituirían el principio orgánico de la defensa nacional, complemento de la unión de las milicias populares y provinciales y el germen de toda la masa militar que la Nación pudiera presentar en las grandes crisis, sufragada entonces por el presupuesto general, y dirigida por el poder

central, y cuyo servicio se extendería a todo el territorio, de acuerdo con los Estados, obedeciendo en aquél en que se hallaran a su Constitución particular, y uniéndose con las tropas provinciales en un solo cuerpo, siempre que fuera necesario.

El código del Ejército quedaría totalmente reformado, quedando únicamente el que se llamaría fuero de campaña y de disciplina, para delitos y faltas militares:

— Todos los delitos y faltas comunes cometidos por militares estando de servicio en paz o en guerra.

— Todos los cometidos por militares o paisanos dentro de los cuarteles, parques, fortalezas sin vecindario, o cualquier otro establecimiento militar.

— Todos los cometidos por militares contra la subordinación, disciplina, incumplimiento del servicio encomendado, abuso de mando, y en general todos los que afectaran a la organización y leyes especiales de la milicia.

Fuera de estos casos tipificados, los militares serían juzgados por los tribunales del territorio y con arreglo al código.

Según Villamartín, las nuevas leyes militares, con garantías para el soldado, con derechos reconocidos, y vaciando por completo la inauguración de la vida militar por los reclutas, que normalmente se hacía de tan rápida y bárbara manera, serían muchos los voluntarios. Todo menos la injusta quinta.

RESPECTO A LOS DERECHOS DEL CIUDADANO SOLDADO E INGRESO EN LA CARRERA DE LAS ARMAS

El respeto a las garantías y derechos del ciudadano del soldado, era para Villamartín la gran revolución que se debería hacer en la esfera militar. Ni el soldado ni el oficial deberían ser tales mientras no vistieran de uniforme y se hallaran de servicio, y con ello, se hubieran evitado, con gran ventaja de la disciplina, muchas necias persecuciones y no pocos problemas que habían aquejado a España y a su Ejército. «Más fácil y justificada represión hubieran sentido los militares díscolos y revoltosos; y esas pueriles recomendaciones y órdenes de que el militar no escribiera, ni asistiera a manifestaciones, ni pensara en política, que en último extremo no servían para nada, ni evitaban nada, ni nadie hacía caso de ellas,

ni daban otro resultado que alguna molestia personal y el exhibir, haciendo importante por el castigo, una oscura medianía, no habría necesidad de expedirlas si no se viera en el militar otra cosa que lo que es y debe ser cuando está de uniforme y en su puesto, y sin importarnos un ardite lo que fuera del círculo militar, como escritor o como político, como no nos importa como comerciante o propietario que quiebre o que se incendie su casa».

El medio de ingresar en la carrera de las armas debería ser el de soldado, sujetándose a partir de un momento a un público certamen para los ascensos, contemplándose también los extraordinarios y los méritos de guerra.

Excepto la condecoración de San Fernando, deberían ser suprimidas todas «porque para nada sirven y nada significan». Desaparición del desmoralizador sistema de grados, por ser causa de desquiciamiento en el Ejército.

EL REVOLUCIONARIO SISTEMA MILITAR DE VILLAMARTIN

Villamartín confiesa que sus artículos iban a ser considerados, por los unos, como rojos, y por los otros, como blancos; que los partidarios del rancio servilismo social verían en el sistema expuesto por él, la indefensión y la muerte del país, y los ideólogos la tiranía, la fuerza bruta, la última ratio, sino la de los reyes, del pueblo armado y violento. Pero la fe mueve montañas, y la suya le anunciaba, tras la decantación y el estudio, que había llegado la hora de la muerte para los ejércitos gubernamentales, reales, privilegiados y permanentes, «estigma en la faz de las naciones», y que había sonado la hora de la fuerza federativa, el hombre defendiendo el hogar; la milicia defendiendo el término; la milicia asociada con el padre de familia defendiendo la provincia, y la federación de las milicias defendiendo la Patria y los intereses comunes en el continente.

El sentía cuando escribió sobre el «Ejército de la revolución» (así al menos lo manifiesta), «el amor a lo bello sin excluir lo fuerte, el amor a la Patria sin aversión a las otras nacionalidades, el amor a la paz, potencias eléctricas de opuesto término, que en ecuación de iguales miembros producen la fecundante lluvia en vez del horrible rayo».

Por eso se atrevió a presentar para España un sistema militar de fuerza, «de inmensa fuerza en plomo y acero» —dice él mismo—;

un sistema que destruyera las viejas instituciones sin lastimar los intereses de persona; un numeroso ejército con conciencia y germen permanente, sin tropas permanentes, que a él le parecían puñal de dos filos en mandos del poder, y muerte en lugar de salud de la paz pública, llaga de las sociedades modernas, y más que de otras de la española.

Como él pretendía cauterizar y curar semejante pústula, estudió a fondo el fenómeno militar español. Su postura respondía a que ya no estaba dispuesto por más tiempo a escuchar quejas de sus compañeros, a planteárselas él mismo, y a seguir sometidos todos a la «eterna fiebre de regimientos pronunciados por dos empleos y despronunciados por tres o por una cruz bajo la influencia de sus Generales, hoy entusiastas monárquicos, mañana resueltos patriotas».

En el fondo él sabía que no había fe ni deseo de curar el maligno cáncer militar que pudría a España. El admitía previamente que sus teorías sobre lo que debería ser el Ejército podrían estar equivocadas, e incluso invitaba a sus compañeros a realizar otros estudios en contra del suyo, pero lo que no soportaba eran «las ridículas circulares y reglamentos recordando añejas leyes de honor y disciplina de los tiempos de Felipe V, cuando en el gran horno de las revoluciones se fundían creencias, mitos, liturgias, costumbres, intereses, fronteras, tronos, togas, entorchados, y hasta el hacha del verdugo».

EN BUSCA DE UN EJERCITO DEMOCRATICO

En los doce artículos que publicó en el diario democrático «La Discusión», en los meses de febrero y marzo de 1870, Villamartín —así lo manifiesta—, se propuso quemar la vieja Ordenanza, nacionalizar el Ejército, dar empleo útil a todos los oficiales que había, licenciar los soldados, abolir las quintas, abolir la pena de muerte por los delitos artificiales hijos de la organización de tropas, crear fuerza pública para la ciudad y propia de la ciudad para el término y propia del término para la provincia, y propia de la provincia para la Patria, y propia suya, fundándolas todas, defendiéndose a la vez que propagando, siendo el vehículo del progreso de los continentes unidos.

Para conseguir este propósito se propuso tomar el sistema entonces en vigor tal como era; desquiciarlo y triturarlo, para amasar

con sus cenizas la nueva fuerza pública (título que luego dio a un periódico fundado por él en noviembre de 1870, del que no parece exista ninguno de los tres o cuatro ejemplares que debieron publicarse), municipal, provincial, de policía y federal con un fuero solo, único y vigoroso; con una autoridad civil, con una sola dirección pericial, la guerrera, la militar; con una clase de hombres, la ciudadana, la de las repúblicas que dieron principio a la civilización de los mundos, la de los ejércitos cuyos soldados dejaban la espada en su vivac o su cuartel para asistir a los dominios.

«Si todo nuestro plano quiere sintetizarse —escribe como colofón a sus artículos—, propondremos que puesto que la ley es todo lo que entraña derechos, decreto, todo lo que regulariza el cumplimiento de la ley, y reglamento todo lo que talla las prácticas de ejecución de esa ley práctica, que de suyo son variables, según el tiempo, el lugar y el modo, se necesita acabar pronto esa decantada reforma de la Ordenanza militar, reforma que emplea comisiones hace más de veinte años, reforma que nunca llega, y que cuando llegue no será otra cosa que el retoque del arte novísimo en la obra del arte viejo; es decir, lo híbrido del espíritu de autonomía individual con el de autoridad eterna y absoluta; las almas de los Generales de Ardoz, Vicálvaro y Alcolea, pactan con las almas de los Generales del Rosellón y Bailén».

Finalmente reclama con urgencia una ley orgánica de fuerza pública, que compendiaría la subordinación y autoridad de las clases militares entre sí; una ley de enjuiciamiento militar distinguiendo clases de tropa; una ley de reemplazos, ascensos y recompensas; una ley de retiros y pensiones; una ley penal más rica en filosofía y más práctica que la de entonces. Además de todas estas leyes, se hacía necesario un reglamento para cada Arma; con un reglamento de corrección de faltas leves, con un reglamento de plazas, cantones y establecimientos; con un reglamento administrativo; en fin, con todos los necesarios según la marcha de los tiempos, no dejando como cuerpo de ley más que lo que entrañase derechos y toda la legislación militar precisa, exacta y firme, quedaría reducida a cien artículos y no a los cinco tomos de Antonio Vallecillo, que todos invocaban cuando les convenía la ciega obediencia.

Esta era su teoría de lo que debería hacer la Revolución en la esfera militar, trabajo de quince días según él, que se venía intentando desde hacía veinte años, entre otras finalidades, para ahuyentar el fantasma de la autonomía militar tuteladora.

VILLAMARTIN, ESCRITOR ROMANTICO

Por Luis LOPEZ ANGLADA
Coronel de Infantería

LA EPOCA DE VILLAMARTIN

Más de un lector se habrá quedado sorprendido al leer nuestra calificación de «escritor romántico» aplicada al insigne tratadista militar don Francisco Villamartín, cuya obra *Nociones del Arte Militar*, con su metódica realización y su agudo análisis estructural tan lejano parece de la vehemencia, pasión y hasta morbosa friolidad que parece caracterizar a los escritores del Romanticismo.

Decimos, parece, porque es ya un tópico de nuestra cultura el considerar a los románticos casi exclusivamente como unos sentimentales, dados exclusivamente a la melancolía y la exageración de su atuendo «romántico». Claro que fueron los propios escritores de la época (Larra, Mesonero Romanos) quienes satirizaron la estampa «romántica» de quienes entonces (lo mismo que ahora) sólo saben escoger, de cada actitud filosófica y vital, más que lo accesorio y superficial.

El «Romanticismo» fue algo más que una moda. Fue toda una reacción ante la decadencia del espíritu «clásico», el exceso de normativas y academicismo. *A la norma erigida en guía sobrehumana —dice Guillermo Díaz-Plaja (1)— sustituye la humana voluntad; a la unidad política y cultural —Absolutismo y Academia— reemplaza la libre decisión de cada espíritu.*

El «Romanticismo» cubre en España la casi totalidad del siglo XIX. Y pronto se notan las dos actitudes que según Francisco

(1) *La poesía lírica española*, Guillermo DÍAZ-PLAJA. Editorial Labor, S. A., Madrid, 1948.

de Tubino (2) perfilan su manera literaria. *Dos bandos partían ya la arena del Romanticismo en creyente, aristocrático, arcaico y restaurado y descreído, democrático, radical en las innovaciones y osado en los sentimientos...* Venía a ser Walter Scott el adalid de la primera actitud que oponía un recio valladar a las disolventes máximas del liberalismo nivelador; Víctor Hugo venía a ser el escandalizador de los públicos, con las inauditas libertades artísticas del *Hernani* y de *Nuestra Señora de París*. *El primero de los aspectos* —dice Díaz-Plaja— *es el que, triunfante en Madrid, se impone a toda España.*

La vida de Villamartín transcurre, enteramente, dentro de la época romántica. Nace en 1833, precisamente en los años en que el «Romanticismo» triunfa plenamente en la escena española. No olvidemos que «Don Alvaro o la Fuerza del Sino», el tremendo drama del Duque de Rivas al que se anunció como un «drama romántico» en los periódicos de la época y cuyo triunfo ha sido considerado como la consagración de la escuela en España, se estrena en 1835 y el célebre Don Juan Tenorio, en 1844. Se ha venido llamando a la guerra de 1860 contra Marruecos «La guerra romántica» y la leyenda «El Moro expósito», cuyo prólogo, debido a Antonio Alcalá Galiano, viene a ser considerado como el verdadero manifiesto del «Romanticismo» (3) se publica en 1834.

La muerte de Villamartín se produce el año 1872, dos años después de la de Gustavo Adolfo Bécquer y siete antes que la de Adolfo López de Ayala, el romántico inspirador de la sublevación de 1869 y en parte, su antagonista literario en la batalla de Alcolea.

Aunque es muy poco conocida la biografía de Villamartín, de las aportaciones que a su historia hacen los escritores Luis Vidart (4), Nicolás Estévanes (5) y Arturo Cotarelo (6) sabemos que Villamartín fue asiduo concurrente a reuniones de escritores, tertulias y ateneos. Amigos suyos fueron don Gaspar Núñez de Arce, Pi y Margall y el exaltado escritor romántico Fernando Garrido, al que Azorín ha proclamado como «primer socialista de España» (7). Gracias a Núñez de Arce sabemos que Villamartín escribió

(2) *Historia del Renacimiento literario contemporáneo en Cataluña, Baleares y Valencia*, Francisco TUBINO. Madrid, 1880.

(3) *Historia de la Literatura española*, por Juan HURTADO y Angel GONZÁLEZ PALENCIA. Madrid, 1932, pág. 827 (Caracteres Generales del siglo XIX).

(4) Prólogo a las *Obras selectas de Francisco Villamartín*. Madrid, 1883.

(5) *Mis memorias*, por Nicolás ESTÉVANEZ. Ed. Tebas. Madrid, 1975; pág. 211.

(6) Apéndice a las *Nociones de Arte Militar*, de F. VILLANA TIN (Ob. cit.).

(7) *De un transeúnte*, AZORÍN. Madrid, 1958.

un drama que no se llegó a publicar ni fue representado, al que tituló «El Tuerto Rey» y que, al parecer, se trataba de una obra de gran mérito, de intención social y de carácter satírico.

De la asistencia de Villamartín a reuniones hay una clara constancia en las «Memorias» de Nicolás Estévanes en las que, al referirse a las sesiones privadas, preparatorias de la fundación del Ateneo, habla de la presencia de Villamartín en una de ellas, donde, discrepando de lo propuesto por el propio Estévanes, dice que exclamó: *Donde quiera que se reúnan tres hombres aparecen tres tendencias; aquí también se dibujan... y más de tres. Yo creía que representaba la tendencia radical, la extrema izquierda; pero después de lo que ha dicho Estévanes me declaro godo.*

De las notas características del «Romanticismo» en nuestra Patria, vienen a coincidir casi todos los autores en el aspecto «nacional» que quiere infundirse al arte. *Comienza —dice Díaz Plaja en la ob. cit.— siendo una reacción contra el neoclasicismo francés... Arte, radicalmente propio, libre de las trabas retóricas, que atienda únicamente a la voz del genio.*

Villamartín, hombre de su tiempo, problema abiertamente su adhesión a estas actitudes. El considera que la más dura tiranía que hemos padecido, ha sido la *Tiranía literaria*, según manifiesta en la dedicatoria que hace de sus *Nociones de Arte Militar*, al General De la Concha. Vale la pena copiar el párrafo (8):

Hoy que renace España a la vida de las naciones, y restañada la sangre de sus gloriosas heridas, se dispone a seguir su marcha de otros tiempos a la cabeza de la civilización de los pueblos; hoy que nuestra política, nuestra literatura, nuestro comercio, nuestra industria recobran su vida propia, nacional e independiente; hoy que en todos los ramos del saber humano sacudimos la tutela extranjera, ese criterio prestado, esa civilización que nos han vendido a gran precio los pueblos que de nosotros la recibieron antes, esa tiranía literaria, la más dura de todas las tiranías, aparece en las clases del Estado el deseo de estudiar su deber, según las necesidades y el carácter de nuestra raza y de dar a las artes españolas el sello de nacionalidad que perdieron.

Bastarían estas palabras, escritas en 1863, para que nos sirvie-

(8) Dedicatoria de las *Nociones del arte militar*, Francisco VILLAMARTÍN. Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1883.

ran como auténtico manifiesto de fe «romántica», de Francisco Villamartín. Veamos, sin embargo, qué características peculiares de aquel exaltado movimiento encontramos en sus obras.

LA INSPIRACION PATRIOTICA

Una constante del Romanticismo, en cualquiera de los géneros en que se le estudie, es el patriotismo. Aparte de su natural sentimiento de rechazo de influencia francesa por la nacional, y de ser una tónica general en todos los países la exaltación de la historia patria, en España se agudiza este sentimiento por las luchas en que ha tenido que intervenir; de manera lejana en la Guerra de la Independencia y de manera más próxima en la lucha contra el absolutismo de Fernando VII, causa de la marcha al exilio de muchos de sus principales figuras que bebieron en Francia en las fuentes más exaltadas del Romanticismo.

El amor a la Patria, la exaltación de sus gestas y grandezas, el canto a sus virtudes, *el deseo de que España renazca y recupere su privilegiado puesto en el concierto de las naciones* (9) son ideas y sentimientos que hallamos expresados por doquier en la obra de Villamartín. Hay una frase que sirve para expresar cuanto afirmamos:

El despecho que nos han causado las apreciaciones que autores extranjeros hacen sobre nuestro país y nuestro ejército, nos ha impulsado a tomar la pluma.

Villamartín entra de lleno en nuestra Historia Militar con el mismo entusiasmo con que el Duque de Rivas y José Zorrilla se adentran por las viejas leyendas para entonar el himno de las propias grandezas. Del mejor estilo «romántico» es la frase con que anuncia su estudio sobre el feudalismo: *Cae de las manos la historia cuando se llega al siglo V; la imaginación calenturienta no ve sino un revuelto remolino de ideas, de pasiones, de costumbres, de razas que se chocan, de familias que luchan a muerte, de Estados rotos en mil pedazos. Vense cruzar a escape en sus bridones, con sangre hasta las cinchas, misteriosos caballeros, visera calada, el acero desnudo; si los despojáis de esa ruda corteza de guerrero, no queda otra cosa que un hombre feroz, ignorante y fanático...*

(9) Villamartín, un militar filósofo y escritor, de Alberto COLAO SÁNCHEZ. Murcia, 1980.

Su cuadro de las costumbres medievales no los hubiera pintado con colores más vivos el propio Víctor Hugo. *El hambre, la lepra y la peste son reinas de estas generaciones de mendigos y homicidas; la ciudad no existe, el hombre huye del hombre; el que no sabe matar, en lo más escabroso de una montaña levanta una ermita para adorar allí, lejos del mundo, a un Dios cuya ira santa el mundo desafía; el que sabe matar levanta un castillo, como el ave de rapiña su nido, y desde allí lanza la desolación y la muerte a las comarcas que dominan las almenadas torres de su mansión.* Si no se tratase de un libro de ciencia militar, el lector pensaría que había tomado en sus manos una fantástica leyenda de Enrique Gil y Carrasco.

Del más puro estilo «romántico» es la visión de Villamartín, del orador militar ante el que ensalza la grandeza de los asuntos, *arrebataudamente bello el anuncio de una gran batalla, la confianza en la victoria, el recuerdo de las pasadas glorias, el amor a la patria y los fastos agüeros que presagian el triunfo.* Para Villamartín la oratoria ha de ser clara, lacónica vehemente. Se debe usar el idioma de las pasiones. Y entusiasmado con la visión de la arenga exclama:

¡Qué formas tan caprichosas, qué reglas tan especiales, que giros tan extraños ha de tener el discurso pronunciado sobre un montón de ruinas por tribunos con un suelo alfombrado de cadáveres, ante un auditorio armado, agitado por las pasiones más apuestas!

Los apuros económicos que padece, casi todos ellos como consecuencia de haberse endeudado al publicar, por su cuenta, las *Nociones del Arte Militar*, conducen a Villamartín al periodismo y le impulsan a un recurso que, curiosamente, es el mismo que utiliza otro gran romántico, Gustavo Adolfo Bécquer, para procurarse recursos especiales. Es el de publicar estudios sobre los monumentos religiosos españoles testigos de tantas antiguas leyendas que tan gustosamente recogería su fantástico talante. Bécquer escribió la historia de los templos españoles, en colaboración con su hermano Valeriano. Villamartín, influido sin duda por la poesía de su amigo Núñez de Arce, emprenderá la publicación de una Guía del Monasterio de El Escorial (10).

(10) *Manual de viajeros, San Lorenzo de El Escorial*, de F. VILLAMARTÍN. Imprenta de Anselmo Santa Coloma, Madrid, 1886.

Este sitio agreste y solitario, donde se desencadenan los vientos que bajan de la sierra y donde la naturaleza se desenvuelve en un manto impenetrable de jarales y nieves, era el que debía agradar más al genio melancólico, perseverante, poderoso y terrible de Felipe II.

Don Gaspar Núñez de Arce, el último de los poetas románticos y amigo entrañable de Villamartín le había dedicado un largo poema que comienza diciendo:

*Es de noche, el Monasterio
que alzó Felipe Segundo
para admiración del mundo
y ostentación de su imperio,
yace envuelto en el misterio
y en las tinieblas sumido.
De nuestro poder ya hundido
último resto glorioso
parece que está el coloso
al pie del monte dormido.*

Estos versos que, como casi todos los de Núñez de Arce, alcanzaron gran popularidad en su tiempo, debía sabérselos de memoria Villamartín, pues en su trabajo repite, a veces, palabras y conceptos iguales.

Son importantes las obras que se han hecho para volver a dar espíritu a este coloso, que parecía como muerto o dormido, dice cuando da noticia de lo que se ha hecho en la biblioteca. Y al describir la situación del Monasterio despliega una vehemente y brillante inspiración «romántica».

Desde Oriente a Ocaso, cortando el Norte del horizonte, aparece la Cordillera Carpetana elevando sus picos de nieve y, allí, sobre la derecha y apenas estribado en la pendiente, levanta sus torres desafiando a la montaña, un monumento que es a la vez templo de Dios, choza y tumba del monarca más poderoso que sobre el mundo ha pasado...

VILLAMARTIN, POETA ROMANTICO

Hemos citado antes al poeta Gustavo Adolfo Bécquer, por la coincidencia de actitudes en el momento de procurarse, con la li-

teratura, un medio de acrecentar sus recursos monetarios. Lo curioso es que el paralelo entre Bécquer y Villamartín se produce por otras curiosas circunstancias. Por ejemplo el período en que viven:

Bécquer nace en 1835 y muere en 1870. Villamartín nace en 1830 y muere en 1872. Coinciden pues en su momento de actividad literaria y periodística y no es extraño que en su paso por las redacciones de los periódicos y en reuniones literarias, los dos escritores se encontraran y conocieran.

Más curiosa es la coincidencia en cuanto a su muerte. Los dos escriben con pasión y los dos se ven correspondidos por la más absoluta indiferencia de contemporáneos. Sólo a pocos momentos de su muerte comienzan a reconocerse sus méritos, pero ya es tarde. Los dos morirán con el convencimiento de que han fracasado y sus entierros serán pobres y casi sin acompañantes. La publicación póstuma de sus obras levantará el monumento de su fama.

Y como último paralelismo, guardando naturalmente las distancias en cuanto calidades, consideramos que los dos son poetas románticos.

Que Bécquer lo fuera está, naturalmente, reconocido y aún considerado como el más inspirado poeta del siglo XIX. Sin llegar a tanto, Francisco Villamartín escribe versos que han quedado casi en el anonimato hasta que el instinto investigador del doctor Fernández Araujo, descubrió, según nos informa Colao Sánchez en su obra citada, en los archivos del Hospital de la Caridad de Cartagena, un poema de Villamartín. Aunque sea la única muestra encontrada hasta ahora de la obra poética del escritor militar, su calidad —certeramente «romántica»— nos permite considerarle como poeta y pensar que tal vez deben existir otras muestras del astro lírico del autor de las *Nociones del Arte Militar*.

Es un poema apasionado, con todas las características de la poesía de su tiempo y que demuestra la honda religiosidad de Villamartín —aunque él presumiera de radical extremista de izquierdas— Colao Sánchez, después de dar cuenta de las características que permiten legitimar la autenticidad de su autor, dice de él:

Con ser un poema correctamente escrito en orden a todo requisito literario, más que el gusto de Villamartín por la literatura, revela su «cartagenerismo» acentuado quizá en la última etapa de su vida, cuando las tristezas, los desengaños y soledad traían a su me-

moria el recuerdo de los años felices, transcurridos en el entorno familiar de Cartagena.

No hemos de copiar totalmente el poema. Bastan algunas de sus estrofas para que no dudemos en calificar a Villamartín de poeta romántico. Véase el altisonante comienzo:

*Póstrate de rodillas, Cartagena;
a la madre de Dios Omnipotente
sagrada Virgen de ternura llena,
adora con espíritu ferviente...*

El gusto de la época por la exposición de muertes, pestes, guerras, etc., se hace patente en estos versos:

*El cólera los aires envenena,
atmósfera de muerte se respira
y su trono fatal sienta con ira
el tirano del Asi en Cartagena.*

Y como muestra última del esproncediano canto de Villamartín leemos esta fúnebre escena:

*Son los muertos de noche conducidos,
con misterio, sin pompa funeraria,
y rasga el aire funeral plegaria
ayes, voces, sollozos y gemidos.*

No añaden, ciertamente, ninguna gloria literaria estos versos a la grandeza del Villamartín, tratadista militar. Pero sirven para corroborar nuestra opinión de que el autor de las *Nociones del Arte Militar* y sus demás obras, debe ser, con todo mérito, incluido entre los más importantes escritores románticos del siglo XIX.

Conclusiones de los coloquios

CONCLUSIONES DE LOS COLOQUIOS SOBRE EL PENSAMIENTO Y LA OBRA DEL COMANDANTE VILLAMARTIN

En los tres coloquios celebrados durante los días 7, 8 y 9 de noviembre de 1983, intervinieron como ponentes el Consejero Togado del Ejército del Aire, don José María García Escudero; los generales don Miguel Cuartero Larrea y don Antonio Macía y Serrano; el coronel de Infantería, don Luis López Anglada; los tenientes coroneles don Miguel Alonso Baquer, don Mariano Aguilar Olivencia y don Fernando Redondo Díaz, y el capitán auditor de la Armada don Federico Trillo-Figueroa Martínez-Conde. La variedad de aspectos estudiados produjo una panorámica muy abierta que se concentró el último día a modo de declaración conjunta, en el documento que sigue.

El comandante de Infantería don Francisco Villamartín y Ruiz, nacido en 1833 y muerto antes de cumplir treinta y nueve años, es el máximo representante de los pensadores militares contemporáneos, que en su obra cumbre y casi única: *Nociones de Arte Militar* rayó a gran altura como filósofo de la guerra, como tratadista de la Ciencia militar, del Ejército y de su historia comparada, como moralista y sociólogo castrense y como escritor de depurado estilo. Del examen crítico comparativo de su obra, en su tiempo y en el nuestro, en lo nacional y en lo universal, deducimos las siguientes conclusiones:

1. Las *Nociones de Arte Militar* de Villamartín, entonces capitán de Infantería, constituyen una obra importante que sus contemporáneos de dentro y fuera de España consideraron a la misma altura que las obras del General británico Lloyd, del Barón suizo Jomini, del General alemán von Willisen, del Mariscal francés Marmont y del propio Clausewitz. Incluso los criterios sobre filosofía de la guerra y estrategia general de los tratadistas inmediatamente posteriores a su muerte —Lewal, Rustow, Pierront, Verdy de Vernois y Marselli— tienen en gran parte, en la obra de Villamartín, valiosos

antecedentes, que fueron inmediatamente señalados por los expertos españoles en ciencia militar. De ahí la continuidad de su prestigio.

2. En línea con el pensamiento filosófico de su época —Comte, Spencer, Hegel— Villamartín considera la guerra como un fenómeno natural, que mueve el proceso histórico con sentido catalizador. Acoge las reglas clásicas de la Escuela Española del Derecho de Gentes para moralizar la guerra, concluyendo: «No se debe apelar a la guerra sino después de haber apurado todos los medios persuasivos, no se debe hacer más daño del preciso». Incluso expone lo que luego será el derecho humanitario de la guerra al considerar como «una infame cobardía toda injuria hecha a los prisioneros y heridos del enemigo, respetando siempre la propiedad del pacífico ciudadano». Enuncia estas normas sólo en su carácter moral, porque percibe que carecen de valor jurídico coactivo al no existir en su tiempo una autoridad internacional unitaria capaz de imponer su cumplimiento.

3. Considera que la improvisación representa la quiebra de los ejércitos creados ocasionalmente por la urgencia de los momentos críticos. Estima necesaria en absoluto una preparación técnica y para ello, propugna conceder la máxima importancia a la enseñanza, pero destacando por primera vez la exigencia de su desarrollo con rigor científico, con metodología en su proceso, en la planificación orgánica y en la continuidad de la instrucción, como condiciones necesarias para poder elaborar una moderna concepción de las operaciones.

4. La moral militar tiene en Villamartín un sentido específico, ligado a los fines de la institución. Partiendo de una ética de fondo religioso, autonomiza la moral militar como moral profesional y, por ello, reduce las virtudes militares a las necesarias para el mejor desarrollo de la institución: la disciplina (como continente de subordinación y, dentro de ésta, el ejercicio del mando y la obediencia), el valor, y un «espíritu de cuerpo» que hoy se traduciría por compañerismo y, generalizando, abnegación.

Su concepto de la disciplina, «virtud que en sí sola circunscribe todas las otras y que es complemento de todas ellas», tiene Villamartín una caracterización ciertamente innovadora, puesto que trata de racionalizarla al definir que «la obediencia no es ciega, ni ilimitada», sino que está «encerrada en los límites que la ley señala», y que sin este escrupuloso «respeto a las leyes y reglamentos, el ejército es odiado en su propio país». La actitud concreta de Villamartín en la batalla de Alcolea corrobora la autenticidad de su pensamiento al subordinar la ideología personal a su sentido de la disciplina.

5. Las observaciones de Villamartín sobre la idiosincrasia del soldado español, sus virtudes y defectos, su aptitud para las arduas empresas y su disposición para superar las grandes dificultades, no sólo conservan su utilidad psicológica en cuanto a la formación integral del soldado y la instrucción militar, sino que tienen una proyección general que permite equipararlas a los más penetrantes análisis sociológicos del pueblo español.

6. Como historiador militar, Villamartín inicia una etapa de revalorización de lo español en la Historia Militar de su tiempo descuidado o silenciado por los tratadistas europeos del siglo XIX. En cuanto a su juicio sobre las guerras más próximas predomina esencialmente en él un claro positivismo y un deseo de extraer enseñanzas y conclusiones didácticas, siempre en apoyo de su teoría de la guerra.

7. Hay que valorar el estilo literario de Villamartín entendiéndolo en el conjunto de la vida intelectual de su tiempo, de la que recibe en toda su plenitud la retórica del romanticismo. Como escritor romántico se complace en la descripción de apasionadas escenas y actitudes, mientras que, por el contrario, al exponer su pensamiento filosófico evita todo desbordamiento «romántico» para utilizar una metodología apropiada y un lenguaje con el que se anticipó a los escritores de la siguiente generación. Extraña la inexplicable ausencia del nombre de Villamartín —como el de otros notables escritores militares nacionales— en los más importantes tratados de nuestra historia literaria, donde en justicia debieran figurar.

8. Hay, por último, un Villamartín ignorado, el de sus últimos años, que muestra deseos de revisar su obra, orientado hacia el periodismo, y cuyos textos eran desconocidos hasta que ahora han empezado a descubrirse por los ponentes de esta conmemoración. Destaca entre ellos la primera parte de un análisis de la guerra franco-prusiana de 1870, titulado: «La invasión germánica», y una serie de doce artículos en el diario *La Discusión*, donde Villamartín dio desarrollo a sus ideas anteriores sobre incorporación máxima del pueblo al Ejército con la aportación de la reserva nacional, el respeto a las garantías y derechos del «ciudadano-soldado», y la creación de un servicio público militar permanente como embrión del Ejército, principios cuyo radicalismo le hacía temer que no se llegasen a realizar.

9. Como consecuencia de estas conclusiones se considera oportuno formular tres propuestas:

9.1. Estimular la investigación, hasta ahora incompleta sobre la vida, el pensamiento y la obra de Villamartín, lo que en principio pudiera corresponder a un equipo de especialistas del tema integrado temporalmente en la Comisión Española de Historia Militar, como organismo más idóneo.

9.2. Fomentar el conocimiento del pensamiento y la obra de Villamartín, y como principio, una edición crítica de sus obras completas incluyendo los nuevos hallazgos, de cuya preparación pudiera ocuparse el mismo equipo de trabajo.

9.3. Difundir las obras de los numerosos escritores militares clásicos y contemporáneos —del pensamiento, la ciencia y la literatura— notoriamente olvidados en el campo general de la cultura española y extranjera por medio de concursos, ciclos de conferencias y, especialmente, publicaciones que puedan integrarse en las grandes obras bibliográficas, biográficas y enciclopédicas oficiales y privadas, de amplia y general difusión.

Buena oportunidad brinda para ello el tercer centenario de Santa Cruz de Marcenado, que se celebrará en el próximo año, y hay que señalar, como ejemplo, el extraordinario relieve con que se celebró el segundo, llegándose incluso a acuñar una moneda conmemorativa.

9.4. De la redacción edición y difusión, en su caso, de tales ediciones, podría ocuparse una Comisión o Seminario organizado por el Ministerio de Defensa, acaso también desde un órgano apropiado del CESEDEN. Parece asimismo aconsejable confeccionar un diccionario biográfico, un «Quien es quien en la literatura militar», que sería base para documentar las obras generales de historia de la literatura y las enciclopedias especializadas en lo científico-literario en su más amplio sentido, con una selección de los principales autores —se cuenta con más de 13.000 fichas— y que, en sí misma llegase a ser una importante obra para los investigadores y estudiosos de temas de ciencia, historia y literatura militares. Los profesionales y universitarios interesados en ellos constituyen ya numerosos equipos e individualidades, crecientes cada día, como se comprueba estadísticamente en archivos y servicios históricos e institutos culturales de las Fuerzas Armadas.

Todo ello sería muy beneficioso para esa relación entre Ejército y Pueblo que estamos fomentando, simbiosis entre la cultura militar y la universitaria, cuyo conjunto no es sino cultura popular en su más elevada expresión.

Discurso de Clausura

por el Excmo. Sr. D. Manuel Díez-Alegría,
Teniente General, de las Reales Academias
de la Lengua y de Ciencias Morales
y Políticas

DISCURSO DE CLAUSURA EN LA SESION CONMEMORATIVA DEL SESQUICENTENARIO DE VILLAMARTIN

«FIEL PERO DESDICHADO» (*)

Por el Excmo. Sr. D. Manuel DIEZ-ALEGRIA Y GUTIERREZ
Teniente General y Académico de la Lengua y de Ciencias
Morales y Políticas

El 23 de julio de 1833 nació en Cartagena el niño Francisco Solano Villamartín Ruiz que había de ser con el tiempo, abnegado Jefe de Infantería, honorable oficial consagrado al servicio de las armas, inteligencia tan privilegiada como poco valorada y distinguido escritor digno de mayor estudio y conocimiento más apurado que los que hasta hoy se le han consagrado. Aunque haya sido objeto de algún otro homenaje, hace ya de ello más de medio siglo y en ese cumplido lapso de tiempo su memoria vuelve a caer en el tópico del que aquella conmemoración, más formal que profunda, no le había sacado. El grupo de profesionales a quienes se debe la iniciativa de los actos que en estos días vienen desarrollándose patrocinados por el CESEDEN, no ha querido sumarse a esa indiferencia efectiva y con entusiasmo que supera los obstáculos los ha traído a realidad...

Su principal error ha estado tal vez al pedirme que en este acto final evocara ante vuestra presencia que tanto me honra, esa figura que bien merece ser destacada. Y lo señalo como un fallo porque tarea era para alguien más preparado y capaz de investigar los pormenores de la vida que, a pesar de cuanto se ha escrito, es aún bastante desconocida en sus detalles. Acepté sin embargo el embarazoso encargo porque me desvanece el privilegio de hablar de una honrosísima figura militar a la que sin reservas admiro y a quien, como dechado, se ha acomodado mi conducta en muchos momentos de mi larga carrera militar. Y así pronuncié su apología en el CESEDEN en 1975 conmemorando con algún retraso el centenario de su desamparado tránsito.

(*) Divisa, en español, del escudo heráldico de John Churchil (el legendario Mamburú cantado por las niñas), primer Duque de Marlborough.

Examinado con gran brillantez en los seminarios que se han desarrollado en los días anteriores todos los extremos referentes a la obra de Villamartín, sólo me queda a mí referirme a su biografía, mostrando las características más salientes de su carácter y todo ello dentro del ambiente de la España en que aquélla se desarrolló. Al examinar la figura de un hombre eminente, sobre todo cuando se repite bastante sin procurar la búsqueda de nuevos datos, va convirtiéndose poco a poco en un mito. Aunque la exposición que ha de seguir dista astronómicamente de considerarse exhaustiva, se ha procurado seriamente desmitificar lo que va corriendo acerca de la vida de Villamartín, tratándose de presentarlo, aunque eminente, como un ser humano, aunque modélico, sensitivo y ciertamente excepcional, también con sus imperfecciones.

Como hemos dicho, su nacimiento tiene lugar sólo dos meses después del fallecimiento de Fernando VII, iniciada ya la guerra civil de los siete años. Son sus padres don Bruno Villamartín Valiente y doña Segunda Ruiz de la Peña. Nada se conoce de su infancia y primera formación, dominadas evidentemente por los avatares que en la vida nacional originaba esta contienda, que sólo termina cuando nuestro héroe tenía ya siete años y que es inmediatamente seguida por un período confuso de revueltas y cambios que no acaba hasta 1845. Indudablemente la resonancia de estos acontecimientos debió quedar marcada indeleblemente en el ánimo del joven Francisco.

En marzo de 1847, es decir cuando éste acababa de cumplir los catorce años, su padre, entonces capitán graduado, teniente de Infantería, que sirve como subalerno en las compañías de cadetes del Colegio General Militar de Toledo, eleva una instancia a la Reina pidiendo para su hijo la gracia de cadete, con opción a la media pensión a que creía tener derecho. La gracia se le concede, pero no así la ayuda solicitada, por no haber servido los veinte años exigidos para la media pensión, concediéndole a cambio la de tres reales diarios de asistencias. Hay una serie de documentos curiosos referentes al ingreso en enero siguiente del novel aspirante, entre ellos el ajuste del equipo recibido al ingresar en el colegio y que comprende desde «unos cordones finos de divisas con caponas de metal», pasando por los enseres y efectos de aseo necesarios, hasta los libros que se estudiaban en los dos primeros años, todo lo cual importa la suma de mil reales.

Dos años y medio más tarde, y tras el correspondiente examen, es promovido a subteniente de Infantería y destinado al Regimien-

to de Gerona, de guarnición en Vitoria, en el que, con un breve intervalo de cinco meses, permanece, el tiempo final de guarnición en Madrid, hasta 1854. Como de vez en cuando solía acontecer en la época, con motivo de algún acontecimiento nacional, era ya por gracia (¿nacimiento de la Princesa de Asturias?) teniente graduado desde 1852.

Durante este tiempo sufre Villamartín su primero y único arresto como consecuencia de un incidente que muestra bien claro el temple que tenía ya el carácter de aquel joven oficial de veinte años. Hallándose de guarnición en Tolosa se alteró por el Jefe de aquel destacamento la hora en que se distribuía el rancho a la tropa. Sin duda por no haberse dado suficiente publicidad a lo mandado, los subtenientes de semana de las dos compañías que lo formaban llegaron tarde a dicho acto. El capitán de cuartel llamó la atención a ambos y si el primero, acomodado, se limitó a disculparse, Villamartín hizo constar que había estado presente a la hora que marcaba la orden del Regimiento. En la discusión subsiguiente el capitán empleó finalmente «una voz más fuerte que hasta entonces» a lo que el oficial respondió: «hábleme usted más bajo, pues no necesito de voces para entender». Fue arrestado y en un tiempo de dura disciplina, en el que no cabía desautorizar a un superior, sometido a sumario. Aunque el fiscal pedía para él la pena de cuatro meses de prisión, lo patente de los hechos llevó a su sobreseimiento, limitándose a imponerle un arresto de dos meses que cumplió en el Castillo de la Mota de San Sebastián. Esta nota le fue invalidada en 1861 y el hecho no influyó en su conceputación, ya que sabemos que poco después y a propuesta de su coronel fue elegido para desempeñar «la bandera de su Batallón».

Al estallar en ese año 54 la sublevación progresista acaudillada por Espartero y O'Donnell, por cuyo triunfo y por gracia general se le promueve a teniente vivo y efectivo, participó en operaciones en Burgos y Castilla la Nueva, hasta los límites con Valencia. Las torpezas y errores del partido gobernante, provocan en 1856 que O'Donnell se alce con el poder, no sin resistencia de los desposeídos, resistencia que se hace más áspera en Barcelona, donde Villamartín resulta herido de consideración al defender valerosamente con veinte soldados el Cuartel de San Pablo.

Al año siguiente, ya capitán por mérito de guerra como premio a su actuación en Barcelona, solicita continuar sus servicios en la Isla de Cuba, pasando a servir en ese ejército. En aquel momento la Gran Antilla, rechazadas a mediados de los años 50 las expediciones

filibusteras suscitadas por la belicosidad de los sureños esclavistas de los Estados Unidos, estaba tranquila aunque en tensión, atenta a los problemas que de allí podían derivarse y a los que suscitaba la cuestión de la esclavitud. En este mismo año iniciaba el Presidente Buchanan, demócrata, el tercer intento americano de compra de la isla que los republicanos hicieron al fin abortar tres años más tarde. El 19 de abril embarca Villamartín en la fragata española «Margarita», desembarcando en La Habana un mes después y siendo destinado a la guarnición de Santiago de las Vegas formando parte del Batallón de Cazadores de Bailén núm. 1.

Sirviendo allí, unos veinte kilómetros al Sur de La Habana, el domingo 11 de octubre de 1857 invitó a cenar a diez subalternos y al médico de su unidad; tras ello, ya tarde, fueron a tomar café en una «bodega». Después un pequeño grupo de los más traviosos que se separó de los demás, continuó la juerga, promoviendo un escándalo en una mancebía, llamada, reminiscencia de Crimea, de las «Sebastopolas». A consecuencia de todo se abrió una sumaria de la que resultó un arresto para los más revoltosos. El capitán general, durante toda su estancia, don José Gutiérrez de la Concha, Marqués de La Habana, dispuso también cambios de destino, entre ellos el de Villamartín, quien, tras recibir plácemes por su prudente conducta, pasó al Batallón Cazadores de Isabel II, unidad de preferencia, muy bien conceptuada. Menciono este incidente, no sólo porque es una muestra de aquel ambiente, que no podía ser grato a nuestro capitán, sino porque andando el tiempo, su mala fortuna quiso que al tramitarse su expediente para el ingreso en la Orden de San Hermenegildo, salió aquel a relucir tendenciosamente, aunque al final todo quedó aclarado y se le concedió la Cruz.

El duro clima de la isla le ocasionó una enfermedad a consecuencia de la cual, y también sin duda porque la vida antillana no se acomodaba con su carácter, solicitó volver al Ejército de la Península. Al no concedérsele esto, pues si bien había pasado a Cuba sin ascenso, no llevaba aún los seis años de servicio allí prescritos para conseguirlo, se le otorgó en cambio un año de licencia por padecer un catarro pulmonar crónico con repetidos accesos agudos.

En esta situación, y continuando en el cuadro de reemplazo de la Isla, se ocupa desde Cartagena en gestionar la posibilidad de continuar en la Península, sin tener que volver a Cuba. Próxima ya la fecha, consigue ser sometido a nuevo reconocimiento y el 30 de enero de 1861 escribe una carta acuciante a su amigo don Francisco Escribano, primer comandante en la Secretaría de la Dirección

general de Infantería, en la que le dice que el certificado de los médicos se ha cursado ya y lo interpreta con la frase aciaga «si voy a Cuba, me muero». Solicita que si es posible se le destine a Madrid y termina: «Dios quiera y la Dirección de Infantería que pronto pueda estar en esa comfortable mesa». Al fin consigue ser destinado al Regimiento de Infantería de Toledo, en el que permanece durante dos años prestando los servicios que le corresponden y entre ellos el de escolta de jornada a SS. MM. y AA. RR. Durante este tiempo continúa trabajando en su obra capital *Nociones de Arte Militar*, que indudablemente había iniciado en Cuba y que se publica a sus expensas en el año 1862, en el cual contrae matrimonio con la señorita Clotilde Lagoanére Tullós, hija del Cónsul francés en Cartagena.

Asombra en primer término la erudición que demuestra la simple lectura del libro *Nociones de arte militar*. Tenía Villamartín en el momento de su publicación veintinueve años de edad. La única instrucción que oficialmente había recibido era la cursada en el Colegio General Militar. Las repetidas y profundas sacudidas que caracterizan la vida española en la primera mitad del siglo XIX traen como consecuencia para sus ejércitos una actividad permanente que dificulta en extremo una ordenada organización y sobre todo la posibilidad de dedicarse intensamente al estudio. Por ello no se ofrecen entonces en nuestra Patria mentes distinguidas que resplandezcan hacia el exterior, en una época llena de tratadistas ilustres, como Lloyd, el Archiduque Carlos de Austria, Clausewitz, Jomini, Marmont, Willisen y los escritores militares Rocquancourt y Jacquinet de Presle, de los cuales, que yo sepa, sólo los dos penúltimos habían sido traducidos a nuestra lengua, en la que también se habían publicado unos «Principios de estrategia... Obra atribuida al Archiduque Carlos», en la que el Brigadier de Caballería don Francisco Ramonet mezcla con cierta incoherencia fragmentos de aquél y de Jomini. La versión española de la obra de Willisen sólo se publicó en 1850, tarde por tanto para ser aprovechable. Dando por supuesto que, por razón de su matrimonio, Villamartín tuviera un conocimiento más o menos completo del francés; oficialmente lo traducía, nada nos autoriza a suponer que poseyera además otros idiomas. Por parte española, apenas podríamos acercarnos de lejos a aquellos nombres eximios los «Elementos del arte de la guerra» que publica durante su emigración en Londres, en 1829, el general D. Evaristo San Miguel, tal vez la sola obra militar española que podría presentar méritos para ser incluida en la relación que mencionamos, pero que, por la circunstancia señalada, no tuvo muy grande divulgación en España.

Por otra parte, respecto al estado de nuestra oficialidad, nos dice pintorescamente don Nicolás Estévanez, capitán de Infantería, refiriéndose a aquellos tiempos: «Cuando un oficial joven se incorpora a un cuerpo, los antiguos le preguntan si tiene parientes generales o buenas relaciones en Madrid. Si el oficial novel dice que no cuenta con más protección que su derecho, "no estudie usted", le responden, "... porque es inútil, usted no ascenderá aunque invente otra pólvora". Pero si el joven oficial manifiesta que tiene protectores, "no estudie usted", le replican ... porque de todas maneras usted será pronto general». Este era el ambiente en que Villamartín desarrollaba sus profundos pensamientos referentes a la esencia de la guerra y que hay que atribuir exclusivamente, a su patriotismo, su sentido del deber, su aplicación y la extensa cultura que de un modo autodidacta había adquirido sobre una sólida base filosófica («ese inmenso brillante que se llama filosofía»), nos dirá en su «Napoleón III y la Academia de Ciencias»).

Por haber sido su Regimiento acantonado en Leganés, cambia de destino al Batallón Cazadores de Arapiles, nuevamente con residencia en Madrid, para ser nombrado a fin de 1863 Ayudante de Campo a las inmediatas órdenes del capitán general y en Jefe del Primer Ejército y Distrito don Manuel Gutiérrez de la Concha, Marqués del Duero. Un defectuoso empleo del posesivo *su*, tan frecuente como dado a confusión —el escrito dirigido al Marqués del Duero dice que «S. M. la Reina... ha dispuesto nombrar Ayudante a sus inmediatas órdenes...»— ha llevado a algunos comentaristas a deducir de una ligera lectura que Villamartín habría sido edecán de Isabel II, cuando nunca la conoció de cerca.

Viene repitiéndose la especie de una colaboración entre ambos ilustres escritores, llegando incluso a afirmarse que nuestro biografiado habría contribuido con su ahora ilustre jefe a la redacción del notable «Ensayo de táctica de las tres armas». Sin que ello sea negar la muy probable ayuda que en distintas ocasiones, sobre todo a partir de este momento, haya prestado al Marqués, esa hipótesis no es admisible puesto que la obra de éste fue publicada en 1852, cuando Villamartín, con diecinueve años, era un subteniente de guarnición en las Provincias Vascongadas. En todo caso, ahora, antes de dos meses de desempeñar su ayudantía, era destinado, seguramente por influencia de Concha, como Oficial de Negociado al Consejo de Redenciones y Enganches del Servicio Militar, donde es muy probable continuara durante más de un año, con mayor holgura, participando en los trabajos de su general.

La valía de su obra había merecido a los dos años de su publicación que se le concediera la Cruz de Caballero de la Orden de Carlos III. El se queja, en la carta al Coronel Casamayor de que hablaremos luego, de lo exiguo y mezquino de la recompensa, pero esa carta debe estar escrita antes de 1866 ya que señala aquella distinción como lo único que ha recibido por un trabajo que le había costado un tremendo sacrificio económico y que, como era de esperar del nivel cultural de aquel ejército, se compraba poco, hasta el punto de hacerle pensar en liquidar toda la edición vendiéndola al peso como papel viejo. Sin embargo, ocurrió por entonces una visita a París del Rey consorte D. Francisco de Asís; en ella Napoleón III habría hecho elogios ditirámicos de la valía de este tratado militar. Tal vez pudiera estar relacionada la actitud del Emperador francés, aun sin quitarle nada de lo que tuviera de sincera, la publicación que Villamartín había realizado en el año 64 de un opúsculo titulado «Napoleón III y la Academia de Ciencias», en el que, reprobando la negativa de la docta asamblea a la propuesta del Monarca francés de crear en ella una sala de ciencia militar, toma el partido de éste, justificando muy brillantemente y con profunda erudición la categoría científica de los conocimientos militares.

En todo caso, al regreso del visitante y gracias al interés del general Lemery que le había acompañado, se amplifica notablemente la merced concedida. Vale la pena transcribir el escrito que la Dirección General de Infantería dirige al capitán general de Castilla la Nueva. En él se dice que «la Reina (q. D. g.) ha tenido a bien conceder el empleo de comandante de Infantería al capitán D. Francisco Villamartín y Ruiz, de conformidad con la Junta Consultiva de Guerra, y en premio de la aplicación e inteligencia que ha mostrado al publicar la obra titulada *Nociones del arte militar*, reservándose resolver lo que sea conveniente respecto a la indemnización de los gastos que le ha ocasionado su impresión para cuando el interesado presente los datos necesarios para demostrar la cantidad a que han ascendido». Una condecoración, un ascenso por elección y la promesa de resarcirle del desembolso que tanto venía incomodándole, no es precisamente una recompensa insuficiente por eminente que sea el libro premiado. Lo que parece cierto es que Villamartín no llegó nunca a cobrar la cantidad prometida, lo cual puede deberse a defectos de la Administración, pero también al carácter de nuestro héroe, que en la carta de referencia dice textualmente: «Bien es verdad que yo valgo poco para solicitar».

Esa carta al coronel Casamayor nos da mucha luz sobre la vida privada de nuestro biografiado. En ella le dice, aparte de lo que ya señalamos respecto a recompensas: «No le olvido a Vd. Por correspondencia entre personas ilustradas, se conoce no sólo la inteligencia, sino también el corazón, y ambas cosas valen mucho en Vd. para que yo pueda olvidar su amistad. Es que me ha sucedido una gran desgracia: he perdido a mi hija única, y este golpe, por razones especiales, ha sido para mí mucho más cruel que lo hubiera sido para otros padres. No era feliz, pero yo creía serlo, porque toda mi vida se encontraba en los afectos de mi familia, y el vacío de hoy ha descubierto otros, pues lo que antes no me dejaba ver mi niña con sus juegos, ahora lo veo. Veo mi pobreza, mis apuros, los atrasos que me ha proporcionado mi obra, la escasísima protección que se me ha dado, pues si bien, por un rasgo espontáneo y noble del general Lemery, a quien yo no conocía, se me dio la Cruz de Carlos III por influencia real, el Gobierno nada ha hecho».

Es impresionante comprobar lo que unas deudas inextinguibles vienen gravando la vida privada del capitán Villamartín. Todo un legajo del Archivo General de Segovia está dedicado a este asunto, formando un impresionante paquete de cinco centímetros de grueso. Como ejemplo, el 20 de noviembre de 1865 Felipe Quílez y Quílez invoca una escritura de obligación por 1850 reales de vellón otorgada por Villamartín, cuya cantidad le entregó para sus urgencias y necesidades con la obligación para éste de devolverle doscientos reales mensuales; como consecuencia de ello pide y obtiene que se le descuenten de la paga. Al año siguiente es el Banco Universal de Ahorros el que le reclama 627 reales y como consecuencia de otra relación de cargos, a partir de abril de 1866 se le retienen de sus haberes 530 reales, depositados en Caja a la orden de los interesados. Y aún encontramos en el año 1869 otra enumeración de deudas, expresada ahora en escudos totalizando la suma de 2.240.

Dado lo exiguo de las pagas de la época, dolencia endémica para los militares, se ve claramente como para satisfacer su deuda inicial va contrayendo otras nuevas que complican cada vez más su enmarañada situación económica. Aún recurre a otras fantásticas búsquedas de ingresos como muestra la solicitud en que reclama el abono, por parte de la República de Venezuela, de diversas cantidades «por daños y perjuicios en el contrato del Canal de Barquisimeto... y por lo secuestrado, sellado y perdido cuando la deporta-

ción de su tío don Carmelo, en mayo de 1858, el cual, al regresar de su destierro, murió en la mayor miseria». Como era de esperar, esta pretensión, cuyos datos debió facilitarle su prima Isabel, de la que hablaremos, le fue denegada.

Este eterno problema de las deudas le lleva, escarmentado, a escribir, por cuenta ajena y para conseguir ingresos suplementarios, otros trabajos que firma sólo con su nombre, sin mención alguna de su grado militar, o empleando únicamente sus iniciales. En 1864, incluida en la obra monumental «Historia de las órdenes de caballería y de las condecoraciones españolas», publicada por el editor Dorregaray, trata la «Historia de la Orden de San Fernando», en la que con su brillante y elevado estilo muestra incontenible el entusiasmo que siempre sintió por su carrera.

Ascendido a comandante como hemos dicho, permanece nueve meses en situación de reemplazo, hasta que se le destina como Jefe del Detall de la Escuela Central de Tiro, en la que durante más de dos años aparte desempeñar su cometido militar, puede disponer de tiempo para entregarse a otros trabajos y colaboraciones. Vale citar entre aquéllos otra pequeña obrita publicada bajo las iniciales F.V.S. en 1866 y traducida al francés, que se titula «San Lorenzo de El Escorial» y que constituye una guía del famoso Monasterio. En ella brilla el talento e instrucción del autor y da éste nuevas pruebas de su buen gusto y de su certero y moderado espíritu crítico. Probablemente por falta de dinero parece no pudo aprovechar los cuatro meses de licencia que se le concedieron en 1867 para estudiar lo exhibido en el ramo militar en la Exposición Universal de París.

Al finalizar el primer trimestre de 1868 se le nombra ayudante de campo del Excmo. Sr. Capitán General de Ejército y del Distrito de Cataluña, don Manuel Pavía y Lacy, con el que, en el mismo año y con el mismo cargo, por cierto ahora, dice el oficio, «con derecho a ración de caballo», pasa al Distrito de Castilla La Nueva. En él se hallaba cuando estalla en España la revolución de 1868. Su general, como es bien sabido, es nombrado Jefe del Ejército destinado a combatirla y pierde la batalla de Alcolea, con la que cae el trono de Isabel II. En esta circunstancia, Villamartín obra de acuerdo con lo que él mismo había propugnado al decir que «los ayudantes deben ser adictos personalmente al general, interesados en su gloria y escogidos entre sus más íntimas afecciones, porque les ha de unir a su jefe, no la subordinación, sino el efecto, han de saber sacrifi-

carse por él noble y dignamente, si conviene; leer su pensamiento y secundarle con arrojo, seguirle en la desgracia y en el peligro y tener presente que, si la ingratitud es odiosa en todas las clases, en ninguna tanto como en el Ejército».

De la conducta de Villamartín en el combate puede ser muestra suficiente el ascenso a teniente coronel que Novaliches le otorga en el campo del honor, ascenso que no reconoce la revolución triunfante, aunque le alcance después la gracia general que concedió un grado, para él el de teniente coronel, a todos los miembros del Ejército, por el triunfo de la *Gloriosa*. De su adhesión al Jefe, el que le acompañe en su caída, permaneciendo a su lado cuidando de la curación de la grave herida que su general allí recibió, hasta que privado el Marqués de su grado, por negarse a prestar el juramento político decretado por las Constituyentes, queda su ayudante en situación de reemplazo.

Algunas anécdotas, no corroboradas documentalmente, pero creíbles cuando ya le conocemos, se atribuyen a Villamartín. El habría sido el encargado de contestar a la carta que redactada por Adelardo López de Ayala, dirigiera Serrano a su antagonista antes de la batalla en cuya respuesta, nos dice Galdós, «palpitaba el tesón caballeresco, el sentimiento del deber cumplido con leal firmeza, y una tristeza muy humana ante el espectáculo del sangriento inevitable choque entre dos esforzados grupos del ejército nacional». Se cuenta que don Manuel Pavía había comentado con su ayudante la cuestión del juramento a que acabamos de referirnos y que éste opinó existían «tres personas, sólo tres, que no pueden jurar: el preceptor del príncipe Alfonso, el vencido en Alcolea y el General Novaliches», es decir la sola y única persona que le consultaba. Ello sería una muestra más de la estatura moral de Villamartín, quien no moría de amores por el régimen derrocado, pero le había servido intachablemente, hasta el fin, por juzgar con rectitud que éste era su deber de soldado. Sabía también que para él mismo su consejo representaba quedar en situación de reemplazo, en la que, con un destino nominal postrero, permaneció durante tres años tras los que en 1872 le llega la muerte en el ambiente de modestia y de pobreza que había caracterizado toda su vida.

Es patético el oficio que su viuda dirige al Gobernador Militar de Madrid, como tal vez fuera usual entonces: «Tengo el sentimiento de comunicar a V. E. que mi querido marido, don Francisco Villamartín y Ruiz, teniente coronel graduado, comandante desti-

nado al Batallón provincial de Tuy, ha fallecido a las 6 de la mañana del día 16 de los corrientes de muerte natural», y firma Clotilde Lagoanère de Villamartín. Dos años más tarde fallece ésta señora y sin herederos directos se dispersan todos los libros y papeles que sin duda existían en la calle de San Vicente Alta, 47, en la que ambos finaron en ésta Corte. Eso explica los pocos documentos referentes a nuestro héroe que aún se conservan, lo que tan difícil hace el poder trazar de él una biografía adecuada.

Entre ellos se contaría indudablemente un archivo de correspondencia interesantísimo y con toda probabilidad alguna obra técnica importante. Sin contar con que Villamartín, como muchos escritores de la época, cultivaba también otros géneros literarios que han quedado irremisiblemente perdidos para nosotros. A lo menos sabemos que escribió un drama titulado «El tuerto rey», con asunto de intención social y de carácter satírico, del que tenemos noticias por testimonio de Núñez de Arce, buen amigo de Villamartín, a quien éste se lo había dado a conocer y que lo calificaba como obra de mérito. Parece que también se habría ejercitado en la poesía; al menos un poema dedicado a la Patrona de Cartagena se ha descubierto en los archivos del Hospital de la Caridad de esa ciudad que, correcto en la forma destaca más que por su estilo literario, por la devoción a la Virgen y a la afición a su ciudad natal de que es muestra y que parece escrito hacia el final de la vida de su autor.

Es el periodismo el ámbito en que más se había manifestado su vocación por la escritura. Principalmente colaboró en la entonces floreciente prensa castrense, singularmente en uno de sus periódicos más importantes «El Correo Militar» y hasta llegó a fundar y dirigir otro, «La Fuerza Pública», de vida efímera y que resulta hoy muy difícil de encontrar. También colaboró regularmente en el periódico «La Discusión», órgano del partido demócrata que acaudillaba don Francisco Pi y Margall. En todos estos trabajos firmaba sólo con las iniciales F. V. o bien estaban escritos con frecuencia en forma de editoriales, porque lo que resulta muy penoso identificar los de su autoría.

Todo lo hasta aquí relatado hace por sí solo bien interesante, atractiva y en muchos momentos paradigmática la figura voluntariamente modesta, introversa y dedicada que fue durante toda su vida don Francisco Villamartín. Como bien decía en la época «El Correo Militar»: «D. Francisco Villamartín fue un escritor militar de gran talento y de una gran modestia; un amigo leal y cariñoso;

fue un compañero de armas que honraba a la profesión y deseaba el enaltecimiento de la misma. Murió muy pobre, suerte que generalmente corresponde a los oficiales de análogas o parecidas condiciones a la suya».

Pero aún se agrandará nuestra estima por las virtudes de don Francisco Villamartín, si consideramos de cerca su carácter y las ideas que animaban a tan singular personaje. Es la primera que le mueve su patriotismo, sentido calladamente pero con eficaz honddura. En ese patriotismo está la razón única que le lleva a escribir y publicar su obra fundamental. En la dedicatoria de la misma, al general don Manuel Gutiérrez de la Concha, Marqués del Duero, dice expresamente lo que lamenta que nuestra cultura militar esté inspirada siempre en fuentes extranjeras, en las que «se nos deprime muchas veces y se nos olvida otras; plagadas de errores de escuela y de errores hijos del espíritu patrio, basadas en principios y reglas aplicables a esos países y esos ejércitos, pero de ningún modo a los nuestros».

Ello le ha hecho sentir más cada día la necesidad de «un curso completo de arte militar, pero escrito para España, con la historia de nuestras guerras gloriosas en la mano, con presencia de las cualidades físicas y morales de nuestros soldados, la característica general de nuestra raza, la forma política y las necesidades de nuestra sociedad». Añadiendo más adelante: «A pesar del convencimiento de nuestra [del autor] debilidad para tratar cuestión tan difícil, el despecho que nos han causado las apreciaciones que escritores extranjeros hacen sobre nuestro país y nuestro ejército nos han impulsado a tomar la pluma arrastrados por el amor patrio». Este patriotismo resplandece en el conjunto de las obras de Villamartín y sería labor ardua, no completamente justificada ahora, el continuar profundizando acerca de ello.

A más de un gran patriota, es Villamartín un amante rendido y convencido de las glorias y de la necesidad de su profesión, aún cuando considere ésta dentro de los límites que le son propios. Así dice, por ejemplo: «que un pueblo no debe estar sometido a la espada, es verdad; mas tampoco a la toga, ni a la banca, ni al clero, ni a nada de lo que constituye el cuerpo social». Continuando a seguir «que la salud de las naciones no está en la sabiduría», que «el primer deber del estado es establecer [su] fuerza con la que satisfaga cumplidamente la misión de defender la Patria de ataques extranjeros y de perturbaciones interiores». Ello no quiere decir

que fuese un belicoso, antes al contrario considera con respecto a la guerra que los militares profesionales «no la desean, la aceptan, como un deber».

Su entusiasmo por la profesión se expresa claramente en un párrafo tomado de la «Historia de la Orden de San Fernando», en el que nos dice como «aparece siempre fascinadora, con su immaculado brillo, la Cruz Laureada, ese signo, esa idealidad del guerrero español, ese honor purísimo que por llegar a merecerle, ha traído a nuestras playas muchos hijos de la orgullosa Inglaterra, que han muerto al pie de nuestra bandera», refiriéndose sin duda a los que sirvieron con Wellington, o con la Legión Británica de Sir George de Lacy Evans, que luciéndola fue posteriormente comandante de una de las divisiones inglesas en la guerra de Crimea. Consecuencia de ese amor y de ese entusiasmo, de esa entrega, son las concepciones que nos ofrece la quinta subdivisión de su hoja de servicios en la que, como «notas del concepto de los jefes del cuerpo» figuran: valor, acreditado; aplicación, mucha; capacidad, mucha; conducta, buena; puntualidad en el servicio, mucha; y en el apartado «instrucción», en táctica, ordenanza, procedimientos militares, detall y contabilidad, en todas, sobresaliente.

Mucho, y a mi juicio con error, se ha especulado sobre ciertas pretendidas ideas políticas del teniente coronel Villamartín. En la introducción de las «Obras selectas...», escrita por el mencionado don Luis Vidart, se nos dice que aquellas eran en extremo avanzadas, calificándole de republicano por convicción y algún tanto socialista, aunque sin sentirse nunca libertador de su Patria, ni salvador de la Sociedad. Es cierto que si ello hubiese sido así, si nuestro héroe, en uso de su libertad íntima para discurrir acerca de la organización que debían tener el Estado y las instituciones sociales, hubiera alimentado tales sentimientos, habría dado una prueba de sus altas dotes morales al comportarse como lo hizo en ocasión de la revolución de Septiembre, entendiendo que su deber militar consistía en obedecer al gobierno constituido, cualquiera que fuese su significación y su tendencia política.

Pero insisto en que, a mi entender, ha habido aquí una manipulación. En el momento de que se trataba, en el año 1876, restaurada la monarquía pero vivas aún en muchos sectores los ideales ultraliberales de la *Gloriosa*, pareció al apasionadamente interesado Vidart más fácil conseguir su propósito de enaltecer a Villamartín, si podía presentar a éste como un espíritu «ilustrado». Mezclase a la maniobra un oscuro personaje, Isabel de Villamartín, que se

titula prima suya y con la que al parecer cambió durante su vida alguna correspondencia. Era esta señora gallega de origen, pero reimplantada en Cataluña, en cuya lengua escribió la mayoría de sus colaboraciones, principalmente poemas ocasionales, y de la cual sólo se conoce una obra, *Horas crepusculares*, publicada en Madrid en 1865, donde se revela, más que como poetisa, como mujer de aguda sensibilidad. Al enterarse de los esfuerzos que se hacían para dar digna sepultura a su primo, escribió una carta al «Correo militar» en la que decía que también, ¡a posteriori!, había tenido ella la idea de perpetuar su nicho y que se sumaba al propósito de que se le erigiera el sepulcro, cuya idea estaba ya en marcha. Hubiera sido preferible que se interesase por salvar el archivo de su primo al ocurrir su muerte y la de su esposa. Sin duda es ella la que mostró a Vidart la carta privada en la que aquél no se mostraría disgustado por el resultado, tan desfavorable para él, de la batalla de Alcolea, pero realmente era muy difícil sentir una gran tristeza por el derrocamiento del régimen que personificaba doña Isabel II.

Pero del examen de toda su obra no resulta en ningún caso, a nuestro entender, que aquéllos fueran los pensamientos que en su interior alimentaba Villamartín con respecto a la organización política de España. Naturalmente, era un hombre de su tiempo, que entendía, refiriéndose a la iniciada en Francia en 1789, que «podía cogerse ya el fruto bueno de la revolución, distinguiéndose el malo para rechazarle; que la lucha material del antiguo y nuevo régimen iba siendo menos cruda porque el primero abdicaba de sus errores, al paso que el segundo se purificaba de sus extravíos y que las naciones de cada bando iban a reunirse en un mismo punto para crear la Europa constitucional», conforme nos expone en su obra capital.

También es cierto que estimaba que «el exclusivismo de las diferentes clases sociales desarmoniza sus intereses, cuando en la armonía de ellos es donde estriba la fuerza de las naciones y la vida de estas mismas clases», condenando la influencia excesiva de cualquiera de ellas en los destinos del estado, que lleva a las demás a la degradación o la violencia, quedando la sociedad herida de muerte.

Pero ninguna de estas ideas puede tacharse de radical, y encontramos muchas otras en sus escritos que demostrarán una vez más la moderación del juicio del autor. Así éste expresa con toda claridad, en la «Historia de la Orden de San Fernando» los reparos que le

merece una buena parte de la labor de las Cortes de Cádiz y no menos templado es en los juicios que expone con motivo del subsiguiente retorno a las formas absolutistas de gobierno.

En la misma obra nos dice que la guerra civil de los años treinta no estaba aún juzgada, admirando tanta bravura en uno y otro partido, juicio que completa en las «Nociones del arte militar» escribiendo: «los que dicen que esa guerra nada ha podido enseñar, los que desprecian a esos héroes infortunados, luchando contra el destino, y los que se burlan de ellos diciendo que todos se apellidaban invencibles, no han juzgado la cuestión a su verdadera altura. Por nuestra parte —añade— siempre que hablamos cara a cara con un veterano de esos tiempos, cualquiera que sea su partido, ya pertenezca a los vencedores de Hernani o a los vencedores de Mendigorría, no podemos menos de saludarles con profundo respeto».

Por último, bien a las claras muestra su pensamiento íntimo, aunque equivocado, en el juicio que en la «Historia de la Orden de San Fernando» expone sobre nuestra antigua América, diciendo que el mundo americano, mayor de edad, parece ir en busca, como solución definitiva, de la monarquía.

Por si todo ello fuera aún poco, era Villamartín un espíritu profundamente religioso, siquiera no fanático ni clerical. En no menos que en tres ocasiones diferentes de sus «Nociones...» nos habla de lo necesarias que son al soldado las virtudes morales, «basadas en la fe religiosa» sostiene paladinamente. Más adelante añade ser necesario dar al soldado la fuerza espiritual que «sólo se halla en las creencias puras, en la fe religiosa, en el culto a Dios, único ser que sabe el nombre del infeliz héroe anónimo que muere... ignorado de todos». Curiosa anticipación ésta del lema que proclamaron luego los tradicionalistas. Por último dice textualmente: «La religión, de la que nunca prescinden en sus máximas los militares antiguos, como Santa Cruz o Montecucolli, está muy olvidada por los modernos, y nosotros no queremos ser de ese número, porque ella, cualquiera que sea el estado de conciencia en un país, es la única fuerza moral del mayor número. Hay peligros en que no basta para afrontarlos el amor a la gloria o el amor a la Patria, y se necesita despertar la fe dormida».

Difícil resulta, a la luz de lo dicho, sostener que un oficial que en lo sagrado de su conciencia pensaba de la manera que se hace pública en los párrafos que se mencionan, y en otros muchos que

podieran añadirse, fuera un hombre de ideas avanzadas, en aquella época republicano y socialista. Es cierto que colaboró en el periódico de Pi y Margall, pero ello indudablemente se debe a que este personaje, con ideas avanzadas, pero de una honestidad que ha hecho que su nombre perdurase no obstante la ineptitud de su gestión, estimada la colaboración de Villamartín, el cual la prestaba porque le proporcionaba algún dinero del que tanto precisaba siempre. Seguro es que si tras un examen estilístico nada fácil, se pudieran individualizar las colaboraciones que él escribió, encontraríamos en ellas el mismo tono de serena y templada moderación que caracteriza a cuanto dejó escrito. Tampoco, como hemos dicho, queda ello desmentido por la carta a que Vidart hace referencia y que ya hemos mencionado.

Y es indudable que de haber profesado tales opiniones, no obstante haber hecho armas contra la *Gloriosa*, no hubiera dejado de encontrar algún destino decente en los más de tres años que permaneció en la situación de reemplazo antes del día de su muerte. A nuestro juicio Villamartín era solamente un puro militar profesional, género raro entonces, que vivía consagrado a su vida castrense y cuyos pensamientos de otro tipo, como podía esperarse de su preclara inteligencia, están siempre caracterizados por su rectitud y moderación.

Otro aspecto que debemos descartar en el carácter de nuestro personaje es la amplitud de su cultura. Conoce todas las obras publicadas en España y las extranjeras traducidas a nuestro idioma y discurre por cuenta propia, con total independencia de ellas, cosa entonces bastante desusada. Únicamente puede señalársele una laguna en su amplia base de conocimientos. La que resulta de que entre sus fuentes no parece figurar ninguna obra de la naciente escuela prusiana, representada primordialmente por el libro de Clausewitz. El ser el alemán un idioma no extendido en España, el llegar a nuestra Patria las manifestaciones de otras culturas a través principalmente de Francia, que hasta Foch permaneció cerrada al pensamiento militar teutónico, puede ser la causa que explique esta carencia, pero que, al mismo tiempo, hace aún más notable el que, en muchos puntos, la obra de Villamartín ofrezca coincidencias notables que la aproximan a la del insigne pensador alemán.

Ya hemos hecho mención de las que en vida recibiera, pero la verdadera recompensa de Villamartín, el reconocimiento de sus méritos llegó, como en España es frecuente, después de su muerte.

A los pocos días de ocurrida, el recién fundado Ateneo del Ejército y de la Armada antecedente del actual Centro Cultural, organizó una solemne sesión académica para recordar sus méritos militares, científicos y literarios. Pero sólo más tarde resplandece patente ese sentimiento. La pobreza de nuestro héroe había impedido que recibiera sepultura adecuada y sólo cuatro años después de aquélla, cuando se viene en conocimiento de que sus restos están a punto de pasar a la fosa común, se desencadena una corriente de estimación.

Su antiguo general, el Marqués de Novaliches, costea inmediatamente la perpetuidad del nicho en que yace, y por impulso del publicista y antiguo oficial don Luis Vidart, se abre una subscripción predominantemente militar, patrocinada por el Gobierno, para erigirle honrosa sepultura. Aunque la cuota para la subscripción estaba limitada a la cantidad máxima de veinte reales, el Rey Don Alfonso XII se honra en engrosarla con mil pesetas y contribuyen a ella también ilustres figuras militares, hasta alcanzar la suma, para entonces muy apreciable, de 3.000 duros. Al mismo tiempo el Estado costea una nueva edición de su obra capital, acompañada en el mismo volumen por el «Napoleón III y la Academia de Ciencias», todo con el título de «Obras selectas de Don Francisco Villamartín, comandante de Infantería».

El mausoleo fue efectivamente construido en el cementerio de la Sacramental de San Justo en hermoso mármol de Carrara, y allí está hoy, aunque necesitado de limpieza y mocho, a falta de su coronación. A juzgar por el grabado que figura en esa última edición mencionada, ella estaría constituida por la estatua de bronce que se encuentra depositada en el Alcázar de Toledo y que como consecuencia de la guerra está perforada por varios balazos. Yo me atrevería a suplicar al señor Ministro que se interesase por volverla a su prístino estado y coronarla con esa escultura, al fin y al cabo para ella destinada, o, de no ser esto aconsejable, con otra idéntica desde ella misma fundida. Por lo que respecta al libro referido, fue una hermosa edición y constituye hoy una rareza bastante preciada.

Terminado el mausoleo se verificó el traslado del cadáver con digna solemnidad el 15 de junio de 1880; se dispuso fuera acompañado por comisiones de jefes y oficiales de la guarnición, asistiendo al mismo dos músicas de Infantería y cuatro gastadores por cada Cuerpo. Detalle curioso; como no se señaló traje, algunos generales

decidieron ir de paisano, conforme se lee en un escrito del Secretario de la Inspección General de Carabineros.

Desde entonces, y con intervalos de olvido, se han rendido otros homenajes a la memoria de Villamartín. Ya durante la preparación de los actos a que acabamos de referirnos, Cartagena, su ciudad, había colocado su retrato en el salón de honor del Ayuntamiento y dado su nombre a la antigua calle de la Compañía. Pero la conmemoración más solemne de las hasta ahora realizadas, precedida en 1923 por un concurso literario para conceder en homenaje suyo el premio ofrecido por el exministro Vizconde de Eza, tuvo lugar en Toledo el 9 de mayo de 1925, honrada con la asistencia de Don Alfonso XIII. Formaron para el acto representaciones con bandera de todas las Academias Militares se pronunciaron discursos y se inauguró un monumento debido a Benlliure en que se representa al héroe, flanqueado por un almogávar y un soldado de los viejos tercios.

Vale la pena destacar las palabras pronunciadas por el monarca: «Como Rey y como español recojo gustoso el espíritu que anima este hermoso acto de confraternidad del Ejército, de la Marina y del Pueblo para honrar a un español glorioso», que parecen una alusión reprobatoria del «cantonalismo» que con frecuencia preside nuestras celebraciones: Villamartín no es sólo una figura imperecedera del Arma de Infantería, pertenece al Ejército todo, a las Fuerzas Armadas y en definitiva a España. Al año siguiente se descubre en Cartagena un monumento coronado por un busto debido al genial escultor Capuz. En 1928 se establece el Premio Villamartín para recompensar periódicamente los méritos de publicistas pertenecientes a la Infantería. Y aún siguen recordaciones esporádicas, como la del CESEDEN a que me refería al comenzar mis palabras.

Pero a pesar de todo lo dicho, la verdadera recompensa que merecían Villamartín y su obra está aún pendiente. La repercusión de sus escritos en España ha sido más bien reducida. Después de las ediciones de 1862 y 1883, no volvió a publicarse otra hasta que en 1943, la Editorial Ejército, en una incipiente colección de clásicos militares, da a la luz pública, con algunos reparos, una selección de la misma, a mi juicio pobre de método y muy restrictiva y de la que temo que aun hoy la mayor parte de sus ejemplares repose bajo el polvo de los años en los almacenes del Servicio de Publicaciones del Estado Mayor del Ejército. Ello contrastó con la resonancia inmediata en el tiempo que tuvo la obra que examinamos allende el Pirineo. Podemos citar al respecto que ya en 1864,

es decir, recién publicada, aparece un juicio crítico de las «Nociones de Arte Militar», en el «Spetateur Militaire», en que propugna la traducción del libro al francés. Tratadistas militares de esa nación mencionaban con respeto a Villamartín y aun en 1866, el Boletín de la Reunión de Oficiales publicado en París, se ocupaba de ella con elogio.

Raro es que en cualquier obra profesional española se haga alguna cita de este autor, que no por remoto en el tiempo, deja de ser actual, por lo menos en sus criterios estratégicos y morales. Y es que ese es el verdadero premio que debíamos rendir a Villamartín: el estudio a fondo de su obra, extrayendo de ella lo mucho que aún allí permanece válido. Para con ello sentar la base de partida de lo que podría ser en un futuro próximo el renacimiento pujante del pensamiento militar español. Quiero abrigar la esperanza de que el importante trabajo desarrollado por un tan brillante plantel de pensadores compañeros nuestros en los pasados días 7, 8 y 9 constituya el alborear de esa idea. Ello constituiría la coronación de la importante tarea desarrollada por la Comisión española de Historia Militar.

Quisiera haber sido lo bastante feliz en mi exposición para haber despertado en tan culto auditorio de uno de nuestros más eminentes tratadistas militares. Y si a eso no hubiera alcanzado la pobreza de mis condiciones, sí desearía que ejemplos como el de Villamartín puedan servir de faros, de normas de conducta que despierten el interés y la emulación de cuantos vestimos el honroso uniforme de la Patria y de cuantos amigos comprenden nuestros sentimientos. Con las palabras del Señor al escriba, tras la parábola del Buen Samaritano me diría y diría a todos: «Ve y haz tú también lo mismo».



Francisco Villamartin

Retrato de Francisco Villamartin (Obras Selectas, 1883)



Monumento presidido por la estatua del Comandante Villamartin, obra del escultor Mariano Benlliure (Explanada Norte del Alcázar de Toledo).

Ensayos críticos premiados
en el
concurso del Sesquicentenario

VILLAMARTIN Y SU TIEMPO

PRIMER PREMIO EN EL CONCURSO DE ENSAYOS DEL SESQUICENTENARIO

(Convocatoria: Orden 110/00017/1983, de 24 de mayo de 1983)

Por Juan Antonio DE LA LAMA CERECEDA
Coronel de Infantería (DEM)

Sin duda alguna el militar más nombrado del siglo XIX español y, posiblemente, de toda la historia militar española, es *Villamartín*. Ello quiere decir que en su persona y en su vida concurren circunstancias que conformaron de tal modo su personalidad, y la hicieron tan acusada, que emerge del elenco de nuestras figuras castrenses, como un hito referencial.

Lo dicho, que es una verdad palpable, no anula ni disminuye, porque es compatible con ella, la existencia de una pléyade de Grandes Capitanes como es la que llena las páginas de nuestra historia, lista de la que ni nos atravesamos a poner un ejemplo por no caer en agravio. Saltar del Cid a Gonzalo de Córdoba, y de éste al Gran Duque de Alba, es como dejar al aire los pilares de una catedral y no poner sobre ellos la cimbra de las bóvedas.

Y, sin embargo, *Villamartín* no es, no tuvo ocasión de ser, un héroe guerrero, un Capitán de leyenda, como lo fueron el Cid y tantos otros. Fue un simple soldado-escritor, que no llegó ni a los cuarenta años de vida, la cual transcurrió en unos tiempos de tremendos movimientos sociales, casi sísmicos, que agitaron la *piel de toro* como agita la suya un *jijón* cuando siente la picadura de un tábano. Tiempos en los que los simples soldados llevan en sus mochilas el bastón de general; los generales presiden los Gobiernos; los intelectuales pontifican y los clérigos se hacen guerrilleros.

Entonces, ¿de dónde, la nombradía de *Villamartín*? Del hecho de que, desde hace *ciento veinte años*, desde que, a primeros del

año de 1863, aparece su libro: *Nociones del Arte Militar*. Se consagró como *profesor* perpetuo de todas las Academias y Colegios militares, de todas las promociones de oficiales.

Este libro, junto a las *Ordenanzas de Carlos III*, han sido los que han forjado la moral, la disciplina, el sentido del mando y el de obediencia, el de trato con los subordinados y con los superiores, en fin, del *espíritu* militar de todos los cuadros de mando. Y ciento veinte años dejan huella, y más si el mérito del maestro es alto.

La técnica pasa, como pasan los uniformes, las armas y las teorías. Sólo el hombre permanece invariable, porque el *alma* no vive del polvo de los caminos, sino que se alimenta en los valores espirituales que, impalpables, conforman la deontología militar. Antes de *Villamartín* sólo *Calderón de la Barca* —soldado, sacerdote y poeta—, supo captar la psicología del soldado español. Después de *Villamartín*, únicamente *Jorge Vigón* ha sabido hablar con altura de estos temas.

Esto explica, insistimos en ello, la permanencia y actualidad de *Villamartín*. El hombre de acción pasa en cuanto pasan sus gestas, pero el pensador, el hombre que tiene ideas, permanece en tanto que éstas son válidas. Ciertamente que el apellido de los hombres de acción está escrito con letras de oro en la historia; pero el del *maestro*, además de en la historia, está en el corazón de sus discípulos, late en el ambiente y permanece en el obrar de sus seguidores. Córdoba y el Duque de Alba son hombres de ayer, por más que ese ayer sea un ayer fulgurante. *Calderón* y *Villamartín* son hombres de hoy, como lo fueron de ayer y como lo serán de mañana, porque son forjadores de héroes —anónimos, tal vez, pero héroes—, y héroes siempre habrá.

Pero la permanencia y actualidad de una persona se mejora y perfecciona cuando se la conoce mejor, y a darle a conocer van dirigidas estas líneas. En ellas, siquiera sea de forma esquemática, y para dar una idea completa de cómo era nuestro hombre, intentaremos exponer los siguientes aspectos, en los que está comprendida toda su persona:

- Ambiente en que vivió.
- Su personalidad.
- El escritor militar de:
 - Temas técnicos.
 - Temas de psicología.

Con ello creemos que la figura de *Villamartín* quedará más claramente dibujada y dejará de ser un *mito* para devenir hombre de carne y hueso, entregado a su profesión.

AMBIENTE EN QUE VIVIO

El siglo XIX español, en cuyo segundo tercio se desarrolla la vida de *Villamartín* (nació el 23 de julio de 1833 y murió el 16 de mayo de 1872), es como la prolongación y puesta en práctica del espíritu guerillero de la guerra de la Independencia, con la que, prácticamente, se inaugura este siglo.

En aquella guerra (1), cualquiera que tenga audacia suficiente, se echaba al campo y, seguido por más o menos *partidarios* (este es el nombre español de los miembros de la *partida*. *Guerrilla* es la forma de combatir; la unidad que hace la *guerrilla* es la *partida*) hace *su* guerra contra los franceses, se erige en libertador de su Patria y se convierte, si tiene suerte, en héroe popular, y muere sin pena ni gloria en cualquier encrucijada, caso de no tenerla. Pero siempre imponiendo su voluntad, haciendo que sea acatada de grado o por la fuerza, no sólo dentro de su *partida*, sino en cualquier ambiente al que tiene acceso. Convencido de la grandeza de la causa que defiende —lo cual es absolutamente cierto—, aparta, sin mirar cómo todo lo que se opone a sus fines. Rota la vigencia de la Ley al quedar España sin gobierno, la *ley* es su voluntad. Los *reinos de taifas* de los hispano-musulmanes (¿tanta era la población de Arabia que bastó para poblar todo el Oriente Medio, el Norte de Africa y aún sobró para llenar España? ¿Tan cultos eran los *beduinos* que eclipsaron a griegos y romanos? ¿Además del modo de vestir, no tan desemejante entonces como ahora, impusieron realmente, al pueblo hispánico, su religión y su lengua?), renacieron cuatro siglos después de haber fallecido y rompen la *unidad* lograda por el matrimonio de Castilla y Aragón. El *feudalismo*, que en su tiempo no fue capaz de romper la fe en la unidad de destino de la España cristiana, surge como la mala hierba, sin saber quién la ha sembrado, en el siglo de las ciencias, en el que cualquier alcalde ahorca al Empecinado y cualquier rey jura o perjura la Constitución y cualquier populacho aclama la libertad democrática o vitorea las cadenas del despotismo.

Las *guerras carlistas* reproducen a escala, por tres veces, la de

(1) Y paralelamente al ejército regular, que es quien lleva el peso de las campañas, el *guerillero*, que puede ser.

la Independencia, y (2) mantiene en jaque al Ejército gubernamental, en tanto que los Fueros particulares pretenden tener más fuerza que las leyes generales del Reino.

En lo civil, por todas partes se incita a la desobediencia, aunque sea en forma velada, y, al grito de ¡libertad! (cada uno tiene la suya), se rompe el sentido de la *disciplina* cívica de la convivencia, que no es sino el cumplimiento del deber que todo derecho lleva anejo. Y esta afirmación de la libertad, que se corresponde, inexorablemente, con la negación del *espíritu de servicio*, empequeñece a los hombres y los constriñe dentro de su propio *ego*. Para este hombre, sólo lo que ve desde el campanario de su aldea es el universo, lo demás no existe.

El *parroquialismo* sucede al universalismo de aquellos andaluces que aspiraron a ser, y lo consiguieron, emperadores de Roma; al de aquel Alfonso, el de las Partidas, que pretendió el Sacro Imperio; al de Fernando, que metió a España en Europa; al de Colón y todos sus sucesores, que crean un imperio que circunvala la Tierra; al de...

El hábito de defender su terruño, les transforma en puros aldeanos, sin más ideal que el de levantar las barbas de su huerto para poner a salvo sus coles. «Cada uno a lo suyo y América para los americanos», parecieron decir, adelantándose a Monroe. Y América se perdió totalmente, definitivamente, porque nadie quiso pensar en conservarla. Cortés y Pizarro, con su muy discutible incultura, tuvieron mayor y mejor visión política que los *ilustrados* personajes del siglo XIX.

Este independentismo individual que produce el *parroquialismo*, se caracteriza porque las escasas aspiraciones personales, hijas de su desconocimiento de otras cosas, le hacen insolidario, egoísta, y prefiere ser cabeza de ratón a cola de león.

Y sobre este independentismo individual, se procede a la organización del Reino en Provincias —al estilo francés— y se establecen fronteras continuas donde antes sólo había *portazgos*. Se crean entidades geográficas donde antes había reinos y ciudades, y del gobierno de estas zonas geográficas se encarga a gentes que ni son de la región ni tienen interés alguno por ella. Los lazos tradicionales de usos y costumbres, se quiebran en los moldes nuevos.

Así las cosas, nada tiene de particular que el *pueblerinismo* trascienda la sociedad entera. Los partidos políticos son, en lo so-

(2) Un ejército en el que pululan las «partidas».

cial, lo que fueron las partidas en la guerra, y los jefes de los partidos son el trasunto de los guerrilleros. Pululan las asociaciones semiocultas y, pese a la pluralidad de partidos y asociaciones, todos tienen por denominador común las dos palabras sagradas: *libertad*, *cultura*, que expresan un objetivo. Curiosamente, este único objeto, en vez de unir esfuerzos, los hace divergentes.

Las guerras civiles se suceden, tanto en el territorio peninsular como en el transatlántico, y también ellas tienen por meta la *libertad*. Son guerras políticas, como todas las civiles, y su finalidad ocultas, es la de hacerse con el poder. Alcanzado, hay que mantenerse en él, empeño tanto más difícil cuanto que la insolidaridad prefiere hundir al contrario aunque le acompañe la Nación en el hundirse, pero, eso sí, al grito de «¡viva España!», que un día es monárquica y otro republicana, según sea el talante con el que el hombre de turno se haya despertado. Los reyes aceptan y renuncian a la corona con la misma facilidad con la que los presidentes de las repúblicas aceptan o rechazan la presidencia.

Lógicamente, en este cuadro, algunos generales, no más de media docena, e impulsados siempre por los jefes de los partidos políticos, juegan importante papel. Unos proclaman reyes y otros los derrocan; otros son llamados a gobernar, tal vez con la buena intención de que el Ejército sea la fuerza que amalgame el mosaico de partidos políticos. ¡Vana ilusión!, pues el Ejército, siempre dispuesto a reducir la sublevación que atente contra la unidad de la Patria, rehusa apoyar a un partido, a sostener un gobierno, a producir un dictador.

Por más que se examine el panorama nacional de aquel siglo, no podrá encontrarse al Ejército interviniendo en política. A algunos militares, sí. Los famosos *pronunciamientos*, ni son tan numerosos como se ha dado en decir, ni expresan el sentir común del Ejército. Por el contrario, son meros actos de sublevación personal, en la cual sólo participan las tropas que están a las órdenes directas del sublevado, y si éste consigue sacarlas a la calle, lo hace, las más de las veces, prevaleándose de la ignorancia o usando del engaño.

El Ejército, por principio, permanece, *fiel a sus mandos*, y éstos, al Gobierno constituido, el gobierno *de facto*. Tal vez las sublevaciones de Cádiz y Sagunto, en el 68 la primera, tendiente

(3) No más de media docena e impulsados siempre por los efes de los partidos políticos.

a derribar a Isabel II, y con la intención de reinstaurar la monarquía en la persona de Alfonso XII, la segunda, en el 74, son las que presentan un mayor volumen, lo que pudiera hacer creer que el Ejército *participaba* en ellas. Pero a nuestro entender, más que con intencionalidad política, las Unidades del Ejército que intervienen, lo hacen arrastradas por el prestigio personal de los dirigentes —Prim, Serrano, Martínez Campos—, que los impele a obedecer por la fe en ellos (feudalismo), no por la fe en una causa política. Además, y como ya hemos dicho, no se trató de un hecho exclusivamente militar. Detrás de los militares, haciendo el papel de máquina impelente, hay un fuerte grupo de significadas personalidades de la vida política, tales como los Duques de Montpensier, en el 68 y los propios Cánovas y Sagasta en el 74. En ninguno de los dos casos se produjo un caso de *pretorianismo*. El Ejército regresó a los cuarteles y sólo *un* general queda, cubierto por los formalismos de una norma legal, anterior al golpe.

Las sublevaciones de Riego, de La Granja, la Vicalvarada, etc., no pasaron de ser unas *simplezas* cometidas por la fatuidad de unos aspirantes a héroes, que no alcanzaron ni siquiera a cumplir el papel de traidores.

El Ejército, insistimos, siempre permaneció fiel a su misión de obediencia al Gobierno. La prueba más palpable nos la da el propio *Villamartín*, republicano convencido, que lucha en Alcolea del lado de los realistas y contra los republicanos, haciendo que el imperio de la razón y de la disciplina acallasen los impulsos del corazón. Y no sólo se mantuvo en las filas del Marqués de Novales, de las que pudo desertar, sino que cumplió tan eficientemente su deber, que fue promovido al empleo de teniente coronel en el mismo campo de batalla, empleo que no le fue reconocido por los vencedores, más atentos a sus propios intereses que a premiar ideologías políticas.

En lo social —porque, ¿puede llamarse político a este fenómeno?—, aparece el *federalismo*, llevado a sus últimas consecuencias en el *cantonismo* y el *anarquismo*.

El federalismo español, a diferencia del federalismo histórico, que consiste en la asociación de varios estados soberanos para ayudarse mutuamente en la resolución de ciertas dificultades, sigue un camino diametralmente opuesto: de un Estado nacional, ya constituido desde hace siglos, pretende desgajar antiguas regiones y hacer de ellas unos estados cuasi independientes, especie de reinos de taifas sólo unidos al gobierno central por los tenues lazos de algo que no se sabe muy bien qué es.

Las ciudades se declaran en «cantón independiente», y en ellas, como en las poblaciones menores, se establecen los *caciques*, esos hábiles personajes, discretos en su modo de vida, ajenos al relumbrón de la vida social, pero detentadores, por artes más o menos claras, más o menos ortodoxas, pero, sin duda, eficaces, de un poder real que nadie les ha conferido. La vida política de su «feudo» se regula por sus directivas y, en las elecciones, el resultado de la votación expresa su voluntad. Fueron la única organización política con base sólida: ellos mismos.

Una regulación de carácter nacional del *derecho civil*, pone de manifiesto la existencia de los otros derechos consuetudinarios por los que se venía rigiendo la vida de los distintos territorios componentes de la totalidad de la nación, sin que su vigencia se hubiera visto jamás amenazada, ni aún por la pretendida afición centralizadora atribuida a la monarquía, especialmente a la borbónica.

Ciertamente que los reyes pretendieron que su autoridad imperase en todo el territorio nacional; pero esta autoridad pocas veces tenía otra forma de manifestación que la de petición de subsidios dinerarios, siempre discutidos, nunca otorgados en su totalidad. Sólo ahora, al instaurarse la *democracia*, portadora de la *libertad* y de la *cultura*, es cuando el *centralismo* se ingiere hasta en la vida privada de las personas, primero con una Constitución que asienta las bases de *todas* las leyes. Después, con una serie de *códigos*, de marcada filiación napoleónica, y leyes que regulan para uniformarla, tanto la organización del estado como los derechos administrativo y civil. Ciertamente que reconocen y permiten la vigencia de algunos derechos particulares consuetudinarios, pero estableciendo límites de personas y territorios en los que su aplicación es posible. El resultado es la decadencia de los *derechos forales*.

Si el absolutismo representaba la *omnipotencia* de la voluntad real, la *democracia* impuso la *centralización* administrativa, de la cual nació la *omnipotencia* de los poderes *legislativo* y *ejecutivo*, que, si inestables en su constitución, son plenamente perdurables en sus decisiones.

La organización de la Nación en provincias —otra copia de la Francia napoleónica—, rompió el tradicional reticulado estatal. Las viejas Cortes de los Reinos y Condados, en las que residía el acervo foral, cultural y administrativo, con el cual se defendían de las demasías de los reyes, desaparecen, sin que ni las Diputaciones, en lo local, ni el Congreso de los Diputados, en lo general, suplan

a lo arrinconado. Ciertamente que las Cortes de los Reinos parecían, en fuerza de no reunirse, llamadas a la muerte por inanición. Pero, al suprimirlas, renace el deseo de tenerlas. *Lo que importa es el fuero, no el huevo*. Lo que se echa de menos es la posibilidad; la potencialidad de resolver los propios asuntos dentro de casa y al gusto de casa, y, al caer esta privación sobre el individualismo, sobre el aldeanismo, sobre la insolidaridad, renace y se afirma el sentimiento de lo *regional*, si se nos permite la licencia de hacer derivar la etimología de esta palabra de la palabra *reino*. El tronco de los viejos reinos, podado hasta de la última quima, retoño, por la fuerza de sus raíces y, lógicamente, estos retoños tienen más de borde acebuche que de pingüe olivo. El injerto de más de cuatrocientos años, se cortó a cercén, y le cortó un podador del cual podemos admitir la buena intención, pero no la visión histórica del Estado español. En los pocos más de cien años transcurridos, la constante tendencia de volver *por sus fueros*, de Cataluña, Vascongadas, Galicia, y, por la misma exclusión de Castilla, ponen de manifiesto la falta de lógica y base de la reforma. España, en la que siempre hubo un marcado sentimiento *imperial* (rey de reyes), en nada se parece a la parisina Francia.

Esta escasa capacidad de *ver* conduce, inexorablemente, a la copia. Cuando se produce una situación nueva, o difícil, o, simplemente, que no encaja con los sistemas preestablecidos, se recurre a Francia y a Inglaterra para buscar en ellas una solución. Generalmente esta solución no encaja con nuestra manera de ser; pero es igual.

España, que hasta bien mediado el siglo XVIII, marcha, en todo orden de cosas, en el pelotón de cabeza, se coloca voluntariamente en cola, tan en la cola que conquista la Conchinchina para entregarla, sin más, a los franceses, y sin que de esta campaña, modelo del buen hacer militar, se diga ni una sola palabra ni en la prensa oficial («Gaceta de Madrid») ni en la privada. El silencio es tan absoluto que es posible que ni aún hoy día se sepa que los franceses fueron a Viet-Nam en 1860, a recibir, de manos españolas, aquel imperio que los españoles habían conquistado partiendo de Filipinas.

La guerra de Marruecos, coincide, en tiempo, con la de Conchinchina. El propio Jefe del Gobierno, el general O'Donnell se puso al frente del ejército expedicionario, para hacer de ella una nueva cruzada unificadora. En ella interviene lo más granado del Ejército, y románticos periodistas y hombres de letras, como Pedro

Antonio de Alarcón, escriben crónicas épicas que dan a conocer los hechos de armas y hacen que los ecos de Castillejos y Uad-Ras resuenen en toda España. La ocupación de Tetuán (4).

Los *padres de la Patria* miran el mundo con catalejo, pero aplican el ojo al objetivo. De este modo todo aparece pequeño y lejano, despreciable, en suma, y se abre la puerta de Marruecos a los franceses. No contentos con haberles entregado la Cochinchina, se les deja, con indiferencia total, extender su influencia hasta el Atlántico, partiendo de una Argelia de claras relaciones con el levante español desde tiempo inmemorial.

Y con ser la guerra de Africa una ventana abierta al exterior por la que participar en el concierto mundial de las naciones, España no aprovecha la ocasión, se repliega sobre sí misma, mata su espíritu colonizador, descuida potenciar el Ejército y la Armada, y sesteo al arrullo de los floridos discursos, ombligo de todo el quehacer y, cuando hay que hacer algo, se envía una comisión al extranjero para que *importe* lo que menos *importa*.

Cuba y Filipinas nos son arrebatadas ante la indiferencia, y por la indiferencia, de una clase dirigente incapaz, ni tan siquiera, de mover la opinión internacional. El siglo que se inicia con la *aceptada* invasión francesa, finaliza con un disimulado suspiro de alivio, ante una invasión yanqui que nos *libera* de las guerras civiles insulares.

PERSONALIDAD DE VILLAMARTIN

En este ambiente tan peculiar transcurre la vida del admirado militar y escritor, y es lógico que un ambiente caracterizado por líneas tan pronunciadas, deje su impronta en quienes en él vivieron.

Siglo borroso y enmarañado, producto de unos hombres utópicos y mediocres, no deja de tener valores positivos. Prueba de ello es el hecho de que el denominador común de sus hombres es el de la ruptura con la tradición, para lanzarse a la aventura de un modernismo a ultranza, arrastrados por un afán innovador que no se sabe a dónde conduce, porque no es el resultado de una evolución lógica, sino la consecuencia de la *atracción del vacío*, y

(4) Descubre nuevos horizontes y posibilidades económicas y civilizadoras. Pero todo es inútil. El aliento colectivo duerme al socaire de la desesperanza y el de empresa hace el dúo a su vera.

con la pretensión de caer en lo *moderno* sin saber qué es lo moderno; con la sola idea de que lo moderno es la negación del ayer, porque lo pasado no es el fundamento del porvenir, sino un simple detritus que ni siquiera sirve como fertilizante.

Esta aventura del futuro despierta el valor y el afán por el estudio.

El valor, porque sin él no hay aventura, aunque este valor nazca de la convicción de la propia invulnerabilidad o de la ignorancia del peligro.

El afán por el estudio, porque es el siglo del saber, en el que la *fe* se pone en la ciencia. Es claro que erraron en los textos y en su interpretación, como también lo es el que se dio más importancia a la biblioteca que a la reflexión, al estudio que cala, al contraste con lo aprendido con la realidad. Por eso no hubo producción original, todo fue copia.

En el ambiente militar, en el que, lógicamente, *Villamartín* está metido, estas tres cualidades son perfectamente identificables. ¿Quién duda del *ningún respeto* a la tradición política de aquellos militares que *hicieron posible la Constitución*, que *implantaron el liberalismo*, que, incluso, presidieron la República? (Serrano).

En cuanto al *valor*, ¿será necesario recordar a Prim? ¿Tendremos que hacer memoria del malhadado Diego de León? ¿Habremos de releer las «Memorias del Marqués de Mendigorriá»?

Aquellos generales no dudaban en ponerse al frente de un pelotón de soldados y cargar contra el enemigo, aunque fuera un ejército entero, con tal arrojo y tal desprecio de la vida, que más que generales parecen tenientes recién nombrados, que buscan con ansia en su primera ocasión, el primer ascenso en el campo de batalla. Ya no se rinde culto al valor, ¡tan común se ha hecho! Se le da por algo consustancial con la carrera de las armas, porque, ¿qué general no ha ganado todos sus empleos, de teniente a capitán general, por méritos de guerra?

Pero si la gloria militar coincide en hombres de evidente talento natural, este mismo talento reclama una formación más amplia y profunda, cuando la persona penetra en el alto juego de la gobernación del Estado. Lo de «el espadón de Loja», puede ser una frase feliz para zaherir a un hombre, pero nunca, y menos a siglo y

medio de distancia, puede tomarse como la expresión (5). El mero hecho de haberse requerido a los generales para desempeñar los altos cargos civiles que se les confiaron, es señal de su preparación intelectual, y una ojeada, por rápida que sea, a los libros de su biblioteca particular, confirma su preocupación por el estudio. ¿Con más fruto o con menos fruto que otras personas? ¿Mejor preparados o peor, que otros terceros? Son cuestiones a las que ni siquiera pretendemos responder, porque no se trata de seleccionar al mejor, que ya todos pasaron: sólo se trata de mostrar que ejercieron su oficio con preparación suficiente. ¿Que los hubo mejores? ¡Evidente! ¡También peores!

Aunque para la biografía de *Villamartín* no disponemos de otros datos que los que figuran en su *hoja de servicios*, y algunos pocos más, son los suficientes para colegir como era.

De estos datos se deduce, sin mayor esfuerzo, que fue un hombre de clara inteligencia, como lo demuestran no sólo las *calificaciones anuales*, sino, también, sus trabajos, perfectamente concebidos, ampliamente desarrollados y cuidadosamente elaborados. No fue, ni mucho menos, una medianía. Tenía una inteligencia despierta, aguda, penetrante, que le permitió profundizar en muchos temas que otros pasaron por alto, y dejar escritas sus observaciones, para que pudieran ser experiencia y guía de otros.

Su capacidad de trabajo no era menor que su inteligencia. Sus obras y escritos menores, no puede ser calificada de escasa. El total de sus escritos supone una larga tarea cumplida en los ratos libres que le dejaba el *Servicio*. La vida ordinaria del cuartel no deja mucho lugar al sosiego imprescindible para meditar y escribir, por eso nos imaginamos a *Villamartín* escribiendo durante la siesta, y robando horas al sueño por la noche.

Esta *laboriosidad*, esta aplicación al trabajo, no se concibe sin estar acompañada por las restantes virtudes militares. Sin ellas, el trabajo constante y hecho en duras condiciones, hubiera sido una carga demasiado onerosa para llevarla por iniciativa propia.

Su *sensibilidad observadora* se pone de manifiesto en los detalles, en las exactas apreciaciones psicológicas, de orgánica, táctica, armamento, etc., de las que queda constancia en sus escritos. El

(5) De un poder basado en la fuerza y no en la razón. De un General en Jefe podrá decirse lo que se quiera, que la palabra es libre. Pero creer que es tonto y que llegó a ese puesto por azar, es ser más tonto todavía. «Jamás se ha visto un caudillo ilustre de limitados alcances» (Clausewitz).

hombre —para él, el hombre militar—, sea soldado u oficial, no es un simple ejecutor de órdenes, un autómeta. Tiene un *alma*, un *espíritu*, que es lo que hay que mover, lo que hay que guiar, lo que hay que formar para hacer de él un buen soldado, ejecutor obediente y responsable de las órdenes que ha recibido, o de las decisiones que él mismo debe tomar, a falta de directrices concretas.

De su valor, nada debiéramos decir, pues fue hijo de su tiempo, como ya dijimos antes. Ya se distinguió cuando, recién ascendido a teniente, con sólo veinte soldados a sus órdenes, se hace cargo de la defensa del cuartel de San Pablo, en Barcelona, defensa que llevó a cabo con éxito y durante la cual resultó herido en una pierna, por una bala enemiga. Y no sólo debió alcanzar el éxito en esta empresa, sino que algo hubo de especial en ella cuando se le concede el ascenso a capitán por su actuación, empleo al que llega a la edad de *veintitrés años* de edad, y a los *seis* de su promoción a subteniente de Infantería. ¡No es mal inicio de una carrera! Posteriormente, y ya en las postrimerías de su corta vida, en 1868, participa en la batalla de Alcolea, ya como comandante, empleo que se le había concedido como premio a su labor de tratadista militar y, en especial, por la publicación de su libro más conocido: *Nociones del Arte Militar*. En tal batalla interviene a las órdenes del general Pavía, Marques de Novaliches, General Jefe del Ejército encargado de someter a los sublevados de septiembre, los cuales, a las órdenes del general Serrano, pretenden derrocar a Isabel II e instaurar la república en España, cosas ambas, que consiguieron. El comportamiento de *Villamartín* en esta acción fue tan destacado, que es ascendido a teniente coronel en el propio campo de batalla. El que este ascenso no fuera reconocido por los vencedores, no quita mérito a su actuación. En aquellos tiempos en los que se exigía un valor a prueba de cualquier contingencia, el hecho de conceder un ascenso sobre el propio terreno de combate, quiere decir no sólo que hubo un derroche de valor, sino que este valor estaba al servicio de una función, de la que salió brillantemente airoso. Así, de este episodio tan singular, se deducen, patentemente, su valor, su competencia profesional, su serenidad para tomar decisiones correctas bajo el fuego enemigo (el general Pavía, a cuyas órdenes directas estaba, fue herido en esta acción), su preparación, en suma, para ejercer mandos superiores.

Fue, pues, en lo militar, un oficial distinguido en el campo de batalla, al igual que lo fue ante su mesa de despacho en el manejo de la pluma. Su porvenir se adivinaba brillante, pero la vida está en las manos de Dios.

Hay un hecho, en la vida de *Villamartín* que no podemos pasar por alto, dado que pudo haber influido en sus opiniones. Se trata de su *no* participación en la Guerra de Africa y cuyo inicio coincidió con su regreso de Cuba, donde el clima no le sentaba bien. ¿Fue la enfermedad, lo que impidió su presencia en Tetuán, o es que llegó demasiado tarde para alistarse en el ejército de O'Donnell?

En cualquier caso debió ser una razón de peso, pues dada la imagen que de él tenemos, no podemos dudar de que su deseo de participación, que hubiera puesto por obra si algo no se lo hubiera impedido. Aquella guerra, de la que él mismo dice: «... es una guerra que debemos estudiar con profunda reflexión, no por su importancia absoluta, sino por la relativa que le da la época en que se ha llevado a cabo. Estaba ya olvidado nuestro antiguo nombre; la organización política y militar, sin haberla experimentado; el orgullo patrio, adormecido; la conciencia de nuestra debilidad, en la conciencia de todos; negada la silla en los congresos; nos habíamos acostumbrado a la pérdida de territorios; éramos conducidos por la mano, ya por una, ya por otra, ya por otra de las grandes potencias, estudiando el no desagradarlas nunca...» ...«se ignoraba nuestra fuerza militar, porque no estaba probada; nuestros ejércitos no habían hecho en mucho tiempo ninguna campaña; nuestra organización era hija del siglo, y en el siglo no la habíamos experimentado...»; fue la única ocasión de salir al exterior, de traspasar nuestras fronteras y alcanzar una visión más amplia, más universal, de los planteamientos y teorías, y, consecuentemente, de las conclusiones. Es lástima que no participase en ella.

Si de su valor nada podemos decir, resta hablar de su formación cultural general y de la específica de su profesión.

De la simple lectura de sus obras se deduce fácilmente que su cultura fue amplia, tanto como la consentían las condiciones de su tiempo. Su manejo del idioma, las referencias que hace a distintos temas, el hecho de haber publicado muchos artículos en diferentes periódicos, y el de haber sido él mismo director de uno de ellos, son indicios que apuntan hacia un grado alto de formación cultural.

No tenemos, y es pena, la lista de los títulos que componían su biblioteca. Hemos de suponer, deduciéndolo de su obra, que tal lista comprendería libros de temas militares, de historia, de geografía y, casi con seguridad, de temas filosóficos y sociales.

Los más de ellos serían de autores extranjeros, en especial los dedicados a filosofía y sociología; pero nos consta, por las referencias que a ellos hace, que entre los de temas militares no faltaban los españoles, y, entre ellos, «Reflexiones Militares», de Santa Cruz de Marcenado.

Las tertulias y cenáculos a los que habitualmente asistiría, según era costumbre en aquellos tiempos y entre gentes de pluma, serían el lugar donde las noticias, contenido y teorías de nuevos libros, llegarían a su conocimiento. Tal vez fue en ellas, y a la vista del escaso conocimiento que la gente civil tiene de la *ciencia* militar, donde concibió la idea de escribir su más conocida obra: su famoso *No-ciones del Arte Militar*.

Porque, al leer dicho libro, nos queda la impresión de que no va dirigido a los militares, a lo menos no exclusivante a ellos. Si bien en el *Prólogo* y en las *Conclusiones*, declara que le escribió pensando en despertar el adormecido espíritu de la oficialidad, también dice que le escribió para analizar las relaciones de la política con la guerra, que los estados están en período de constante formación, que la guerra se produce en cualquier momento y que hay que estar preparado para hacerla frente, y estas últimas consideraciones se refieren directamente al elemento civil, al elemento rector de la nación, a los gobernantes y políticos, en una palabra; porque el Ejército, en su organización, y con las atribuciones de aquel entonces —y menos con las de ahora—, carece de medios, y sobre todo, de potestad, para preparar el país para la guerra. Asesorar adecuadamente, tomar a su cargo aquellas misiones que el Gobierno le encomienda, ejercer presión material cuando y donde se le encarga, son las tres funciones que el Ejército puede cumplir, pero siempre que para ello haya sido requerido.

Es posible que *Villamartín* no fuera más explícito en la declaración de sus intenciones, por no considerar necesario aclarar más las cosas a aquellos Jefes de Gobierno, procedentes del Ejército, que tanto abundaron en el siglo XIX. Tampoco serían necesarias más explicaciones para los Ministros de Guerra y Marina, que siempre fueron profesionales de las armas. Pero a buen seguro que si, en aquel entonces, hubiese habido un *Ministro civil de Defensa*, *no de las Fuerzas Armadas*, que Defensa y Fuerzas Armadas son dos cosas muy distintas, a él hubiera dedicado el libro.

No fue *Villamartín* hombre dado a la política; pero, a fuer de buen hijo de su tiempo, tuvo sus convicciones que hicieron de él lo

que hoy llamaríamos un hombre de *izquierdas*. Republicano de corazón, y con gran tendencia a lo social, en nuestro tiempo hubiera sido un socialista, posiblemente moderado, dada su gran cultura y su sentido común, pero socialista. Pero atemperadas sus convicciones por el sentido de la disciplina, combatió, como ya dijimos, formando en el bando monárquico. Nunca puso su espada al servicio de sus ideales políticos ni antepuso el *partido* a la *Patria*, convencido como estaba, y como se desprende de sus escritos, de que el ideario político no puede tener otra razón de ser que la de buscar el *engrandecimiento* de la *Patria*, el mejor *servicio* a sus habitantes y la *unidad* del pueblo español, terceto cuyos versos no pueden sostenerse aisladamente, porque no son tres cosas distintas, sino la cara, la cruz y el canto de la misma y única moneda: ESPAÑA.

Pudo obtener provecho de su pluma poniéndola al servicio de una causa política; pero su amor al Ejército le llevó a dedicarse a la investigación, a la enseñanza, a despertar el interés por la profesión, y gastó en la publicación de sus escritos el escaso caudal que, pidiendo prestado, pudo reunir. El premio a su labor fueron aplausos y una *cruz*; pero el menguado sueldo que recibía (¡qué poco cambian los tiempos!) estaba más necesitado de unos miles de pesetas que le permitieran salir de sus trampas, que da una cruz que nada aliviaba a la que llevaba sobre sus hombros, en aquella situación de *reemplazo*, en la que, cuando mucho, no podía contar más que por reales.

Sus libros no le produjeron otra cosa que deudas y, hombre de honor, el no poder pagarlas amargó su vida. La lectura de algunas de sus cartas —no parecen ser muchas las que se conservan—, nos da a conocer una existencia llena de ambiciosos proyectos y afanes profesiones, envueltos en la camisa de fuerza de una penuria económica más que alarmante. Su salud, ya muy quebrantada durante su estancia en Cuba, no recibió, probablemente, los cuidados que la hubieran consolidado, y ello, junto con las estrecheces económicas de aquel hogar entristecido por la prematura muerte de la única hija del matrimonio, tal vez aceleraron el fin de una vida que, de haber durado, hubiera dado mayores y mejores frutos en posteriores cosechas.

Honores póstumos, que a duras penas alcanzaron a librar sus restos de la fosa común, en modo alguno a aliviar la pena y dificultades de su solitaria esposa, pues llegaron con cuatro años de retraso, muestran cuánto cuesta reconocer méritos ajenos y, mucho más premiarlos adecuadamente. Quijotes hasta en el premiar, fal-

sos quijotes, limitaron el galardón a honores, ¡que el dinero es cosa ruin!, olvidando que «tripas llevan pies» y que «los duelos con pan, son menos».

Hemos de agradecer al hado que *Villamartín* se viera obligado, durante largos períodos de tiempo, a desempeñar monótonas tareas burocráticas y de guarnición. Fue durante estos períodos cuando concibió y escribió sus libros y, gracias a ellos, nuestra formación profesional ha tenido un sólido punto de amarre. Sin este anclaje, nuestros maestros se hubieran visto obligados a acudir a tratadistas extranjeros, que dedican más espacio en sus obras a señalar nuestros defectos que a reconocer nuestras virtudes.

Así fue *Villamartín*; al menos así le vemos nosotros. Figura señera en un siglo en el cual los militares brillantes fueron tantos y tan populares, que sus nombres componen gran parte del «callejero» de Madrid, y cuyas estatuas de bronce, costeadas por suscripción pública y labradas por los más laureados escultores, sirven de ornato a la mayoría de las plazas. Su memoria, sus enseñanzas, perduran, siempre actuales, en el acervo cultural militar.

EL ESCRITOR

Villamartín, como todo escritor que trata temas profesionales, escribe con la única preocupación de transmitir una serie de ideas científicas, producto de su tarea intelectual. Quiere esto decir, que la escritura, la palabra, está, siempre, sometida a la idea.

A diferencia del literato, que cuida la perfección del lenguaje, la corrección del estilo, la belleza de las imágenes y la presentación de la trama, en la que deja lugar suficiente para que el lector edifique cuantas catedrales, paraísos o saraos le sugiera la imaginación, el escritor científico busca, ante todo y por encima de todo, el dejar claramente expuestas sus ideas, sus hipótesis y conclusiones. El lenguaje es sólo un vehículo; no busca en él la delectación morosa del poeta, como tampoco pretende crear otro estilo que aquel del que surjan nítidamente las ideas. Y la trama está encadenada de tal forma que pueden agregarse eslabones a la cadena en la dirección que se quiera, pero siempre que sean consecuencia de lo anterior. De este modo, la obra ganará en longura, en extensión, en volumen, pero siempre con eslabones del mismo material. En la trama no hay lugar para edificar fantasías; sólo pura deducción lógica, consecuente y encadenada.

Pero en *Villamartín*, junto a su interés por la transmisión de las ideas, hay otra cualidad —no en balde es hijo de su siglo—, de la que, pensamos, que el autor no es plenamente consciente y que hace de sus escritos una amena lectura, y esta cualidad es la *transparencia*, hija de un estilo claro y directo y de un léxico variado, preciso e inteligible. Sus escritos se leen con tanta facilidad que la profundidad del tema no parece percibirse. Habría, como diría Dors, que oscurecer un poco el lenguaje para dar mayor relieve al fondo.

Es posible que si *Villamartín* hubiese empleado un lenguaje más hermético, más filosófico y oscuro, su obra hubiese aparentado tener mayor profundidad y puede que hasta hubiera trascendido nuestras fronteras, allende de las cuales parece que sólo Napoleón III fue su lector.

Villamartín escribió en *español* paladino, huyendo por igual de lo conceptuoso y de lo vulgar. Y este empleo de palabras que, por ser de uso corriente, tienen un significado perfectamente conocido, hilvanadas unas a otras mediante un estilo directo, hacen tan comprensible la idea, que ahorran la mayor parte del esfuerzo intelectual para penetrar en el meollo. Esto hace que, sólo el que, después de leerle, se detenga a pensar sobre lo leído, es capaz de percibir todo el contenido que aquella aparente sencillez encierra. Con ello muestra que es un perfecto conocedor de su idioma.

Y no es que *Villamartín* sea un académico. Es, solamente, un escritor que domina el idioma que maneja y que no necesita acudir a *barbarismos* para hacerse entender. También elude los arcaísmos, el modernismo y lo culterano, cualidades que, de siempre, han caracterizado al escritor militar, de los que tantos hubo entre los coetáneos de *Villamartín*, y que perduran en la actualidad entre los muchos militares que, bien cuando tratan de temas profesionales, bien cuando escriben sobre otros temas, hacen gala de su buen español.

Pero al analizar al *Villamartín* escritor, hemos de distinguir, por fuerza, entre el tratadista de *técnica* militar y el de *psicología*. Son dos facetas y dos contenidos totalmente diferentes y entre los cuales se reparte, casi a partes iguales, la obra «villamartiniana». Estos dos aspectos que, sin detrimento alguno, pueden separarse, son los que vamos a examinar seguidamente.

EL ESCRITOR DE TÉCNICA MILITAR

Primera afirmación: no vamos a hacer comparación alguna de *Villamartín* con otros tratadistas militares, ni nacionales ni extran-

jeros. No se trata de organizar unas justas literarias para conceder un galardón al vencedor, sino de dar a conocer la obra de un escritor digno de ser más conocido, con serlo ya mucho. Decir, como se ha dicho, que *Villamartín* es superior a Clausewitz, no pasa de ser la expresión de un deseo de engrandecer lo propio parangonándolo con lo ajeno. Cuando esto se hace se corre el riesgo de empequeñecer, pues el término elegido para la comparación es, necesariamente, el más grande que se ha encontrado. Y si en esta comparación no aparece una manifiesta superioridad, se corre el riesgo, al quedar por debajo, de aparecer como un pigmeo quien es un hombre de talla normal o mayor de lo normal.

Clausewitz y *Villamartín* son dos personajes que no tienen punto alguno de contacto. Son dos escritores distintos, con miras diferentes, y una idiosincrasia y una cultura que en nada se asemejan.

Villamartín, así parece evidente, no conoció la obra del prusiano, como, probablemente, tampoco conoció la de Sun-Tzu ni la de Maquiavelo. Este desconocimiento que, en principio, pudiera parecer debilidad de su preparación, sirve para poner de manifiesto la originalidad del pensamiento de nuestro compatriota.

Por otra parte, tampoco parece que sea necesario conocer todo lo que se ha escrito sobre determinada materia, para teorizar sobre ella. Para hablar de un tema sólo hace falta tener algo que decir, a él referido, y saber decirlo. Si lo que se tiene que decir resulta ser una vulgaridad archiconocida, lo dicho muere en el momento de nacer y su autor es relegado al olvido. Pero si lo que se dice es algo importante, algo que interesa a los demás, el hecho de conocer o desconocer otras cosas que se han dicho, referentes al tema, carece de importancia.

Villamartín fue, con toda seguridad, un autodidacta, y si esta condición le impidió ampliar sus puntos de vista y enfocar sus reflexiones hacia una mayor lejanía, también le libró de la tentación de «traducir» como propias, las ideas de autores extranjeros, y lanzarlas al mercado español con el marchamo de hijas de nuestra manera de ser, de nuestra idiosincrasia.

La originalidad de *Villamartín* radica no sólo en su individualidad, en su personalidad, sino en representar el aspecto colectivo del español y poner de manifiesto su carácter. Por otra parte, no creemos que tratase de exponer una *filosofía* de la guerra, como tampoco pensamos que su pretensión fuese la de hacer un *estudio histórico* del fenómeno bélico y extraer de él determinadas conclu-

siones. A nuestro entender, su afán fue el de dar a conocer las teorías más en boga en su tiempo, y descubrir los principios fundamentales del *arte militar*, aunque tales principios no aparezcan enunciados como tales y sistemáticamente reunidos y comentados.

La ciencia militar, según nuestro criterio, puede tratarse, o estudiarse, desde tres puntos de vista: a) el de la elucubración especulativa, que puede conducir a la pura invención filosófica. De esta escuela los más claros representantes son: Sun-Tzu, Maquiavelo y Clausewitz. b) La de la investigación histórica, que trata de *descarnar* el relato bélico, incluso la epopeya, para descubrir el eje de la maniobra táctica, la curva del gran movimiento estratégico. Este método es el normalmente seguido por los grandes capitanes y, entre los teóricos que le han utilizado para probar o dar fe de sus teorías, figuran, como más actuales, Fuller y Lidell Hart. c) Por último, la de reunir, armonizar y, hasta cierto punto, sincretizar, las tesis posiblemente más válidas en determinado momento. Esta última tarea, que actualmente se traduce oficialmente en los libros conocidos como «Doctrina», es la que creemos que mejor cuadra a *Villamartin*.

Indudablemente que ninguna de las tres modalidades es tan perfectamente independiente, está tan exactamente definida, que no participe de algo de las otras dos. Pensar que el que hace filosofía de la guerra no requiere del estudio de la historia, para buscar en ella las bases iniciales sobre las que asentar sus especulaciones, es ignorar que éstas han de asentarse sobre un primer hecho concreto. Creer que estas especulaciones no se han de traducir en unas ideas prácticas, es mostrarse proclive a dejar inacabada la tarea. Tampoco el simple investigador de la historia puede prescindir de escudriñar ésta hasta sus últimos rincones, de analizar minuciosamente los hechos para separar la línea maestra de lo que pueda ser pura anécdota, y formar esquemas de las situaciones que las haga comparables entre sí. Y de esta comparación ha de surgir, por fuerza, un juicio, una idea que, en ocasiones, no será directamente aplicable a la práctica (las más de las veces sí), pero que orientará la dirección de las líneas de acción.

Del mismo modo, quien redacta una «Doctrina», quien pretende resumir en un libro unas normas prácticas para la aplicación de ideas ya concebidas con anterioridad, necesita la labor de estudio que supone llegar al conocimiento de tales ideas, de las cuales ha de saber, al menos en sus líneas generales, la génesis de su esencia.

Las ideas y teorías se aplican en situaciones, en circunstancias ideológicas, materiales, armamentísticas, etc., que si se pretende el éxito, han de ser paralelas con aquellas en las que se originaron. Por eso las que se «traen» a un país concreto, han de proceder de otro con el que guarde mucha similitud, tanto en moral, como en terreno, medios con que se cuenta y misión a cumplir. No hacerlo así es hacer un ensayo de traducción literaria, en vez de establecer una «doctrina» válida por sí misma.

Aunque *Villamartín* no conociera a Sun-Tzu, Maquiavelo y Clausewitz, no por eso vamos a concluir que no conoció a otros autores. Si decimos que fue autodidacta es porque no recibió más formación dirigida que la que tuvo en el Colegio Militar, en el cual, evidentemente, la preparación tendía más a lo práctico que a lo especulativo. Historia, geografía, leyes penales militares, matemáticas, etc., llenaban la mayor parte de los planes de estudio académicos; pero ni por la extensión de los textos utilizados, ni por la duración de la enseñanza, pudo llegarse a más que a un indicador de temas.

El resto de su amplia cultura lo adquirió con posterioridad, en la lectura de obras que, adquiridas por él o que formaban parte de las bibliotecas que siempre han tenido a gala tener los Regimientos a disposición de sus cuadros, fueron completando su saber. Lee, medita y, a la hora de escribir, escribe sus propias ideas. Por eso no hay citas en sus libros, porque no reproducen ideas ajenas, sino que exponen las propias, sin duda deducidas o provocadas por otras preexistentes, es cierto, pero propias. Las ideas son como árboles que tienen por raíz otras ideas y por tallo una cadena, cuyos eslabones, aunque alimentados por la misma raíz, son todos independientes.

En el aspecto *filosófico*, no el de mayor extensión en relación con el total de la obra, está contenido, fundamentalmente, en el «prólogo» y en las «conclusiones» de *Nociones del Arte Militar*. En ambos capítulos destaca la agudeza del autor, al *descubrir* los que ahora llamamos «principios» del arte militar.

Como antes decíamos, no es que se encuentren explícitamente enunciados como tales, ni escritos uno a continuación de otro, de forma que resulten claramente visibles, no. Están incluidos en el contenido general y esparcido en páginas diferentes, de modo que si son claramente perceptibles para el lector metódico y repasado, pueden pasársele por alto al que, más precipitado, se limita a una lectura rápida, impelido por la facilidad del estilo.

Villamartín, aunque escritor claro, y precisamente por eso, ha de ser leído con calma. Un párrafo aislado, incluso un capítulo, puede carecer de sentido, o tener otro distinto al que le corresponde en el conjunto del libro si no se hace una lectura reposada y total. La ciencia militar, que está, sin duda, entreverada de arte (*ciencia* son los «principios», las decisiones tácticas, los cálculos y previsiones logísticos; *arte* es la ejecución), requiere, para su asimilación, un esfuerzo intelectual. En el arte cabe la *intuición*; en la ciencia es imprescindible el *estudio*, la *reflexión*, el *método*.

En cuanto a su estudio y *valoración de la historia militar*, fue *Villamartín*, al decir de sus coetáneos, un innovador profundo. No conocemos los textos que en aquel entonces estuvieran de uso. Pero pensamos que poco diferirían de los actuales, porque la historia es, o debe ser, siempre la misma. Lo importante no son los textos sino los historiadores; porque son éstos quienes independizan o relacionan los hechos históricos. *Aquello*, bajo el objetivo del microscopio de un histólogo, es un conjunto de células; a los ojos de un pintor, es una figura humana.

Al igual que los historiadores que le siguen en el tiempo, se limitó a estudiar las batallas, una a una, como si fueran entes con vida propia, independientes unos de otros, lo cual no es buen sistema. Las batallas, consideradas aisladamente, son como las piedras miliare del panorama de las guerras, que marcan los diferentes estadios de una situación efervescente de la política internacional, pero que no dan idea de tal política. Las batallas expresan la *táctica*, nunca la *estrategia*, entendiéndose por tal la política exterior desarrollada con fines militares. Por eso, las batallas, por muy victoriosas que hayan sido, pueden carecer de valor para el resultado de la guerra (recordemos a Pirro). Sólo una batalla, *la última*, le tiene. Porque la guerra no es un combate a los puntos, es un combate al K. O.

Lo que: «en la guerra todo es ejecución» (Napoleón), sólo puede admitirse si quien lo dice, como es su caso, se reserva para sí la decisión estratégica, que es la que prepara los «materiales» con los que se ha de ejecutar. Que «todo es ejecución», es algo que también puede decirse de otras «artes», tales como la arquitectura y la escultura; pero si antes de la fase de ejecución no se han aprestado planos, materiales y herramientas..., ¡ni catedrales ni estatuas! Hablar de Platea, Mantinea, Salamina, etc., sin tener presentes al Asia Menor, a la Magna Grecia, Sicilia, Cartago y Egipto, nos impedirá ver cómo las guerras a las que las antedichas batallas perte-

necen; fueron posibles por lo mucho que se apoyaron en el exterior, apoyo que era preparado con mucha antelación y hoy se conoce como la estrategia de la «aproximación indirecta».

Limitarse a relatar los episodios de Ceriñola y Garellano sin pararse a considerar la situación interior de los reinos de Nápoles, Aragón y Francia, no nos dejará ver el *porqué* Gonzalo de Córdoba no cosecha más que reverses hasta que se sacude la obligación de obedecer al Rey de Nápoles, que le restaba algo tan importante como es la *libertad de acción*, y que, recuperada ésta, Seminara, Cosenza, o Canosa, no fueron más que simples anécdotas sin mayor importancia; que lo importante era maniobrar sin descanso para «descolocar» a los franceses —tanto a los de Italia como a los de París— y, sólo entonces, asestarles el golpe de gracia que fueron Ceriñola y Garellano. Que había que provocar el cansancio, el hastío moral de las tropas que luchaban en Nápoles, y de toda la nación francesa; para compensar la pequeñez de los efectivos que Gonzalo tenía en Italia, únicos con los que podía contar.

Que la batalla de Zama se perdió en Iberia, es algo que hoy, establecida la teoría de la aproximación indirecta, es algo que nos parece evidente; por eso no se puede estudiar Zama de otro modo que no sea el de considerarla como cúpula de una serie de sucesos anteriores, cuyos protagonistas fueron los Scipiones.

La batalla es *fuerza*; la preparación de la batalla, *inteligencia*. En tal sentido podemos decir que la batalla es *ejecución* y, como tal, *táctica*. La preparación, que es estudio, análisis, combinación de recursos, *estrategia*, en fin.

Es difícil, en la práctica, establecer los linderos entre táctica y estrategia. Siempre hay una zona de sombra en la de enlace entre ambas, en la cual la ejecución se engarza con la decisión, por lo que es difícil, prácticamente imposible, dibujar la linde, como difícil es señalar en una playa batida por las olas, la separación entre la mar y la tierra.

Por otro lado, es cierto que en muchas ocasiones el *estratego* tiene que ejecutar, y el *táctico* que decidirse entre varias opciones, lo cual viene a complicar más la cuestión, razón que abunda en la necesidad de que el estudio de la historia sea total, interrelacionando los hechos con las circunstancias, y que lo importante no es la propia historia, sino el historiador.

Un *criterio* que en todo estudio de temas militares hay que aplicar, es el de lugar y época en que acaecen los hechos. A cada fecha histórica corresponde un estado cultural, científico económico, del cual derivan una serie de posibilidades nuevas, si se compara esa fecha con otra anterior, y otra serie de impotencias y cualidades negativas, si se la compara con otra posterior; porque cada época tiene unas posibilidades concretas y no otras. Pero, aún dentro de cada época, las cosas no discurren igualmente en todas partes. La cultura, la técnica, no están uniformemente repartidas por toda la Tierra. Mientras los egipcios siguen utilizando el cobre y el bronce para sus armas, los hititas ya conocen el hierro y se instalan en el trono de los faraones. Los romanos conocen el hierro, pero sus espadas se doblan. Son los bárbaros quienes tienen la técnica del acero. Son los españoles los que conocen primeramente la técnica de aparejos que permiten navegar contra el viento, en tanto que el resto del mundo sigue dejándose arrastrar por él. Y así pudiéramos citar otra serie de ejemplos.

Este criterio permitirá juzgar no sólo a los hechos en sí mismos, sino a los tratadistas militares, a los cuales podremos ver en su verdadera dimensión, y no hacerlos culpables de no haber pensado en algo que hoy, con nuestros mejores conocimientos, consideramos como el *catón* de la ciencia militar.

Estas consideraciones las hacemos pensando en *Villamartín*, a quien no puede pedírsele que conociera lo que hoy es hasta elemental. Por el contrario, es de admirar en él su conocimiento de lo que entonces eran los últimos adelantos de la ciencia, por más que a nosotros se nos aparezcan como ingenuidades. Oírle hablar de cañones que alcanzan a dosmil pasos, discurrir sobre los inconvenientes de los fusiles rayados y de carga mediante cartuchos, de maniobras por líneas interiores y de otras muchas cosas por el estilo, no debe movernos a risa ni a desprecio. No es posible juzgar con imparcialidad, habituados como estamos a los medios de hoy, si no se hace un gran esfuerzo para colocarnos en el lugar y época del autor, y, aún en este caso, mejor que juzgar es analizar. Sólo así podremos encontrar lo esencial, lo perdurable, que es lo único que interesa de un libro de pensamiento.

Es evidente que, de los libros de *Villamartín*, hay que desechar mucho. Otro tanto ocurre con cualquier otro autor, tanto si es antiguo como moderno, y sea cualquiera la ciencia de que trate. Como en un bosque se busca el abeto único, que ha de servir para hacer de palo mayor de quienes quieren navegar, y se desechan

los demás árboles, así como los libros, en los que hay que «espigar» cada página, cada capítulo, para encontrar la espiga abandonada por los segadores. Pero espigar ni es darle fuego al rastrojo, que es lo que hace quien declara obsoleto al libro, ni *epitomar*. Las más de las veces, el poco éxito de los libros-resúmenes, de las selecciones, o de los extractos, se debe a su condición de quintaesencia de otros más abultados. Y es que las ideas escuetas, puras, abstractas, sólo son aptas para unos pocos privilegiados. Al común de la gente hay que dárselas arropadas convenientemente por una cierta cantidad de paja para que no se apelmacen en montón difícil de ingerir, cuanto más de digerir. En general, una buena digestión requiere un mínimo de celulosa desechable.

Por tanto, no quitemos a la obra de *Villamartín* parte alguna. ¡No a los epítomes! Si hubiera de hacerse una reedición de sus escritos, nosotros votamos por una edición total en la que distintos tipos de letra (no uno grande y otro pequeño), pongan de relieve aquello que sigue conservando la vigencia, el interés.

Por otra parte, conviene tener presente que nuestra generación se ha dejado llenar los ojos por la imagen de un poderío técnico, que el tiempo y la reflexión van mostrando que no es más que espejismo. Quizá, ¡y sin quizá!, estamos en camino de volver a dar a la maniobra, al terreno y al hombre, toda la importancia que tienen. Porque no sólo es posible, sino probable, que toda esa ingente cantidad de terribles ingenios destructores, no sea más que un «farol», o necesite un antídoto.

Lleno los ojos, como los tenemos, de las fotografías de grandes monstruos destructores, manejados poco más que con una batería de botones, pulsados desde la seguridad de un refugio subterráneo, nos parece que cuando *Villamartín* habla de marchas a pie, de la guerra en montaña, de la organización de los campamentos, etcétera, se dirige al hombre de Neanderthal, en modo alguno a nosotros, hombres del siglo xx, casi del xxi. Y al pensar así caemos en el error, o en el olvido, de que somos hombres de ciudad que desconocen el campo. Por supuesto que sabemos que hay montañas; pero tal vez pensamos que son lugares a los que se va en tren para encontrar nieve sobre la que esquiar, y donde se descansa y reparan las fuerzas en los «campings» (¿por qué no *campamentos*?) que allí hay. Por supuesto que sabemos que hay vegas a la vera de los ríos en las cuales, antaño, se cultivaban hortalizas y se criaban vacas. Pero eso del campo era antes; hoy, la leche, el pan, la carne, las frutas y las verduras se compran en la ciudad, en la tienda que hay al lado de casa.

El militar, como político, juega siempre a ganar. Fracasas es morir (y no es una figura retórica), y morir él y los suyos. No hay ni otra alternativa ni una segunda oportunidad. Esto quiere decir que no se puede rechazar algo por considerarlo poco eficiente, de escaso rendimiento, de no muy probable empleo. Cualquier cosa que tenga posibilidad de ser útil, ha de estar en condiciones de uso. Tal vez el acudir a estas «pequeñas» cosas se relegue al último extremo; tal vez. Pero el posponer su empleo no supone arrumbarlas en un rincón; posponer significa, de por sí, la posibilidad probable de empleo, lo que clama por un almacenamiento cuidadoso y seguro, donde la *cosa* esté lista para su uso en cualquier momento.

EL ESCRITOR DE PSICOLOGIA MILITAR

Hemos llegado a la nota más brillante de *Villamartín*, a su faceta de psicólogo.

La palabra «psicólogo» puede sonar a nuestros lectores de hoy, como un atributo en exceso generoso, y más cuando va precedida del calificativo de *brillante*. Pero no hay generosidad en ello, sino pura justicia. Hoy se piensa que «psicólogo» es la persona que ha pasado por la correspondiente Facultad, en la que se ha licenciado o doctorado. Y es cierto. Pero también lo es, que esa persona que tanto ha estudiado, tal vez no sea capaz de captar el estado de ánimo de un hombre, de adivinar los motivos que le pueden impulsar a obrar de determinada forma en ciertos momentos, de prever la actitud, talante, gestos y palabras que, en el momento crucial, ha de utilizar el «conductor de hombres», el «caudillo», para arrastrar tras sí a la muchedumbre, a los soldados. Quien tiene estas cualidades de manera innata —cualidades perfectibles por el estudio, pero no sustituibles por él—, es *verdaderamente* psicólogo, que puede devenir conductor de hombres, si a la política o milicia se dedica, y suma a éstas otras cualidades, o quedar en simple *estudioso* de las reacciones anímicas individuales o colectivas, de la psicología personal o de masas.

Este último caso es el de *Villamartín* (no tuvo ocasión de ser caudillo), que nos ha dejado su experiencia como lección magistral para el trato con los soldados.

Todo aquel que tiene por función la de mandar o dirigir, ha de ser psicólogo de nacimiento o por estudios. Pero sólo el que lo es de manera innata, por intuición, podrá ser hombre que *arras-*

tra, caudillo o «líder». Intuir, con antelación suficiente, el efecto que un suceso, un fenómeno meteorológico, un golpe de suerte o de gracia, una palabra o un silencio, va a producir en un hombre o en una masa humana, y conocer, al tiempo, el gesto material o la palabra, capaz de contrarrestar, de impulsar o dirigir adecuadamente la conducta derivada de aquella influencia, es la base del *prestigio*, cualidad sin la que, por mucha que sea la preparación técnica, la capacidad de trabajo, la claridad de entendimiento, no habrá caudillo, no se podrá ser «líder». Esta es la razón por la cual, en todas las sociedades, sean grandes o pequeñas, militares o civiles, simples comunidades de vecinos o conjunto social de la nación, hay períodos amorfos y períodos brillantes de cristalización del sentir popular. Donde hay un psicólogo hay un caudillo y todo gira a su alrededor. Donde no le hay, por más cerebros de premios Nobel que existan, la sociedad es una medianía.

Villamartín, conocedor de la imperiosa necesidad que el Ejército tiene de conductores de hombres, en todos sus diferentes niveles, dedicó parte de su actividad observadora, servida por excelentes cualidades intelectuales adecuadas para ello y por una gran capacidad para captar el alma de los españoles, a estudiar el carácter nacional, y dejó escritas sus deducciones para que sirvieran de punto de partida a los Cuadros de Mando.

Bajo el título de *Moral Militar y Consideraciones sobre el Mando*, escribe dos capítulos en los que plasma perfectamente el espíritu del español, el de la «negra honrilla», el del «honor calderoniano», en los que se cifra y contiene todo el arte del buen saber mandar y obedecer (¡que también cuenta!) del soldado español.

Pero no es sólo en estos dos capítulos donde su experiencia de psicólogo se manifiesta. Es a lo largo de toda su obra donde la idiosincrasia española se va poniendo de manifiesto. Nada puede evitar que, a la postre, cualquier «principio del arte de la guerra» al que haga referencia, cualquier aplicación práctica de alguno de ellos, cualquier estudio de una faceta o aspecto de la guerra, termine en una llamada de atención hacia el Soldado, hacia la *moral del soldado*, único ejecutante —no las armas, por poderosas que sean—, capaz de imponer la voluntad del Mando. Por eso decíamos anteriormente, que no es posible reducir la obra de *Villamartín* a un *epítome*. El, que escribió un folleto, titulado *Napoleón III y la Academia de Ciencias*, para defender la tesis de que lo militar es *ciencia*, no puede menos, en la práctica, de amalgamar el esqueleto científico, cuya existencia es evidente, con la frágil humanidad de eje-

cutante, mediante su trenzado con la *moral militar*, trenzado en el que el *arte* es lo que permite hacer un todo de dos partes separadas, al menos en apariencia.

Cualquier página por la que se abra un libro de *Villamartín*, pondrá ante nuestros ojos una referencia a lo psicológico, y, precisamente por este insistente tratar constantemente el mismo tema, es por lo que el autor adquirió la fama que aún perdura.

Muchos otros antes que él habían tratado la moral militar; pero ninguno acertó a hacerlo con la precisión y galanura con que él lo hizo, de tal modo que a partir de él, son sus escritos la base de la formación del espíritu militar en los Colegios Militares, primero, y en las Academias, después.

A lo largo de *ciento veinte años*, todos los militares han estudiado la lección que les dictara *Villamartín*. Los oficiales, en sus Academias. Los suboficiales, en las suyas de hoy, y ayer en sus cursos de formación. La tropa, en los cuarteles, mediante las charlas que forman parte casi diaria, de la instrucción técnica.

Esto explica su supervivencia y su presencia actual y viva en la entraña del estamento militar. Bien de primera mano, bien a través de citas o comentarios de otros, cualquiera que haya de dar una charla sobre *moral*, termina, si no empezó por ahí, por acudir a *Villamartín*. Porque en él concurren, y ya posteriormente lo hemos dicho, las circunstancias de ser un tratadista de moral militar, de las virtudes militares, y de ser un dechado en su cumplimiento. Republicano convencido, pero sirviendo en el Ejército de España, llevó su lealtad a tal extremo que, en Alcolea, combatió a sus correligionarios sin entrar en conflictos de conciencia. La lealtad a la palabra dada, la obediencia a las órdenes recibidas de sus legítimos superiores, le llevó a luchar contra sus convicciones personales, de tal forma que, como dice *Vidart* en la breve biografía con la que introduce la edición de las obras selectas de *Villamartín*, «... el pensamiento de Villamartín estaba del *lado de allá*, y su persona del *lado de acá* del puente de Alcolea (...), prestando siempre su obediencia al Gobierno que *de hecho* existía en su patria, pues si bien así no alcanzaba medros personales (...), jamás pudo ser incluido en aquella acerba censura que dirigía D. Antonio Benavides, desde la cátedra del Ateneo de Madrid, a ciertos militares españoles...».

Y termina *Vidart* su biografía con las siguientes palabras: «*Villamartín*, felicitándose del triunfo de sus ideas políticas, cuyo

triumfo le ocasionaba la pérdida de un ascenso en su carrera por haber cumplido fielmente lo que, según su juicio, constituye el deber militar, es un ejemplo de abnegación, digno de loa en todas las épocas y más aún en la presente, donde el desapoderado afán de medros personales suele ser la constante norma que rige la conducta de muchos de nuestros héroes y celebridades contemporáneas».

CONCLUSION

Con esta cita de *Vidart* ponemos fin a este trabajo. Pudiéramos haber incluido muchas más citas del propio *Villamartín* sin que ello nos hubiera supuesto gran trabajo, dado que dispuestas están sobre nuestra mesa. Pero, como anteriormente dijimos, no es nuestro interés el espigar, sino el declarar, paladinamente, la vigencia de una gran parte de su pensamiento, y tratar de nuevo su figura humana, nunca alejada del todo, pero tal vez sí un poco desmeдрada, a la memoria de quienes, como miembros de la milicia, no formamos sino *una religión de hombres honrados* (Calderón).

El *espíritu de unidad (unión)*, tan necesario para que el siglo xx no sea una segunda edición del xix, clama por una nueva lectura meditada de *Villamartín*, precursor de la «grande Muette», republicano, socialista, pero, ante todo y sobre todo, militar y español.

De esta nueva *lección* sacaríamos, militares y civiles, la orientación que en cada momento ha de guiar nuestra función de Capitanes, de dirigentes, y para esta relectura, más nos agradaría una edición subrayada de sus obras que una edición crítica o epítomada.

No es buena norma de mando la de adular al superior, apareciendo ante él como «comprensivo servidor del de arriba y látigo de sus subordinados, ni la de zaherir o ignorar al inferior, aunque éste lo soporte por disciplina. No robustece al Ejército, sociedad jerárquica por esencia, el afán de democratizarle. No favorece la *unidad* del Ejército el señalarle como una *cesta cerrada* y, mucho menos, cuando dicha afirmación es falsa.

El hecho social del Ejército es que, como sociedad, es la más abierta y receptiva de cuantas hay en nuestra Patria. Y yerra quien piensa que la disciplina es tan fuerte e inexorable como la gravitación universal, porque, como ya dijo hace tantos años Calderón: «todo lo aguantan en el asalto/sólo no sufren que le hablen alto».

FRANCISCO VILLAMARTIN, LA ACADEMIA DE CIENCIAS Y LA CIENCIA DE LA GUERRA

SEGUNDO PREMIO EN EL CONCURSO DE ENSAYOS
DEL SESQUICENTENARIO

(Convocatoria: Orden 110/00017/1983, de 24 de mayo de 1983)

Por Joaquín DE BERENGUER DE LOS ARCOS
Teniente Coronel Jurídico de la Armada
y Abogado del Ilustre Colegio de Madrid

*La ciencia no hace la guerra más terrible, hace simplemente que
parezca más terrible, lo que es un resultado muy deseable.*

George R. Harrison, «Atomos en acción»

*No cabe duda que la guerra abstracta es horrible,
asiento en ello con todo mi corazón.
Pero la civilización sigue avanzando,
aunque a veces sobre un carro de pólvora.*

James Rusell Lowell, «The Bigelow Papers»

Como piensa en su corazón, así es.

Proverbios, XXIII,7

Se hace preciso iniciar este trabajo con un análisis, aunque somero, orientador de la personalidad y carácter del comandante Villamartín, que aclare, en lo posible, su binómica personalidad reflejada tanto a lo largo de su carrera militar como en sus escritos particulares y obras dadas a la imprenta.

Sólo existe una línea continua y sin equívoco posible en lo referente a su vida familiar, y nos referimos a familiar como esposo y padre amantísimo que fue. Hay que recordar, por humanidad y respeto, a aquella doña Clotilde Lagoanere, su esposa, y aquella su única hija que murió en los primeros y más tiernos años de su niñez. La viuda de Villamartín poco tardo en morir tras el fallecimiento de su esposo.

No podemos por menos de reproducir unos párrafos de una de las cartas de la copiosa correspondencia que de Villamartín recibió el coronel don Fernando Casamayor. Las frases aterran por su desgarradora simplicidad y, en unas pocas líneas se plasma todo el carácter delicado y la resignación viril de un hombre al que, inmisericordes, le golpean los reveses que acepta con un cierto patetismo en el que se transparenta una tremenda grandeza de alma.

«Mi querido amigo: No lo olvido a usted. Por correspondencia, entre personas ilustradas, se conoce no sólo la inteligencia, sino también el corazón, y ambas cosas valen mucho en usted para que yo pueda olvidar su amistad. Es que me ha sucedido una gran desgracia: he perdido a mi hija única, y este golpe, por razones especiales, ha sido para mí mucho más cruel que lo que hubiera sido para otros padres. No era feliz, pero yo creía serlo, porque toda mi vida se concentraba en los afectos de mi familia; y el vacío de hoy ha descubierto otros, pues lo que antes no me dejaba ver mi niña con sus juegos, ahora lo veo. Veo mi pobreza, mis apuros, los atrasos que me proporciona mi obra, la escasísima protección que se me ha dado, pues si bien, por un rasgo espontáneo y noble del general Lemery, y a quien yo no conocía, se me dio la Cruz de Carlos III por influencia Real, el Gobierno nada ha hecho; bien es verdad que yo valgo poco para solicitar.»

Sobrecoge la lectura de la epístola y el pensar imaginar a uno de los más grandes tratadistas militares del pasado siglo, no sólo a nivel nacional, sino europeo, y aun mundial, agradecer humildemente la concesión de una Cruz «sencilla» de la Real Orden de Carlos III por parte de alguien a quien ni siquiera conoce, a la vez que se lamenta, con una enorme elegancia de espíritu de los atrasos, en otras palabras y crudamente, deudas, originados por la edición de sus «Nociones del Arte Militar», y de las que siempre vivió preso.

Su hijita, aquella que con sus juegos y caricias le ocultaba la sordidez y penuria material de su entorno y economía doméstica, le abandona, dejándole sólo con sus decepciones, y aquella esposa de la que tan poco sabemos, precisamente por imaginárnosla callada y diligente, preocupada con la economía casera, como buena esposa de militar, apoyándole con su presencia en las penas y penurias cotidianas. Recordemos que ella muere al poco tiempo de la desaparición de su esposo.

Obviaremos su trayectoria militar, por otro lado reflejada en su Hoja de Servicios, por ser la típica del militar medio de la época

haciendo mención, no obstante, a su ascenso a teniente coronel, concedido por el capitán general don Manuel Pavía, Marqués de Novaliches, y que nunca le fue confirmado, lo que sumó una amargura profesional a la melancolía de su vida privada.

El ideario político de Villamartín era, como hijo de su época, extremadamente avanzado. Republicano por convicción, ideológicamente era un tanto socialista, entendiendo por tal el sentimiento que, a la sazón, despuntaba de igualitarismo y redención de la miseria en la que se encontraban los desheredados. No obstante, sus sentimientos políticos personales jamás le llevaron a un mesianismo de libertador de la Patria ni de redentor de la sociedad. Pensaba que, si bien era libre para sostener cualquier idea política o social sobre el Estado perfecto, su deber como militar le obligaba a acatar y defender al Gobierno constituido, fuera cual fuese su tendencia o formación.

Su actitud es la praxis más perfecta del militar profesional y así en la acción del puente de Alcolea, decisivo del triunfo septembrino, si bien su corazón estaba del «lado de allá» su persona y su espada lo estuvieron «del de acá». A pesar de permanecer fielmente al lado del gravemente herido Marqués de Novaliches, del que era su edecán y que le acababa de ascender a teniente coronel, le confía epistolarmente a su querida prima, doña Isabel Villamartín, su alegría personal por el triunfo de la Revolución, a la vez que le plantea sus dudas de que el ascenso obtenido en el campo de batalla le sea reconocido por el nuevo Gobierno, al que en su fuero interno y en lo íntimo de su corazón apoya.

Con su fidelidad a sí mismo y su obediencia al Gobierno que «de hecho» existía, Villamartín no alcanzó medros personales ni ascensos fulgurantes, ya que murió sin pasar del modesto empleo de comandante, pero por contrario evitó añadir su nombre a la nómina de aquellos militares decimonónicos que hacían que el Ejército llevara y trajera la libertad según tenían por conveniente.

No es hasta el mes de julio del año de 1876 que la biografía de este hombre, admirado y estudiado por casi todos los Estados Mayores europeos, es publicada en la «Ilustración Española y Americana» y, posteriormente, corregida y aumentada, vuelve a publicarse en la «Revista Europea», para, finalmente verse reflejada en el libro «Noticias biográficas del Comandante Villamartín», de don Luis Vidart.

El Estado, reconociendo la valía de su obra, edita finalmente sus trabajos a expensas del Ministerio de la Guerra y según Real Orden del 10 de mayo del año 1882.

En el 1876 se concibió la idea de crear una Comisión encargada de recaudar fondos para la erección de un mausoleo en donde reposarán dignamente los restos de tan ilustre soldado. Comisión que hasta el día 23 de junio de 1880 no consiguió exhumar sus restos mortales del cementerio de la Patriarcal y trasladarlos al cementerio de San Justo, en donde previamente se había edificado la bóveda en donde quedaron inhumados.

Muchos fueron los generales, compañeros, hombres de letras y periodistas que allí se congregaron para rendirle un último, aunque tardío, tributo de reconocimiento y respeto. Si alguna ausencia se notó fue precisamente la de los diputados de la tierra que le vio nacer.

Los fondos obtenidos, producto de suscripción voluntaria, solo dieron para la compra del terreno en el cementerio de San Justo, la traslación de los restos y parte del proyectado mausoleo.

Tras estas breves pinceladas sobre la vida, y la muerte, de este gran genio y desdichado mortal nos ocuparemos del análisis, no de su «opera magna», sino de un opúsculo que bajo el título de «Napoleón II y la Academia de Ciencias» dio a la imprenta el entonces capitán Villamartín en el año de 1864, y que empezaba de la siguiente guisa:

«Hace pocos días que el telégrafo nos ha transmitido la noticia de un extraño suceso, cuya verdadera causa no podemos conocer, pues la que por tal se da carece, a nuestro juicio, de fuerza y de razón, o ha sido mal interpretada por las correspondencias de París.

La Academia de Francia, por una mayoría de treinta y cuatro votos contra catorce, se ha negado al establecimiento de una sala de ciencia militar, fundándose en que tal ciencia no existe; y se ha privado, por consiguiente, de contar entre sus miembros al Empeador, que, según se dice, hubiera ingresado en esa sala».

Villamartín inicia así frontalmente, y por primera vez de forma metodológica, en nuestro país el debatido tema de la Guerra como ciencia o como arte; polémica aún no superada totalmente en nuestros días.

Poniéndonos en el pensamiento militar de la época en España, los presupuestos, que luego analizaremos, expuestos en el folleto de Villamartín, provocan no cierto escándalo, y son considerados como influjos «tedescos» entre sus pocos coetáneos pensadores militares.

Así, uno de los más ilustres representantes, cual era el general de Ingenieros, don José Almirante (sí, el de la calle) en su difundido «Diccionario Militar» afirma dogmáticamente que la Guerra como tal no es ciencia y, para rebatir ese concepto prusiano, se agarra a lo expuesto en la «Táctica de las tres Armas», del coronel Decker, alemán él, y en donde se postula que, tanto la táctica como la dirección de la guerra son sólo arte, aunque admite que está compuesta de una parte técnica, otra científica y otra intuitiva o consustancial con la personalidad y dotes de quien la dirige.

Villamartín, en sus planteamientos de la Guerra como ciencia, alcanza cotas de percepción tan altas para su época que, a tenor de que sabemos sobre sus estudios, nos crea la incógnita de no saber a ciencia cierta si sus planteamientos son el fruto de análisis estudiosos o de una intuición asombrosa tan poderosa que se entronca, involuntariamente, con los pensamientos filosóficos y metafísicos más claros de su tiempo. Evidentemente, sus planteamientos coinciden, ¿fortuita, conscientemente?, con la teoría de lo incognoscible de Spencer, con la «Crítica de la razón pura», de Kant y con el pensamiento hegeliano de la eterna lucha —oposición, tesis— antítesis y las concepciones, hoy diríamos neonazis, de la lucha como ley de vida y la guerra como un acto natural y perenne del hombre.

Como bien decía Vidart, no cabe duda de que Villamartín «adivina» mucho más de lo que «sabe».

En su folleto sobre Napoleón III y la Academia, compuesto de cinco apartados, hace alusión, en su inicio, a su obra «Nociones del Arte Militar» en lo referente al límite que separa al Arte de la Ciencia según la opinión de los más afamados autores militares.

¿Qué es la ciencia?, se pregunta, y tras enumerar diversas definiciones asevera, «una de las inmediaciones de la inteligencia infinita». Su génesis es cualquier hecho o fenómeno natural o moral que no emane de la fuerza del hombre, ni de la inteligencia o voluntad humanas. Y a continuación, y para asombro de una pluma empuñada por un escritor militar, enlaza una serie de conceptos filosófico-teológicos de gran altura que no pueden por menos de dejarnos un regusto entre teofósico y panteísta difícil de precisar.

La ciencia, en su principio, tuvo que dividirse en tres grandes grupos de conocimientos. Teología o Filosofía. Cosmología y Antropología, según quisieran investigar los misterios de las fuentes creadoras, las leyes del mundo material o al hombre respectiva-

mente. Una vez clasificados objetos y fenómenos, la subdivisión se impuso apareciendo multitud de ciencias que, aunque a veces por caminos divergentes, se entrelazan creando una tupida red.

Como buen militar de Academia concede a las ciencias exactas, las Matemáticas, el don de lo axiomático y de lo absoluto. Las ciencias de observación las adscribe a aquellos efectos que, aunque materiales, son producto de fuerzas ignotas que desconocemos y que Villamartín, curiosamente, llama vitalistas. Las ciencias morales se adscriben a edictos que, aunque puedan ser corpóreos y tangibles, emanan de causas desconocidas a los sentidos. Finalmente, y en lo más obscuro y profundo, de las relaciones del hombre con sus semejantes, aparecen las ciencias políticas y sociales. En pocas líneas Villamartín nos presenta una verdadera cosmología de las ciencias. Sería preciso un extenso estudio para poder analizar las raíces filosóficas, sociales y aun religiosas de esta cuadrología científica, y aún se sacarían curiosas conclusiones si se enfocara aquél desde un punto psicológico y aun freudiano.

Quizá hoy día «esa nebulosa, ese oscuro fondo del saber humano, ahí donde se amasan las ciencias naturales con las morales y políticas» no presente mayores problemas, y hasta a algunos les haga sonreír, pero es de ahí precisamente de donde Villamartín destaca la «Ciencia militar».

Comienza el apartado tercero del folleto y nos aparece Villamartín como heraldo, como avanzadilla nietzchiana, proclamando a la guerra como fenómeno natural y social. No otorga concesión. Aparece en el hombre, germina en la familia, crece con la tribu y llega a su apogeo con la nación. Es la ley del progreso. Está en la naturaleza porque su dueño es el hombre; está en la sociedad porque la mandan los pueblos; es un hecho absoluto, un principio cósmico. La Creación, que es sabia, destruye para mejorar; suprime la guerra el equilibrio de las fuerzas sociales desaparece. Tras esas lecturas recordamos la Historia que él no vivió y nos recorre por el cuerpo un escalofrío.

Pero Villamartín continúa imperturbable con una teoría pendular de la Fuerza. La lucha de los elementos evita el que uno solo de ellos sea el que domina la Naturaleza, y así ocurre con las fuerzas sociales: buscan su equilibrio mediante sacudidas. Todo es violento, la vida y la muerte. Al nacer sufre la madre y el nuevo ser al primer vagido. Nada, absolutamente nada, es gradual y suave; todo vive por la acción y la reacción. La paz perpetua sería un viceversa absurdo, una antinomia, una sociedad fósil.

¿Y todo esto lo escribe un hombre duro y cínico? No, quien lo escribe es delicado esposo y un padre que nunca se consolará recordando las caricias de la hija que perdió. Paradoja humana.

El estudio de esas fuerzas, de esas motivaciones, es lo que constituye la Ciencia de la Guerra. Filosofía de la guerra,, metafísica de la guerra, principios de la guerra, dice Villamartín, medicina de la guerra, industria de la guerra, tecnología de la guerra, añadimos nosotros. Sin saberlo estaba describiendo el albor de la Polemología.

Su concepto del progreso y de la historia también es terrible; todas las ideas y aspiraciones humanas necesitan de la sanción de la sangre, ésta es su única semilla. Asia lleva la semilla con sus invasiones al Hélade que la recoge y protege fieramente hasta que Roma la siembra y expande con sus guerras de conquista por todo el orbe entonces conocido. El Cristianismo, faltándole el escudo imperial, necesita de espada y no duda en recoger la de los pueblos bárbaros. El Islam también lleva su ideal con sangre hasta el corazón de la Francia. El deudalismo abate los viejos Estados y, a su vez, aquél es posteriormente triturado por las monarquías puras. Hoy, dice Villamartín con clara visión profética, para fundirlos en uno, se preparan los continentes primero con la guerra de grandes coaliciones, después, estrechando las orillas del Atlántico.

Quizá hubiera influido en su visión cósmica de la guerra y su percepción de las futuras potencias ultramarinas los tres años que pasó destinado en la isla de Cuba y su probable contacto con la realidad industrial y política que ya comenzaba a despertar en el coloso del Norte.

La guerra ha tomado formas sin que el hombre lo supiera: de conquista, de equilibrio, fronterizas, de raza, de religión, por clanes o coaliciones. Aquí el talante social traiciona a Villamartín y le hace continuar «ayer, para crearse las aristocracias, la guerra la hicieron los jinetes; hoy, para que las democracias vivan, la hacen los peones».

Así, pues, concluye, la ciencia de la guerra existe, llámese como se quiera, y si bien no es una ciencia exacta ello se debe a la convención humana, y lapidariamente aserta: «La ciencia se remonta a las causas hasta deslumbrarse, y descende a los efectos hasta confundirse; pero por ambos caminos parte de un hecho simple, conocido y necesario, y la guerra lo es».

Volviendo al tema sobre el de que si la ciencia de la Guerra existe como tal y cupiera, por tanto, tener entrada en la Academia, y si preguntaran cuál sería su dote y qué bagaje aportaría a tan docta Casa, aprovecha Villamartín para desarrollar uno de los conceptos más sencillos y brillantes hasta ahora publicados. Así, comienza por observar que si toda ciencia comienza por el reconocimiento del principio, la militar reconoce el hecho absoluto de «la Guerra», la define, conoce e investiga sus causas. Así como las ciencias son unas, por ejemplo la Filosofía, pero la Etica, la Moral, la Lógica no son la misma cosa, así la Guerra es una, pero la conquista, la propaganda y la insurrección no. Explicación un tanto escolástica, pero clara. También, como en las demás ciencias, hay que analizar los elementos que las componen, y en este caso el hecho «guerra» tiene diversos elementos tales como el hombre psicológico y fisiológico; por otro lado la sociedad, con sus leyes inmutables y los pueblos con las suyas relativas; también la multitud armada sometida a principios de masa y correspondientemente de otra masa que es el pueblo; finalmente los medios operativos de esa fuerza.

Por tanto, la ciencia militar estudia al pueblo, al Ejército y al individuo como tales. Al primero como origen del segundo, a éste como instrumento de combate y origen social y al hombre, físicamente, como elemento de lucha y, moralmente, como ente volitivo para la misma.

Estas tres columnas de la ciencia militar tienen diversas ramificaciones, y así el entusiasmo o el desánimo en la lucha y sus efectos sería la psicología aplicada a la guerra. Su relación con el hambre, el cansancio o el clima es la fisiología de la guerra. Otro tanto de la potencia ofensiva o defensiva, de conservar o destruir en un ejército, pudiera ser llamada anatomía de la guerra. La influencia en la victoria o la fe por la que se combate, no otra cosa es la moral de la guerra. Finalmente, y tras todo ello, se podrá analizar que consecuencias, tras cada guerra, se han producido en el progreso humano, y eso será la filosofía de la Historia militar.

Como se ve, el abanico que presenta el autor del opúsculo, es amplísimo para su época, y difícilmente lo podríamos mejorar salvo desviaciones y subdivisiones fruto de los actuales avances tecnológicos.

Concluye Villamartín su cuarto capítulo con el siguiente párrafo sin desperdicio: «Si hemos puesto aquí la palabra «ejército»

es porque, siendo la guerra un fenómeno natural, el ejército, en su idea abstracta, lo es también. El hombre, el Gobierno, la entidad Estado, la voluntad humana, podrán afectar a la forma del ejército en sus leyes, en sus armas y en sus modos de combatir; pero la esencia, esto es, la asociación de hombres para la lucha, jamás podrá destruirse en tanto que Dios no suprima el artículo «guerra» de la ley de la Creación».

El general Cluseret, en su conocida obra «Ejército y Democracia», si bien cita con respeto el nombre de Villamartín, le combate algunas de sus apreciaciones a cerca de la existencia de los ejércitos permanentes.

Remata su breve trabajo Villamartín con un panegírico a los beneficios que, a una Academia General de Ciencias, reportaría una sala de Ciencia Militar, la que no sólo armonizaría con las demás Ciencias, sino que sería un valioso complemento y un suplemento al valor humano.

Haciendo una graciosa analogía nos dice que, al igual que hay que estudiar las dolencias para averiguar el funcionamiento del estómago, o las tempestades para averiguar los principios atmosféricos, así para comprender las fuerzas sociales es necesario sorprender a la sociedad en su calentura, es decir, en la guerra.

Para la creación de esta Sala habría que aplicar un orden metodológico preciso y riguroso, dentro de las alternativas que esta Ciencia entraña. Reuniendo los estudios y principios de autores y estudiosos militares, se podría avanzar hacia cuestiones concretas, grandes temas relativos a la guerra como algo absoluto, universal y constante, y otros más pormenorizados tales como Ejércitos de cada Estado según su Gobierno o hábitos, clases de lucha según la causa que defiendan, armas que la ciencia invente, misión histórica de los pueblos, etc.

Estima que no habría que descender a causas o casos prácticos, ya que, quizá influenciado por las «Consideraciones sobre el arte de la guerra» del teniente general Barón Rogniat (traducido y comentado por el subteniente don Juan de la Carte, y editado en Madrid en 1827), nuestro autor opina que, cuando se llega a la aplicación, cuando el Arte funciona, la Ciencia a salido de las Academias y ya está en el Gobierno.

El saber maniobrar un Cuerpo de Ejército o si hay que combatir en dos o tres columnas, en dos o tres filas, con la artillería

a derecha o izquierda, eso es Arte Militar. El analizar qué soldado es mejor si el voluntario o el de leva, si son mejores los ejércitos nacionales o los coaligados, qué guerra debe ser total y cuál no debe serlo, éstas y otras cuestiones político-sociales de altura, eso es Ciencia Militar y nada más que ciencia.

La filosofía de la Historia es la filosofía de la Guerra, el avance de las ciencias naturales es el mejoramiento de las armas, los adelantos de las ciencias políticas lo son de los ejércitos y sus componentes. Así, piensa Villamartín, lo habrá comprendido el Emperador Napoleón III al pedir la creación de esa Sala a la Academia de Ciencias. Si ésta se ha opuesto por negar la Ciencia militar, que explique cuál de las suyas estudia el fenómeno «guerra» y qué cuerpo de ciencias pertenece.

Suponemos que el Emperador de los franceses nunca llegó a leer el folleto del capitán Villamartín; sin embargo, corre como verdadera una anécdota que relata que, cuando en ese mismo año de su publicación, estuvo en Francia el rey consorte, don Francisco de Asís, al hablar los ayudantes de campo de éste de temas militares con Napoleón III fueron los elogios de éste a las «Nociones del Arte Militar» los que más influyeron para que, a poco de regresar a la Corte el regio esposo de doña Isabel II, se ascendiese a su inmediato empleo al capitán Villamartín.

No obstante, debemos de tener un exquisito cuidado en diferenciar, tal y como apuntaba Villamartín, la Ciencia de la Guerra o Ciencia Militar de las ciencias aplicadas a la guerra, su preparación y consecuencias. «El ciudadano —dice Nicholas J. Spykeman en su *American Strategy in World Politics*— no vive ya en una seguridad relativa detrás del frente defendido por las fuerzas militares. La guerra no está ya lejos; se riñe todo a su alrededor, sobre su jardín, sobre su patio trasero y sobre las ruinas de su hogar, y mata sin discrección tanto a los civiles como a los militares». Pensaría Villamartín que esta tabla rasa del sufrimiento sería la consecuencia de una justicia inexorable. Si la guerra fue siempre terrible para el soldado, al ser expresión de una política nacional sería correcto que los responsables de la misma, cuyos votos la respaldan y sustentan, compartan los horrores, privaciones y miserias que estaban reservados al soldado.

George W. Gray dice que condenar a la ciencia porque suministra armas más eficaces para la destrucción es no comprender la naturaleza de la guerra y de la ciencia, ni tampoco la naturaleza de la moral. La elección de las armas es un mero incidente en el

problema moral. Hoy día esperan más de la ciencia en «la afortunada prosecución de la guerra» y esto es debido a que la guerra ha llegado a tales puntos de mecanización que precisa de la activa ayuda de los investigadores, de sus potentes laboratorios, para descubrir, perfeccionar y aplicar las mejores mentes, los mejores métodos e ingenios para así ganarle la delantera al enemigo en el pensamiento y en el combate.

Esa relación entre la guerra y ciencia surge de la misma naturaleza de esta misma. La participación del hombre de ciencia sólo puede ser comprendida si tenemos la visión clara de lo que es la ciencia.

De acuerdo con las teorías expuestas en su opúsculo sobre la Academia, hoy día se admite la influencia recíproca de la guerra sobre la ciencia y de ésta en aquélla con sus aportaciones de nuevas tácticas en los métodos bélicos. El hecho de utilizar a científicos en empresas militares contribuyó a que aquéllas se enriquecieran con numerosas aportaciones. Los experimentos de Lavoisier sobre la descomposición del agua en sus dos elementos se efectuó en el laboratorio del Arsenal del Estado; fue también en un arsenal en donde el Conde Rumford, experimentando en unas piezas de artillería, realizó su gran descubrimiento de que el calor es una forma de energía. El propio Napoleón III, a quien tanto admiraba nuestro autor ofreció un premio para el que descubriera un método barato para fabricar aceros para armamento y que estimuló las actividades de Enrique Bessemer para perfeccionar su procedimiento de convertidor. En nuestros días, los ejemplos son innumerables y continuos.

Curiosamente y desde su primera aparición, la investigación científica sobre el fenómeno de la guerra en dos ramas, derecha e izquierda, por así llamarlas. La primera, con Hermann Kahn a la cabeza, se enfoca como una investigación aséptica y neutral, desnuda de todo elemento retórico o sentimental y analiza el fenómeno de la guerra en términos de megamuertos, en la idea de que si hay algún sistema de evitarla es mirándola desapasionadamente y con cierto desencanto, independientemente de nuestras opciones para la paz que podemos tener a título particular, pero nunca como científicos. Si la ciencia ha podido dominar a la naturaleza no se ve por qué no va a poderlo hacer con los grandes problemas humanos, prescindiendo de emotivaciones de las que se defiende por mecanismos de aislamiento y negación, a fin de dejar al observador en estado puro.

Contrariamente, el otra ala se presenta como «peace research»

no desinteresada, sino comprometida con su propio objetivo, y que es la supervivencia en los precisos momentos en que ésta se ve amenazada por los resultados de la investigación científica. Niega a la ciencia la posibilidad de aislarse de la totalidad de la experiencia humana y considera que la propia existencia de la ciencia como tal está en peligro si también lo está la supervivencia del hombre. En la medida que la guerra atómica pone en crisis la supervivencia humana, con lo que también la hace de la vida sobre la tierra, conservar esta vida se convierte en el presupuesto de cualquier otro conocimiento.

Recordemos las teorías ya expuestas de Villamartín sobre la Guerra y el comportamiento humano, de que aquélla es consecuencia inexorable de la naturaleza del hombre, y por tanto el fracaso de cualquier intento por erradicarla. La historia parece demostrar la connaturalidad de la guerra con el ser humano, y dicha convicción se ha visto reforzada «a posteriori» al observar que dado que la misma implica actos de destrucción por parte de soldados individuales, debe de ser reflejo colectivo de agresividad colectiva y de sentimientos individuales de hostilidad.

Estos planteamientos, hasta hace poco válidos, hoy día, en un examen más profundo, resultan insostenibles y el hecho de que exista un innato instinto de agresión no explica con suficiencia el hecho de la inevitabilidad de las guerras. La complejidad de la guerra moderna, producto de combinación de muchos factores, requiere una detallada y compleja preparación y planificación, así como unos dispendios notables. No es algo que un hombre solo pueda emprender, aunque esté predispuesto a la lucha y la agresividad. Ciertamente, una vez que todo esté preparado y la máquina guerrera suficientemente engrasada, un solo hombre puede ponerla en movimiento, pero la maniobra es tan compleja y sensible que no se presta a la expresión directa del odio o de la ira, sino que lo que requiere en una mente fría, controlada y científica. Así, pues, y paradójicamente la guerra moderna, despiadada y casi total, hace por mor del progreso tecnológico, inútiles los impulsos agresivos, contrariamente a lo que ocurría con las técnicas combatientes primitivas.

A fuer de ser reiterativos debemos volver a hacer hincapié en que hay que tener exquisito cuidado en separar las ciencias que, directa o indirectamente, tratan con el fenómeno guerra y la ciencia de la guerra tal y como la entendía Villamartín. Estos planteamientos se estudiaron en profundidad en los cursos que sobre

problemas militares se impartieron en la Universidad Internacional «Menéndez Pelayo» en el año de 1955. Allí se planteó la existencia de una ciencia que se ocupase de los fenómenos bélicos, sus límites y nombre, pues si para unos debía de comprender la totalidad de tal fenómeno y llamarse Ciencia de la Guerra para otros se limitaría a puntos concretos de la profesión militar y, por tanto, llamarse Ciencia Militar, ocupándose de cuestiones referentes a dicha profesión tanto en la paz como en la guerra propiamente.

Esta dualidad de conceptos «guerra» y «milicia» nos podría llevar a una ofuscación de conceptos que creemos innecesarios y perjudiciales a la claridad conceptual. Militar es, según nuestros diccionarios, lo perteneciente o relativo a la milicia o a la guerra. Utilizado como verbo militar sería «servir» en algo, aquí en la guerra o la milicia. Habrá pues que definir «milicia» como función y condiciones militares, arte de hacer la guerra, servicio, tropa, organización para la guerra.

Por otro lado, el concepto «guerra» es lucha, oposición de voluntades que se manifiestan en una acción. Esa acción es de contraposición. Guerra es un concepto amplio, asignándole al militar la fase en la que estalla la violencia, cuando entran en juego las armas, en su acepción común. Pero hay otras fases, de antecedentes, preparación, liquidación y consecuencias de la misma que también hay que tomar en consideración.

Esta ciencia, ¿qué extremos abarca? Hay numerosas opiniones. Las dos más extremas serían las del general J. A. París, profesor de la Escuela de Guerra prusiana y Bulganin. El primero, tras la guerra franco-prusiana de 1870, escribía en su tratado de «Táctica aplicada»: «las ciencias de la guerra se dividen generalmente en esta forma: 1.º Ciencias fundamentales: Historia Militar, Estrategia y Táctica. 2.º Ciencias auxiliares: Arte Militar, Fortificación, Topografía, Geografía Militar, Conocimientos de E. M., Administración».

Por otra parte, Bulganin, con un concepto más actualizado, opinaba que la Ciencia en cuestión se compone de Arte Militar (considerándolo integrado por estrategia y táctica) y además la Economía, la Moral, la Psicología y la Política. Aún siendo de lo más dispares las formulaciones de ambos tras análisis podemos apreciar que en realidad son formas diferentes de exposición de los componentes clásicos. En cuanto a estrategia y táctica hay completa coincidencia, si bien Bulganin las comprende como componentes del Arte Militar, mientras el general París considera éste aparte. Pero nada enuncian uno u otro que no queden incluidos en los conceptos

enumerados, pues aunque en ninguno de ambos aparece el concepto de organización, y que el primero describe como conocimientos de Estado Mayor y el segundo como economía, abarcan igualmente la Orgánica que la Logística, aunque más diluidas, entrando el resto de las por ambos citadas en la Didáctica.

Pero volvamos al hilo primitivo, a la Academia francesa de Ciencias. La misma tiene sus antecedentes en la Royal Society, fundada en Londres en el año de 1660 por un grupo de filósofos como «un colegio para el fomento de las ciencias físico-matemáticas experimentales», y adoptó su nombre cuando al Rey de Inglaterra se ofreció a ingresar como miembro de la sociedad. Desde entonces se ha considerado a Carlos II como el fundador de la misma. Desde entonces, y hasta el presente, el Gobierno británico ha apelado frecuentemente a dicha Royal Society pidiendo consejo sobre problemas y proyectos científicos de importancia nacional, incluidos aquellos que afectan a asuntos militares y navales.

Seis años después de instaurarse en Inglaterra la Royal Society, se fundó en Francia la Academia des Sciences. También en este caso partió la iniciativa de un grupo de hombres de ciencia que se había estado reuniendo con anterioridad para realizar experimentos y discutirlos. Pero Luis XIV concedió enseguida pensiones a cada miembro de la Academia proveyéndola de fondos adecuados para la adquisición de instrumentos y suministros, ligando así dicho organismo al Gobierno. Como su precedente inglés, hizo estudios sobre la pólvora y otras cuestiones de interés militar. En 1793 la Revolución suprimió la Academia, y hubo un lapso de varios años, seguido de su restauración en el año de 1816, fecha en la que fue reconstituida como una rama del Institut National.

En los Estados Unidos tras algunos conatos similares no es sino hasta los sombríos años de la Guerra de Secesión, concretamente el 1863, cuando se establece la National Academy of Sciences. Esta fue autorizada por el Congreso, sujeta a unos estatutos que obligan expresamente a sus miembros a servir al gobierno de los Estados Unidos como investigadores y consejeros científicos. Aunque no hay ninguna prueba de que el Presidente Lincoln interviniera para activar su organización, se ha afirmado a menudo que dicho Presidente estableció la Academia Nacional de Ciencias como un medio de guerra. Una vez que el proyecto creando la Academia hubo sido aprobado por ambas Cámaras, Lincoln lo firmó.

En España han sido diversos los Organismos e Instituciones que, de un modo u otro, han abordado directa o indirectamente el estu-

dio y tratado del complejo campo de la Ciencia de la Guerra o Ciencia Militar, pero su culminación, a raíz de los trabajos previos de los años 1957-58 encaminados a la creación de una Escuela de Estados Mayores Conjuntos y que cristalizan en el año 1964 con la publicación de los Decretos 69-64 de Reorganización de la Enseñanza Militar y el 70-64 de creación del Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional, Centro que desde un principio cobró un gran impulso e importancia, en no poca medida, debido al prestigio e ilusión de sus componentes. Son misiones fundamentales la realización de estudios de carácter político-militar, así como estratégico y económico-social y todo cuanto aporte unas bases al estudio de los problemas y análisis de la doctrina que afecte a la defensa nacional. La difusión de esa doctrina, una vez elaborada, no sólo en el ámbito castrense, sino en el resto de la sociedad, es tarea que le incumbe.

La complementación de la preparación de los mandos militares de los tres ejércitos en el estudio de la problemática nacional de todo orden, que no sólo militar, también es una misión y un reto del Centro y, finalmente, servir de lazo e hilo conductor con todo tipo de Organismos civiles que, de alguna manera puedan o pudieren estar relacionados con la defensa nacional.

En el Centro están integrados Organismos de tanta importancia como la Escuela de Altos Estudios Militares, la Escuela de Estados Mayores Conjuntos y el Instituto Español de Estudios Estratégicos.

La indignación, el enojo de don Francisco Villamartín ante la negativa de la Academia de Ciencias francesa a admitir una sala militar en su recinto, y que le hace coger la pluma y dar a luz el opúsculo que hemos intentado analizar como una de las más claras defensas y exposición de lo que es la Ciencia de la Guerra, ha servido para que ésta se consolide y sea admitida y respetada al nivel de cualquiera de las demás y grandes Ciencias que hoy conforman el saber humano.

POST SCRIPTUM

Terminado este trabajo sobre Villamartín y dejado descansar un breve tiempo, lo que en un principio se mostraba relativamente claro, se tiñe de dudas y confusión. La auténtica personalidad del escritor y el personaje, particularmente este último, destilan matices que confunden, imposibilitando clasificarlos en unos parámetros establecidos.

La trayectoria militar, salvo su participación en el hecho de la batalla del puente de Alcolea y la defensa del cuartel de la calle de San Pablo de Barcelona, es normal y hasta anodina; su hoja de servicios así lo demuestra y, en su decurso sólo figura un simple arresto, por un asunto baladí, junto con otros compañeros. Sin embargo, como escritor, y aún diríamos mejor como pensador, de la ciencia militar, su percepción alcanza cotas difícilmente superables con sus homólogos de dentro y fuera de nuestras fronteras.

La mayoría de los que con él están en el Parnaso del pensamiento militar a lo largo de la Historia fueron hombres de agitadas vidas o de un gran poder y prestigio en el ámbito político, militar, cuando no en ambos conjuntamente. ¿Por qué pues Villamartín padece de esa medianidad sólo remontada tras su muerte?

Si bien don Luis Vidart, en su biografía, nos lo presenta como utópico e ilusionado socialista, con las matizaciones que sobre el término ya apuntamos, más bien pudiera considerársele como un romántico, entendiendo el concepto como la corriente idearia que intentaba contrarrestar la frialdad y despersonalización que llevaba consigo el avance implacable de la era industrial.

Su tranquila vida sentimental y familiar, desde el orden espiritual, puesto que las estrecheces pecuniarias nunca le abandonaron, así como la prematuramente truncada vida de su única hija, quizá nos den las claves de su no cristalización en hombre de acción, a imitación de tanto militar decimonónico, para realizar sus ideales.

Su estricto sentido del deber militar como sujeción absoluta al Gobierno constituido, y su concepto del honor militar como servicio exclusivo al uniforme, pueden también ser explicaciones factibles a esa duda.

Con su desaparición, y la casi inmediatamente posterior de su esposa, también lo hace la auténtica solución al enigma de su verdadera personalidad. Afortunadamente la realidad de su obra permanece.

Finalmente es de justicia un recuerdo a los entonces comandantes Irureta-Goyena y Serrano Balmaseda que, con su obra de *No-ciones del Arte Militar*, fueron premiados en el concurso homenaje efectuado por el Arma de Infantería en el año de 1923 en honor del también comandante de dicha Arma don Francisco Villamartín.

Presentación	7
Primer coloquio: Villamartín en la España de su tiempo Villamartín, su tiempo y el nuestro, por José María García Escudero	11
La España militar de Villamartín, por Antonio Macía Serrano	23
Las ideas de Villamartín sobre el pensamiento militar en su tiempo, por Miguel Alonso Baquer	31
Segundo coloquio: Villamartín en el pensamiento y en la acción El dilema moral de Villamartín, por Miguel Cuartero Larrea	49
La ética militar de Villamartín, por Federico Trillo-Figueroa Martínez Conde	59
Autocrítica de las "Nociones de Arte Militar", por Fernando Redondo Díaz	75
Las ideas políticas de Villamartín, por Mariano Aguilar Olivencia	95
Villamartín, escritor romántico, por Luis López Anglada	109
Conclusiones Discurso de clausura, por el Teniente General Excmo. Sr. D. Manuel Díez-Alegría y Gutiérrez	125
Ensayos críticos premiados Villamartín y su tiempo, por Juan Antonio de la Lama Cereceda	147
Francisco Villamartín, la Academia de Ciencias y la Ciencia de la Guerra, por Joaquín de Berenguer y de los Arcos	175